



A vuelta de correo

(Una historia de amor en los años setenta)

Florentino Caballero Santacruz

Florentino Caballero Santacruz

**A VUELTA
DE CORREO**

(Una historia de amor en los años setenta)

Prólogo: Rafael Alonso Montero.

Diseño de portada e ilustraciones:
Florentino Caballero Santacruz.

AGRADECIMIENTOS:

A Rafa, por haber tenido la generosidad de entregar a esta obra un valioso puñado de letras tuyas que la enriquecen y la dignifican.

A Aurora, por sus muy oportunos correos electrónicos, llegados siempre a tiempo de evitar que tirase la toalla.

A Xaime, el compañero que posibilita mi sueño nocturno y que me ayudó a transcribir, para este libro, unas pocas palabras en gallego, su bella lengua madre.

A Juanma y a Elisa, por sus agudas observaciones ortográficas y tipográficas.

Y a todas las personas que me han animado a escribir esta historia. Compañeros, amigas y amigos que, con su aliento constante y su amable exigencia de capítulos nuevos, han atenuado mi sentido del ridículo y no me han permitido desistir.

PRÓLOGO

Estimado amigo.

En fechas últimas he recibido de un amigo común un encargo con cierto escrito adjunto y enviado a través de los medios al uso de los tiempos que corren; es decir, la informática. Con esto quiero aclararte que el escrito no era un conjunto de folios mecanografiados, metidos en una carpeta etiquetada, más o menos colocados y limpios si no un archivo informático que venía recibiendo aplazadamente y que me llegaba cada vez más extenso, más hecho.

En cuanto al encargo, en fin. El encargo me ha puesto en el disparadero; si bien me apresté rápido a satisfacerlo por ser amigo y seguramente porque aún conservo, no sin equilibrios difíciles, cierta fogosidad de mejores tiempos. El encargo, te comento, era el de hacerle un prólogo para esta novela porque al fin y al cabo lo que este amigo común me ha ido enviando ha sido esta novela que ahora te dispones a leer.

Vaya por delante que mi titulación académica es corta y mi experiencia en críticas o comentarios no ha pasado de opiniones en tertulias amigables, charlas al aroma de un café o lucubraciones de noctámbulo en noches de vino y rosas que empiezan a quedarme distantes en la memoria; es por esto que el presente asunto me hace sentirme en un brete del que solo te pido condescendencia si, por un acto de curiosidad o por ese espíritu contradictorio que a veces se manifiesta en nosotros, te has dispuesto a leer este “prefacio”. Todos sabemos que los prólogos se saltan... esa es la esperanza que me queda.

Yo no sé hasta donde conoces a Florentino o cuánto le conoces o cómo tuviste la amable coincidencia de conocerle, y digo esto porque cada uno tenemos una visión de aquellos que nos rodean y sacamos de ese entorno nuestros juicios y perspectivas, pero partiendo de aquí te comento que es muy probable que en cualquiera otra circunstancia y siendo cualquier otro el amigo del que partiera la propuesta, me hubiera evadido de este intento, más que nada porque, como te comentaba líneas arriba, quizá sea demasiado alarde para la limitación de mis posibilidades.

El hecho es que Florentino Caballero Santacruz es sinónimo de calidades humanas, tan parco en palabras como extenso en significados, de ironía sutil e inteligente y por supuesto, buen escritor. Sí, salvo tu, algunos pocos y por supuesto yo, esto se desconoce, no es popular, no ha publicado obras de esta extensión al menos que yo

conozca, en fin no es personaje de tertulia televisiva ni de revista alternativa pero si, le considero buen escritor. En varias ocasiones he tenido el placer de escucharle declamar sus poemas, he tenido el interés de saber como terminaban sus cortos relatos, en fin, he disfrutado de ese fluir de palabras que enhebraban historias o imágenes de una manera pulcra y fantástica, o pulcra y real, o pulcra y crítica. Sí, la pulcritud es una de sus características, se zafa de lo grotesco o del concepto manido, fácil o grosero que es propio en estos tiempos para mantener nuestra muy estropeada capacidad de atención y siendo así, digamos fuera de modas, tiene la capacidad de abstraerte y hacerte esperar sin que se te haga plomiza la espera.

Por todo esto cuando nuestro amigo común me encargó este ¿prólogo? Accedí sin apenas pensarlo.

La lectura de los primeros capítulos de la novela fue quizá un tanto atípica, ese café olvidado en una calle ignorada y donde restas al tiempo un poco de sí mismo para saber que la idea tiene como trasfondo un fin didáctico y que tan siquiera en ese primer momento hay una disposición de extender la historia hasta el número de páginas al que llega; como Florentino me comenta recientemente, - Al principio coges una historia para escribir una novela y luego, esa historia te coge a ti para que las escribas- Pues bien, así fueron los primeros contactos con el escrito y debo decirte que me animaron (como siempre en estos casos) a saber más sobre él, y vaya por delante que al poco de atender

sobre el asunto, yo que, como ya he dicho, soy parco en literatura, pensé encontrarme ante una novela de estilo costumbrista. ¿Una novela de la áurea Generación del 98 en el 2006? Pues sí, con toda su frescura, con la disposición de mantener el interés párrafo a párrafo y la capacidad de entretener y aún recrear.

Pero no vayas a pensar, estimado amigo, que tienes en la mano un intento alardeado de estilismo anacrónico o un ejercicio literario limpio y más que decente, no. El Amor en los años 70 que se inició en principio con el título de “Amores rurales” es algo más, y por supuesto que no pienso hacerte una sinopsis, es una “historia panal”. ¡Qué apelativo! Perdona pero es lo que me ha venido a la cabeza y si has llevado a cabo el esfuerzo de leer hasta aquí te pido que me disculpes y me permitas estas licencias. Es una historia dulce y amarga, que engloba en ella otras más y que, al final, deja la puerta abierta a otras posibles. En ella hay amor y desamor, encuentro y desencuentro, hay cercanía, una o varias llamadas a nuestras remembranzas, un cliché suave de esa España Negra o de las dos Españas, hay villano y hada y también equilibrio y nudo y desenlace. Te resumo amigo mío: hay drama; un drama que a veces toma tintes trágicos pero de manera natural, sin proyecciones de coro griego o esperpentos tragicómicos de programa televisivo vespertino.

La acción discurre en... Ponle tú, amigo mío, un nombre al pueblo y renombra si quieres a sus protagonistas; siempre fueron de ese lugar, de ese

que tu has puesto y ¿por qué no?, de ese barrio antes que creciera a base de hormigón y antenas de televisión. Pero eso sí, la acción discurre dentro de marcos cotidianos, sacando de ellos esas situaciones que pudorosamente intentamos acallar cuando son nuestras. En la novela se vive el aislamiento de las paredes de la propia habitación y llega, se vive la conspiración benefactora y salvífica que ni beneficia ni salva, se vive la maledicencia y el interés ruin pero sin estrambotes; el equívoco, el desenlace, el recuerdo y el amor pero así, dicho piano, bajito, esmerándose en pasar casi desapercibido, más o menos como me pasa a mi, quizá como también te pase a ti, más o menos como nos pasa a casi todos.

Es por esto que he intentado exponer las causas que me llevaron a leer la presente novela hasta su última letra, quizá para solazarme en esos finales abiertos pero gratos que habremos deseado en alguna ocasión, seguramente, para nosotros mismos; porque, quién no se ha enamorado de verdad alguna vez, en algún momento, y ha percibido esto como si fuera la única fuerza capaz de hacernos sentir vivos, y quién no ha vivido también ese otro momento en que tal sensación se nos escapa y sabemos que hemos entrado en nuestra primera muerte.

Estimado amigo, si has tenido el valor de llegar hasta aquí, te doy las gracias y te pido disculpas por el tiempo que has empleado en ello. En lo que a mí respecta siempre he gustado de libros con prólogo corto, por ello no me voy a extender más en esta especie de panegírico forzado

por mis limitaciones que, sin embargo, aspiro a que haga dignamente las veces de prefacio.

Te dejo pues con estos Amores en los años setenta que, aunque ya lejanos, pueden tocarnos muy de cerca.

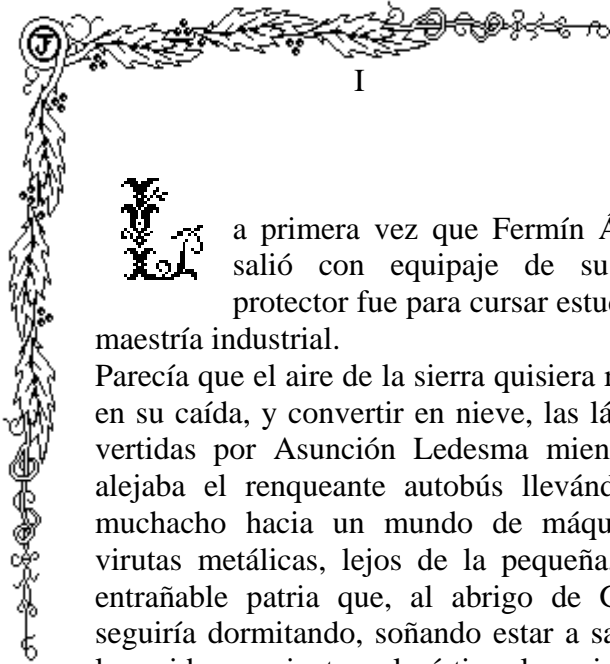
Un saludo.

Rafa.





A Josefina.



I



a primera vez que Fermín Álvarez salió con equipaje de su casar protector fue para cursar estudios de maestría industrial.

Parecía que el aire de la sierra quisiera recoger en su caída, y convertir en nieve, las lágrimas vertidas por Asunción Ledesma mientras se alejaba el renqueante autobús llevándose al muchacho hacia un mundo de máquinas y virutas metálicas, lejos de la pequeña, de la entrañable patria que, al abrigo de Gredos, seguiría dormitando, soñando estar a salvo de los ruidos crecientes, el vértigo, las prisas y la ansiedad del siglo. Soñando estar a salvo de sus hijos.

Asunción y Fermín llevaban mucho tiempo enamorados, no recordaban cuánto, quizá desde un segundo de primaria con patios de recreo separados, es decir, desde siempre. Lo sabía muy bien, y lo callaba, el rincón solitario que vio su primer beso, aquel gesto emocionante, inexperto y torpe con el que comenzaron un aprendizaje autodidacta que pronto, al estrenar adolescencia, culminó en la caricia suprema, la caricia de sangre que les hizo sentirse unidos para siempre, unidos desde siempre, que les hizo saber, palmariamente, que estaban hechos el uno para el otro, que encajaban con una perfección imposible en otras combinaciones y que,

de alguna manera, ellos constituían un solo ser, un alma con dos corazones que únicamente latían en el propósito de mezclar sus sangres. La frondosa alameda les guardaba el secreto.

Ahora él se marchaba, tenía que abrir un hueco en el futuro donde cupieran ambos, y el futuro era industria, nuevos conocimientos, ilusión de progreso. Un porvenir que, al menos de momento, exigía el sacrificio de la separación.

Ella, tras los visillos, aprendería a coser y a bordar, iría a misa todos los domingos y pensaría en él constantemente. Le escribiría largas y emotivas cartas de amor y, a veces, cuando le asaltaba la dolorosa idea de que él podría encontrar otra mujer, una mejor que ella, más urbana y moderna, en sus letras preciosas quedaba revelado cierto temblor de angustia, de inquietud y de miedo. En esos días se hundía en una pena inabarcable y solo las cartas de él podían rescatarla de la umbrosa tristeza. Cada mañana seguía, con ojos anhelantes, las evoluciones callejeras de Marcial, el cartero. Cuando le veía rebuscar en el enorme cartapacio de cuero, allegándose lento hacia su puerta, se le aceleraba el corazón y sus pupilas emitían penetrantes destellos de impaciencia

Procuraba estar sola cuando abría la carta, entonces todo desaparecía a su alrededor, el universo entero se concentraba en aquel papel que ella oprimía contra su pecho como para envolver los suspiros, luego se lo acercaba a la nariz para inhalar el aroma lejano y deseado de un Fermín que seguía siendo suyo. Una y otra vez leía las entrañables epístolas arrobada, acariciando con los ojos cada uno de los

trazos, para después guardarlas en un primoroso cabás de madera transformado ahora en cofre de su más preciado tesoro.

Pese a que la intensa relación entre los dos jóvenes era un hecho clamoroso, público y notorio, el noviazgo formal aún no se había oficializado porque los padres de Asun no acababan de verlo con buenos ojos.

Ellos querían unir el destino de su preciosa hija al de Jacinto Serrano, un apuesto muchacho que acumulaba en su persona todo el amplio abanico de virtudes deseables para asumir la condición de yerno.

Pío Ledesma, el padre de Asun, conocía muy bien a Jacinto. Ambos pertenecían a la Cofradía de la Vera Cruz y, pese al salto generacional, su grado de coincidencia en asuntos de opinión era más que notable.

Pío no podía dejar de ver en Jacinto al futuro padre de sus nietos. El chico era honesto, serio, devoto y trabajador, además su familia poseía un próspero y saneado patrimonio agropecuario que, algún día él heredaría íntegramente y en el que ya trabajaba con dedicación y probada eficiencia.

Cuando el señor Ledesma imaginaba la futura boda de su hija pensaba en Asunción de blanco riguroso, feliz y sonriente frente al Altar Mayor de la parroquia, al lado de Jacinto que luciría orgulloso en la solapa la venerable insignia de la cofradía, una señal idéntica a la que llevaría él mismo.

Por eso confiaba en que los amoríos de Asun y Fermín no fueran más que un juego infantil, caprichos transitorios y, sobre todo, breves.

Por eso, no pocas veces, elevaba sus preces, plegarias y rogativas al invisible y muy adorado habitante y señor de los altares.

Por eso agriaba el gesto y endurecía la mirada cada vez que su hija tomaba entre las manos alguna carta de Fermín, llegando en ocasiones a reconvenirla, a reprenderla e incluso a amenazarla.

Con todo, Pío no se determinaba a imponer restricciones ni prohibiciones irreversibles, quizá por no alentar una reacción adversa que afianzara aquella indeseable relación o acaso por un inconfesable miedo a perder el afecto de su hija. El caso es que venía dejándola hacer, esperando un momento propicio para intervenir, confiando siempre en Dios y en que, al final, las cosas, de natural, caerían por su peso.

Jacinto, a su manera, estaba secretamente enamorado de Asun. En el fondo su aparente devoción religiosa y sus ideas transgeneracionales no eran sino un barniz para hacerse agradable y ser aceptado por aquella familia, cuyo apellido deseaba para sus hijos.

No es que simulara su fe y sus convicciones, él era conservador y católico pero, de no ser por su aspiración secreta, la manifestación pública de sus tendencias habría resultado mucho más comedida, más acorde con su edad y su tiempo.

Jacinto sabía que ya contaba con la aquiescencia de Pío y Martina, la madre de Asun. Ahora solo quedaban dos pequeños obstáculos: Fermín y Asunción.

A su juicio la ausencia de Fermín abría diversas posibilidades, todas ellas esperanzadoras. El emigrante conocería, sin duda, otros horizontes,

otras chicas y, probablemente, se olvidaría pronto de Asunción, “Le daría de lado” y entonces él estaría ahí, saldría de las plantaciones de tabaco para secar sus lágrimas y abrir sus ojos limpios a las nuevas luces de un hombre verdaderamente enamorado que pronto le haría olvidar al crío aquel, inconstante, voluble, caprichoso e infiel que solo había querido jugar con ella.

Otra posibilidad no desdeñable anidaba en que, con la ausencia y la falta de roce los sentimientos de ella se fueran atenuando hasta enfriarse como la nieve virgen de las entrañables cumbres, testigos impertérritos de sus cavilaciones. Allí estaría él, en ese caso, para restituir los calores vitales del verdadero amor.

Para cualquier dificultad, mediación o contingencia sabía que siempre podría contar con la complicidad de su cofrade y suegro in pectore, Pío Ledesma.

Por navidades regresó Fermín. El semiclandestino reencuentro fue como el de la tierra con la lluvia tras un largo periodo de sequía.

Ella le vio más guapo, más viril, más apuesto. Su cabello moreno pasaba unos centímetros la asentada costumbre. Se perdió en el abismo de sus ojos oscuros y se encontró en sus labios, en su lengua, en su todo.

Él la vio más mujer, soñó en sus ojos claros los ojos de sus hijos y su sangre caliente invadió, desbocada, los huecos más secretos de su cuerpo. La amaba como nunca.

Aquellos pocos días se pasaron deprisa, con la velocidad de las horas felices. Fermín no tardó en

verse arrastrando la pena de una nueva partida escaleras arriba del vetusto autobús.

Los días y las noches se tornaron lentísimos y siguieron pasando.

Ya con cierta soltura, Asun bordaba un paño para el que estaba escrito el glorioso destino de cubrir, en la iglesia, obleas consagradas, su madre la había persuadido de la conveniencia y la oportunidad de realizar aquel primor para regalarlo a la parroquia como muestra de su acendrada devoción y de su generosa laboriosidad.

Con dolor y con rabia prudentemente oculta y contenida, la joven escuchaba, simulando distancia, una conversación ya recurrente que mantenían sus padres a tan solo unos metros, en la mesa camilla.

- Pío, ¿te has fijado en las pintas que traía el chico de los Álvarez?
- ¿Por las greñas lo dices? ¡Claro, mujer! En el pueblo no se habla de otra cosa. Un jipi, ese chico es un jipi, te lo digo yo, y seguro que hasta se droga. No sé a donde vamos a llegar con tanta modernez.
- Fíjate que se ha pasado aquí todas las navidades y no se le ha visto ni una sola vez por la iglesia y mira que antes no es que se excediera pero, al menos, las fiestas principales no solía faltar.
- Es que los Álvarez siempre han sido gentes de orden. Pobres padres, buen disgusto tendrán.

- Ayer, en la solana, estaban diciendo que anda liado con una pelandusca de esas que se drogan y que está metido en cosas raras.
- Pobre Álvarez, criar un hijo y darle estudios para que luego te salga así...
- Es que por la capital anda la vida muy revuelta no es como aquí que, gracias a Dios, las cosas todavía están en su sitio.
- Mira Jacinto, por ejemplo. Un chico trabajador, honrado a carta cabal, serio, respetuoso, con futuro. Un hombre de verdad, un hombre como tiene que ser, no un pelocho de esos que se drogan y se hacen vagos, viciosos, maleantes y hasta maricones.
- Al final siempre acaban mal, porque el que mal anda mal acaba.
- Acuérdate del “Legionario”, ese no se drogaba porque todavía no existían esas cosas pero dio en beber coñac y en no trabajar y la pobre María acabó por tener que pedir limosna para dar de comer a sus hijos hasta que se los llevaron a la inclusa.
- Luego ella se murió de pena y él del hígado
- Siempre acaban mal
- Pobre Álvarez. Ha criado un hijo y, a la hora de poder verlo hecho un hombre de bien y de provecho, le manda a estudiar y se le entrega al vicio y a la perdición.
- Espérate que ahora viene lo mejor: El otro día, en el casino, estaban comentando que le habían oído hablar de política.
- ¿De política? ¿Fermín?

- Si, y por lo que contaban casi te puedo asegurar que se ha hecho rojo
- ¡Santo Dios!
- ¿Por qué te crees que ha dejado de ir a misa?
- ¡Claro! A misa no va pero por ahí con pelanduscas... Menuda diferencia con Jacinto. Como de la noche al día.

Asun no pudo aguantar más. Esta conversación de sus padres había llegado mucho más lejos que las anteriores, había alcanzado las áridas regiones del daño despiadado. Sabía que hablaban para ella y el amor por sus padres entró en contradicción con un amor distinto, ambos colisionaron brutalmente al otro lado del esternón. Pero ¿Sería verdad todo aquello? ¿Drogas, Pelanduscas...?

Tiró ostensiblemente el bastidor y se marchó a llorar a lo escondido.

Martina se levantó con premura de la mesa y siguió a Asunción.

- ¿Qué te pasa, mi niña? ¿Por qué lloras?
- Esas cosas que decís no pueden ser verdad, Fermín es una buena persona, no es un drogado, ni un rojo, ni anda con pelanduscas. Cuando acabe los estudios tendrá un trabajo bueno y bien pagado.
- Asun, estás cegada, ¿Cuándo te darás cuenta de que ese chico no te conviene?
- Sabes que yo le quiero, mamá. Y que él me quiere a mí.
- A tu edad todas estamos ciegas. Quien de verdad te quiere y puede hacerte feliz es Jacinto, haz por conocerle un poco, deja que

hable contigo. Es más alto, más fuerte, más guapo y, sobre todo, mucho más formal. Créeme, yo ya pasé por eso que estás pasando tú. Acepté los consejos de mi madre, tu abuela, y gracias a ellos he podido conocer la dicha y la felicidad de casarme bien y formar una buena familia, una familia cristiana, estable y feliz como es debido.

- Pero yo no quiero a Jacinto, mamá, ¿de qué me estás hablando?
- No le quieres porque no te has fijado en él porque no le has tratado, porque estás cegada con ese mequetrefe y no sabes que lo que te juegas es la felicidad, el porvenir, la vida.
- ¿Se puede ser feliz, se podría vivir con una persona a la que no se ama?
- El amor surge del conocimiento, del roce y de la sana convivencia. Lo que tú sientes por Fermín no es amor, es un capricho ciego, cosas de jovencitas. Si lo sabré yo que también tuve tu edad. Si lo sabré yo que también estuve ciegamente “enamorada”
- ¿De qué me hablas, mamá? Jacinto es un buen chico, es simpático, guapo y amable pero el amor es otra cosa y yo no siento amor por él. Puedo sentir respeto, simpatía, amistad o incluso cariño pero nunca amor. Mi amor es para Fermín, solo para Fermín y tú lo sabes. Ignoro a qué te refieres cuando dices que estuviste ciegamente “enamorada” ¿No fue papá tu único amor? ¿De que consejos de la abuela hablas?
- Sí, hija, sí. Papá ha sido y será mi único, mi verdadero hombre, mi verdadero amor. Pero,

antes de hacernos novios, yo estaba coladita por Paco Serrano, y él lo estaba por mí. Entonces aún no era el “Legionario”, era guapo y apuesto y cuando me hablaba mirándome a los ojos me dejaba indefensa, volatizaba mi voluntad. Estaba tan ciega por él como tú lo estás por Fermín, tanto que no le apreciaba ningún defecto y mira que los tenía. Ya por entonces le gustaba más de la cuenta el vino, creo que también los naipes y, al parecer, tampoco hacía ascos a las mujeres ligeras, ya me entiendes. Tu padre, un chico honesto que me amaba de verdad, no se atrevía a pretenderme, yo no le daba pié, no le quería, ni tan siquiera reparaba en él. Yo solo vivía, solo tenía ojos para Paco. Todo el pueblo, y muy especialmente los abuelos, eran conscientes de mi error, todos menos yo misma. Un buen día, la abuela, me hablo, como yo te estoy hablando ahora, me pidió que recapacitara, que dejara a Paco, que diera una oportunidad, aunque solo fuera una, a tu padre, pero sobre todo que dejara a Paco. Me costó muchas lágrimas pero seguí el consejo. Al poco tiempo, Paco se fue a la legión, dicen las malas lenguas que lo hizo por mi culpa, pero yo no soy culpable de su mala cabeza. El resto de la historia de Paco ya la sabes. ¡Pobre María!, Cada vez que pienso en ella me entran escalofríos. Su penosa existencia podría haber sido la mía de no ser por el sabio consejo de la abuela. Comencé a salir con papá, al principio me encontraba incómoda, no sentía nada por aquel

muchacho, nada comparable a lo de Paco pero pronto fui cogiéndole cariño, eso que tu dices que podrías sentir por Jacinto, y, a medida que fui conociéndole mejor, me fui enamorando, pero no ciegamente sino de una forma lenta, lúcida, consciente y sensata. El día que nos casamos fue uno de los días más felices de mi vida, le amaba más que a nadie en el mundo. Hasta ahora he sido plenamente feliz a su lado y más desde que tú naciste. Todos los días agradezco a Dios aquel milagroso consejo de la abuela, ¡Pobre María!

Asun hundió su cara entre las manos que inmediatamente quedaron ocultas bajo densos mechones de cabello dorado y lloró amargamente con lágrimas de miedo, con lágrimas de pena, con lágrimas de angustia, con lágrimas de duda.

- Mamá, déjame sola
- Pobre mi niña ¿Quién mejor que yo conoce lo que estás pasando? Desahógate, llora cuanto desees pero, después piensa en lo que te he dicho y obra con sensatez, está tu felicidad, está tu vida, está tu verdadero amor en juego.

Martina, con los ojos arrasados, regresó junto a Pío que la aguardaba expectante, inquieto y levemente nervioso. No se sentía bien, le inquietaba un lejano rumor de la conciencia, conocía los chismes y las habladurías que acababan de escenificar para influir en su hija, pero también era consciente de haberlos manipulado exagerándolos y deformándolos interesadamente, aquello que habían hecho era muy

parecido a la mentira con maledicencia, con calumnia, con daño. Amaba a su hija hasta la adoración y le dolían sus lágrimas y le quemaban. – Quien bien te quiere te hará llorar- pensó. Y se aferró al aforismo tratando de ubicarlo en el pliegue remoto de la conciencia que persistía en su incómoda emisión de señales. –Es necesario hacerlo, es su futuro-.

- Martina ¿Qué ha pasado? ¿Qué habéis hablado? ¿Cómo está la niña?
- No va ser fácil para ella pero hay que darle tiempo y confiar en Dios.
- ¿Le hablaste de Jacinto? ¿Qué te ha dicho?
- Si, le hablé de Jacinto pero ella está cegada por Fermín. No va ser fácil.
- No estoy seguro de lo de las drogas y esas cosas pero lo que sí parece cierto es que ese chico se ha vuelto rojo y eso ya es demasiado para mí. ¿Crees que deberíamos evitar que se sigan carteando?
- No sabría decirte pero sí, quizá sería bueno hacer algo al respecto.
- Cuando se tranquilice un poco le pediré que deje de escribirle y que devuelva su correspondencia, si plantea objeciones se lo exigiré, se lo ordenaré, se lo prohibiré.
- Pienso que, si dejaran de comunicarse, el tiempo y el olvido irían apagando poco a poco los sentimientos de Asun como el fuego que deja de alimentarse, de avivarse, y la niña entraría en razón. Pero si actuamos de una manera brusca o imprudente correremos el riesgo de que cometa cualquier desatino, ella está en una edad muy peligrosa.

- Tienes razón, lo haré de otra manera.
- ¿Qué planeas? ¿Qué tramas?
- Tú déjame hacer a mí.
- Que el Señor todopoderoso nos ilumine y nos ayude para que todo salga bien.
- Así sea.

En esta ocasión, Asun se olvidó del usual papel perfumado y, tomando el primer cuaderno rayado que encontró, se puso a escribir una extensa misiva a su otro corazón. El que latía en su pecho imprimía imperceptibles irregularidades en los trazos de tinta que trataba de ejecutar con el acostumbrado primor de bordadora.

Le puso al corriente de las habladurías que circulaban por los mentideros del casar, le pidió con el alma que se las desmintiera y una lágrima fina difuminó un poquito las palabras "*Te quiero*". Las dudas impregnaban con su invisible pátina todas aquellas letras.

Fermín leyó la carta con un grado creciente de justa indignación ¿Cómo podía anidar tanta y tan gratuita mezquindad en su pueblo? ¿Cómo, en aquel paisaje benéfico y hermoso podía haber tanta y tan extendida ruindad?

De todos esos chismes solo había uno que pudiera tener ciertas raíces, no más que capilares, libando de la sabia verdadera, el asunto de la política. No era del todo cierto, él no se había convertido en un rojo, pero tampoco era del todo incierto, había conocido personas y sufrido experiencias que le descubrieron aspectos ignorados de la realidad, lo que le provocó un discreto alejamiento de los principios en que se educara, llevándole a cuestionar poco a poco todos

aquellos axiomas y certezas incontestables que constituyeron el sólido ideario de su familia, de su infancia y aun de su adolescencia.

Lo demás era falso, rigurosa y miserablemente falso, calumniosa y dolosamente falso.

Ese día, Fermín no logró concentrarse ni un minuto en sus estudios, tampoco en sus prácticas de taller, limaba con torpeza una “cola de milano” cada vez más grotescamente desajustada y esperaba ansioso la hora de volver a su habitación para responder aquella inquietante epístola de su amada.

Fue quizás un acceso de furia incontrolada lo que hizo que se le deslizara la lima a una velocidad imprevista, la involuntaria maniobra dio con su antebrazo en una fina arista metálica que le produjo un somero y largo corte. Tenía escasa importancia, poco más que un rasguño. Fermín se dirigió al botiquín, pero antes de someter su herida a los cuidados preceptivos reparó en unos folios blancos que había sobre la mesa. La idea surgió veloz, como el deslizamiento de la lima, tomó varios papeles y escanció sobre ellos unas gotas pequeñas de su sangre reciente. Ya tenía el soporte de su inminente carta.

“Mi amada, mi destino: ¿Puede una simple gota de veneno corromper un océano de amor?...”

... y he notado una lágrima de duda entre tus letras, por eso yo te mando la sólida certeza de mi sangre que es tuya más que mía...

...No puedo concentrarme en los estudios, ni quitarme del alma la sombra de tus incertidumbres, de tus vacilaciones, de tus dudas. Por lo que más

quieras, ahora no demores tu respuesta ni tan solo un segundo y contéstame a vuelta de correo...”

En términos como estos y en otros parecidos desarrolló Fermín su extensa carta, refutación de todas las mentiras y confirmación irrefutable de un amor que intuía por primera vez amenazado.

En el preciso instante en que Fermín depositaba su carta en un buzón de la Universidad Laboral, Pío Ledesma entraba en la ínfima estafeta de correos del pueblo.

- Hola, Marcial. ¿Hay algo para mi casa?
- Buenos días Pío, hoy no ¿Es que esperas correo?
- No pero me gustaría hablar contigo de cierto asunto, a ver si puedes hacerme un favor.
- Tú me dirás Pío. Ya sabes que, si está en mi mano, puedes contar con ello.
- Es que es un poco delicado...
- Sabes que puedes decirme lo que sea. Tú y yo somos amigos desde la escuela y hay más que suficiente confianza.
- ¿Esta tarde tendrás un rato?
- Para ti los ratos que hagan falta, ¿Te viene bien que nos veamos a las cuatro en el casino?
- Perfectamente, Marcial, yo pago los cafés.
- ¿Qué te traerás entre manos?
- Venga, hasta la tarde.

Pío temía que su plan desencadenara consecuencias adversas. La sensibilidad de su conciencia segregaba asperezas en su boca pero había tomado una decisión y la llevaría a cabo. Un rojo, un ateo,

además sin recursos, en su casa, era algo que no podía ni imaginar sin estremecerse, sin sentir una insoportable aridez en el alma.

La tarde era desapacible, quizá fuera por eso que el casino se hallaba bastante concurrido, sus diez o doce mesas estaban ocupadas por jugadores de naipes o de dominó, al fondo, dos paisanos con gafas afanaban sus neuronas librando una partida de ajedrez ya para entonces visiblemente inclinada a favor de las negras cuyos victoriosos trebejos casi se reflejaban en la brillante calva del inminente ganador.

Marcial esperaba, apoyado en la barra removiendo, parsimoniosamente, su café descafeinado. Detrás, el camarero fregaba unas cuantas tazas en la pila, sumergiendo sus manos en un líquido espumoso de tonalidades verdes.

A más de media altura, en la pared frontal, un antiguo reloj de péndulo señalaba las cuatro menos cinco. Aún se distinguían en ambos lados del artificio dos rectángulos de pintura algo menos ahumada que el resto, algo más clara. Pío no podía reprimir un leve gesto de tristeza y fastidio cada vez que reparaba en aquellos vacíos clamorosos que, aún en tiempos recientes ocuparan las muy respetadas y queridas imágenes de Franco y José Antonio. –Se está perdiendo todo y aquí nadie mueve un dedo. España va de cabeza a la ruina- solía pensar invariablemente en estos trances.

- Buenas tardes, Marcial. ¿Cómo ha ido el día?

- Hola Pío, pues ¿Qué quieres que te diga? Como siempre, aquí ya sabes que son habas contadas.
- Chico, ponme un café solo bien cargado y un sol y sombra.
- Hombre Pío, estás desconocido, un sol y sombra. A ver si te vas a marear que tú no acostumbras a estos excesos.
- Un día es un día, Marcial. ¿No quieres tú una copilla?
- Bueno yo lo de siempre, una copa de anís con un terrón de hielo. Ah y también dame un farías. Un día es un día.
- Eso es lo malo, Marcial, el tabaco. ¿No escuchas lo que dicen por la tele?
- Bueno Pío, al grano: ¿Qué es lo que necesitas?
- Verás, es un asunto muy particular y sería mejor hablarlo en una mesa de aquellas del fondo. Más que nada por discreción, esto no puede salir de entre nosotros.
- Chico, me estás asustando. Bueno mira los del ajedrez acaban de recoger los bártulos y seguro que se largan. ¿Te viene bien el sitio?
- Perfecto. Cóbrame estos dos cafés y estas dos copas, chaval.
- No, déjalo Pío. Las copas las pago yo.
- De ninguna manera soy yo quien te ha citado y quien te invita. No vamos a pelear por esto habiendo cosas más importantes por las que discutir.
- Me tienes intrigado. Vamos que ya se marchan los “intelectuales”

Los dos viejos amigos se dirigieron a la mesa recién liberada de escaques y trebejos. En el camino sortearon varias timbas baratas de tute subastado y alguna que otra de mus. En todas ellas, a parte de los cuatro precisos jugadores, había algunos mirones sentados a horcajadas con la silla al revés, apoyando los codos en el borde superior del respaldo y orientados hacia los ángulos de la mesa. En ocasiones, siempre a posteriori, comentaban las jugadas provocando disgustos ocasionales en los protagonistas – ¡Los de fuera se callan y dan tabaco!- clamaban, no siempre de buen grado, estos últimos.

Pío y el cartero fueron dirigiendo comentarios jocosos y saludos a los paisanos que encontraron en su breve trayecto. Después tomaron posesión de su espacio y depositaron las copas frente a ellos, sobre la mesa.

Luego de unas breves e intrascendentes palabras que les sirvieron para calibrar el grado de discreción que les brindaba aquel pequeño retiro, Marcial, exhalando una densa bocanada de humo hacia el renegrido techo se decidió a entrar en materia.

- Bueno Pío, tú me dirás...
- Verás Marcial, se trata de la correspondencia entre mi hija y ese chico de Álvarez. Tú mejor que nadie sabes que se cartean desde que el chaval se fue a estudiar...
- ¿Es que hay algún problema con las cartas?
¿Se ha extraviado alguna?
- Por desgracia no se han extraviado, pero de eso precisamente se trata, de que se extravíen si es que es posible.

Marcial bajo los ojos. Entre los dedos pulgar y corazón de su mano izquierda, hizo girar nerviosamente la pequeña alianza que adornaba el anular de la derecha, depositadas ambas sobre la madera, ajada ya y oscura, de la lúdica mesa. Después llevó a sus labios la rutinaria copa como para endulzar el gesto súbito de honda preocupación que se le había pintado en la cara.

- Digo que si es posible, claro está. Yo tampoco te quiero comprometer en exceso, Marcial.
- Si que es delicado el asunto, sí. Y, a decir verdad, no es un plato de gusto el que me ofreces.
- Me hago cargo, Marcial. Me hago cargo. Pero ya sabes lo que se rumorea de Fermín. Supongo que comprendes que tengo que actuar.
- Hombre ya me imagino que debes tener buenas razones para pedirme una cosa así pero...
- Lo único que te pido es que me entregues a mí, personalmente, las cartas de mi hija, tanto las que reciba como las que envíe. Yo pasaría a recogerlas a la estafeta. Discreción absoluta, por supuesto. No creo que el asunto durase mucho tiempo y quedaría exclusivamente entre tú y yo.
- ¡Cuántas cavilaciones dan los hijos hasta poder verlos bien situados en la vida! Sin embargo dudo mucho que esta sea la forma más correcta de afrontar el problema. Además supongo que no ignoras las implicaciones profesionales y éticas de lo

que me pides. Sabes que siempre estoy para lo que necesites, pero esto...

- Ya te he dicho, Marcial que si no se puede, no se hace, no hay compromiso. Pero, a fin de cuentas, ella todavía es menor y yo soy el padre. Le he dado muchas vueltas hasta tomar esta decisión.
- Tú verás lo que haces, Pío. Yo como buen amigo solo espero y deseo que te salga bien la jugada pero el caso es que...

De una mesa cercana se deslizó hasta el suelo una sobada carta de Heraclio Fournier. Era la sota de oros.

La mañana había sido fresca pero despejada y radiante. Pío limpió a conciencia su tijera de podar, en la zona precisa depositó unas gotas de aceite lubricante y guardó la herramienta sobre el portaequipajes de su dócil mobylette. Las campanas del pueblo aún no habían señalado en el aire la hora cenital del medio día, todavía había tiempo de pasar por la estafeta antes de allegarse a su casa para bendecir la mesa y comer las judías hogareñas que Martina, con sus buenas labores culinarias, habría elevado ya a la categoría de manjar cotidiano.

Pese a las abundantes calorías consumidas, pese al intenso aroma alimenticio que ascendía de su plato, ese día comió con escaso apetito, desplazó varias veces, con rumbo aleatorio, la hoja de laurel y omitió el rito habitual de pringar una cabeza de ajos sobre la tierna hogaza de pan con su navaja. No probó las cebollas en vinagre y, al final, comió poco y despacio.

Luego pasó la tarde podando lentamente, en silencio. Hace un año, por estas mismas fechas, se le podría haber visto con las mismas tijeras, entre los mismos cerezos ora tarareando, ora silbando himnos o melodías de sus tiempos.

Dejo caer el sol tras de las cumbres de Gredos antes de arrancar el ciclomotor y tomar el caminillo del casar. Algo había que pesaba en el bolsillo izquierdo de su chaqueta sin que la mobylette notara el sobrepeso.

El cerrojo interior de la puerta estaba echado. Pío, sentado sobre el borde de la cama, sostenía entre las manos un sobre cerrado. A juzgar por el volumen, la carta debía contener varias hojas. Una caligrafía aceptable, aunque poco esmerada, trazaba en el anverso, como al suroeste del sello, un nombre y una dirección: Su hija y su casa.

No sabía que hacer con aquel envío postal, pensaba alternativamente en romperlo a trocitos, en abrirlo, en quemarlo, en no abrirlo... Solo tenía una cosa clara: esos papeles no debían llegar nunca a su destinataria.

Pasó por su cabeza la idea peregrina de que en aquellas letras ocultas a sus ojos, además de los típicos engatusamientos del amor, podría anidar la serpiente maléfica del proselitismo comunista. Sintió curiosidad, decidió abrirlo pero, en esos instantes, un molesto y remoto pliegue de su conciencia dio señales de vida. Se allanó con mirarlo atentamente al trasluz de la lámpara. – Qué raro. Se diría que las hojas tienen algunas manchas. Este chico es muy raro.-

Quizá fuera el mensaje sutil de la conciencia, quizá la providencia divina de su fe, quizá el simple destino. El caso es que al final se inclinó por guardar la misiva en un sitio seguro, intacta, inviolada, junto a las que vinieran en los días futuros y a las que pretendieran salir de su dominio. Nadie, salvo Marcial y él, nadie, ni siquiera Martina conocerían el asunto. La cosa estaba hecha.

Los días iban creciendo poco a poco pero no tan deprisa como la tristeza de Asunción, como esa angustia lacerante que anudaba su esófago, como esa interrogación pungente y amarga que ocupaba regiones cada vez más extensas de su joven cerebro. - ¿Por qué no me contesta? ¿Sería verdad todo y al verse descubierto...?-

Las once más o menos, como todos los días, el afable cartero pasaba por su puerta y no se detenía. Seguía caminando, abriendo por el frío un pasillo de ajeno que él no saboreaba. Los ojos de la chica se ataban a su estela, le lanzaban inútiles redes tras los visillos y luego se inundaban y luego se vertían.

- ¿Qué te pasa, mi niña, qué tienes, que te aflige?
- Mamá. Ya no me escribe. Le pregunté si era cierto lo que se comentaba, le dije que escribiera a vuelta de correo y no me ha contestado.
- Ya te lo dije, Asun pero tú, erre que erre. Ese chico no es trigo limpio. Seguro que, al saber que sus golferías han llegado a tus oídos, ha pensado que no puede seguir engañándote y te ha echado en olvido.

- ¡No digas eso, madre!
- Digo eso porque creo que es cierto, porque te quiero y porque sé que hay otras personas que te quieren de verdad y que nunca te darían de lado como ese golfo. Si sigues obcecada en él esto solo va a ser el principio de tu sufrimiento, las primeras de las muchas lágrimas que habrás de derramar. En cambio, si me haces caso y te lo quitas de la cabeza, pronto conocerás el final del dolor y podrás apreciar las primeras luces de un porvenir hermoso y feliz en donde, con el tiempo, podrás formar tu propia familia en un entorno cristiano de amor, fidelidad y orden. ¿Sabes? Ahora te imagino aconsejando a tu futura hija como yo te aconsejo.
- Mamá, te quiero mucho pero creo imposible olvidar a Fermín a pesar del enorme daño que me está haciendo.
- ¿Qué tendrá que pasar para que te des cuenta...?
- Voy a escribirle, a exigirle explicaciones, a darle un ultimátum...
- Eso nunca, mi niña, si el no te contesta las cartas y tu, a pesar de ello, le sigues escribiendo se va a reír de ti, va a pensar que te tiene subyugada, que no tienes más voluntad que la suya y que puede hacer contigo lo que se le antoje. ¿Le imaginas presumiendo y jactándose frente a sus amigotes?

En ese momento, una brecha se abrió súbitamente en los hondos pesares de Asunción, una leve discontinuidad, un ínfimo destello de ira, brilló por

un instante en su mirada triste y evaporó unos átomos del agua de sus ojos. Luego se retiró y se dio al silencio.

-Solo una vez lo haré, esta será la primera y la última vez que le escriba sin que me haya respondido-. Pensó mientras bordaba.

Apartó a un lado el bastidor circular, los pétalos bermejos de un clavel inacabado se enrojecieron un poco más con el cambio de luz, la aguja, con su hebra de hilo colorado, quedó clavada en ángulo sobre el tensado paño emitiendo destellos plateados y breves.

Puso sobre la mesa el cuaderno de rayas y retiró la tapa del bolígrafo Bic. Se lo pensó dos veces mientras mordisqueaba la capucha azulada para después dejarlo sobre el papel sin uso. – Eso nunca, mi niña-. Volvió a tomar los aros y la aguja sin mirar demasiado, se la clavó en un dedo y una gota de sangre cayó sobre el papel.

Puso sobre la mancha la punta del bolígrafo y empezó a deslizarlo, a dejarlo escribir un extenso inventario de reproches que casi confirmaban las dudas y sospechas expuestas en su, ya tanto tiempo incontestada, última carta. Terminaba diciendo:

“¿Por qué no me contestas? ¿Por qué no me contestas? ¿Por qué no me contestas? ¿Por qué no me contestas? ¿Por qué no me contestas? ¿Por qué no me contestas?”

La angustiada pregunta relleno media hoja y acabó con un grito no menos repetido, que ocupaba el espacio restante del papel:

*“¡Contéstame! ¡Contéstame! ¡Contéstame!
¡Contéstame! ¡Contéstame! ¡Contéstame!
¡Contéstame! ¡Contéstame! ¡Contéstame!
¡Contéstame! ¡Contéstame! ¡Contéstame!”*

Ya no pudo escribir las palabras *“Te quiero”*.



II

***E**l domingo la vimos en la iglesia y no apreciamos en ella nada raro, hijo. Estaba con su madre y, en el mismo banco estaban su padre y Jacinto, el chico de Serrano el tabaquero, luego salieron los cuatro juntos y dieron un paseo tranquilamente hasta la hora de comer”*

Fermín mantenía con sus padres una correspondencia regular en la que no solía mencionar sus asuntos con Asunción, pero ante la falta lacerante de noticias procedentes de ella, no había encontrado otra forma de informarse que preguntar, sin rodeos, a sus progenitores, las únicas personas del pueblo con quienes seguía comunicándose.

“Hace tiempo que no se nada de Asunción. ¿La habéis visto vosotros por el pueblo? ¿Sabéis si le pasa algo?”

Había insertado este párrafo en su última carta simulando distancia, simple curiosidad. Temía que sus padres detectaran, leyeran entre líneas, las amarguras que le consumían.

¿Qué estaría sucediendo? ¿Por qué, pese su expresa petición de respuesta urgente, ella no le había escrito? ¿Estaría enferma? ¿Le habrían prohibido

seguir las relaciones? Y, lo que era peor: ¿Habría dado crédito, finalmente, a la bazofia aquella de las habladurías?

Las últimas semanas solo llegaban cartas con un decepcionante Juan Álvarez en el remite. No es que no le agradara recibir las siempre amables letras de Juan y Petra, sus progenitores, es que, cada vez que llegaba una carta a su nombre se le abría un horizonte de esperanza desbocada que acababa estrellándose abruptamente contra el muy conocido grafismo de su padre. Y se hundía en la tristeza, y miraba aquel sobre queriéndole otra letra, una letra distinta, primorosa y amada, una letra floral de bordadora.

Tenía en la cabeza las frases de su padre: “*El domingo la vimos...*” “*... y Jacinto...*”

Jacinto, el tabaquero, ese meapilas presuntuoso e hipócrita que andaba por la vida de riquillo pagado de sí mismo. ¿Qué pintaba Jacinto compartiendo el banco y el paseo de Asun? ¿Qué vela le habían dado en este entierro? Bueno, estaba con su padre, con Pío, a lo mejor era cosa de la cofradía esa a la que pertenecían.

-¡Quien fue a Sevilla perdió su silla!-

La frasecita célebre, adornada de risas, procedía de un banco de trabajo cercano donde dos compañeros se disputaban el derecho a limar sentados en un taburete alto y único destinado a otros usos. Fermín no sonrió, ni siquiera cuando el que presuntamente había perdido la cómoda postura que unos minutos antes ocupara, se dirigió a él con gestos humorísticos.

- ¿Qué te parece, Fermi, el jeta este? Me traigo el taburete de la mesa de planos y a na que me descuido me lo levanta. Es que hay que tener morro.

Fermín no respondió, le miró con tristeza y no le vio, su taburete estaba en otra parte, y su mente.

- Y a este ¿Qué le pasa?
- Déjalo, Mariano, lleva unos días muy raro. Toma tu taburete y a ver que le explicas al profe cuando te pille.

Para Semana Santa faltaba más de un mes. Más de un mes era casi más que la eternidad y Fermín tenía que aguardar todo ese tiempo para volver al pueblo con otras breves vacaciones. Ya se había resignado a no recibir cartas de Asunción, lo había asumido y solo esperaba volver. Ver con sus propios ojos la causa de su angustia, lo que había desplegado ese pesado telón de silencio ante su amada. Le había escrito muchas cartas. Hubo una semana en que le mandó cinco. Todas habían obtenido la misma respuesta: el vacío, el vertiginoso vacío de un silencio absoluto.

El penúltimo sobre, remitido siete días atrás, tan solo contenía un folio en blanco en cuya cabecera gravitaba una frase solitaria y dramática: “*Escribe lo que quieras, yo ya te lo he firmado*”.

Y allí, empequeñecida por el abatimiento, cerca del ángulo inferior derecho del dorso del papel, figuraba legible la firma de Fermín.

Mas tampoco este trágico testimonio de entrega obtuvo una respuesta diferente al silencio. El silencio profundo hacia el que ahora mandaba su epístola final.

Asunción había buscado en los baluartes de su voluntad la forma de mirar hacia otro lado. Todos los átomos que constituían su ser estaban ya de acuerdo con los que la rodeaban en la necesidad de cerrar el capítulo Fermín, de fijar otro rumbo en su existencia. Pero su sola voluntad no bastaba y confió el timón a la experiencia y al amor de sus padres. Ayudó un poco la confianza y el sentido de obediencia esculpida en la base de su educación.

Era domingo, faltaban poco más de dos meses para Semana Santa y la Cofradía de la Vera Cruz se había reunido el sábado para ir hablando de preparativos y renovar su junta directiva. Jacinto había obtenido el cargo de tesorero y, por ese motivo o con ese pretexto, a media mañana fue a visitar a Pío, tesorero saliente.

Asun le abrió la puerta y bajó la mirada.

- ¿Está tu padre, Asun?

En el interior de la muchacha, diversas moléculas comenzaron a procesar aquella voz, a estudiarla a practicar sobre ella una disección meticulosa y crítica, a analizarla con detenimiento. No es que nunca la hubiera escuchado, es que jamás había pensado que esa voz pudiera convertirse algún día en el sonido más familiar de su futuro.

- Si, Jacinto, pasa. Creo que te espera.

Pío y Martina apenas podían contener en parámetros normales las inequívocas señales de satisfacción por la presencia en su casa de aquel joven apuesto y gentil en el que tanto habían pensado. Hablaron de los gastos, los ingresos, los asientos del libro, la apremiante necesidad de restaurar la imagen, el orden en las procesiones...

Jacinto era elocuente en sus intervenciones, seguro del acierto y la oportunidad de sus planteamientos, de sus observaciones, seguro de sí mismo. Pío estaba encantado, Martina, admirada. Y Asunción, que había estado escuchando y observando con extrema discreción al joven, concluyó en sus adentros: - Tampoco está tan mal-

En ese momento algo se terminó de abrir dentro de la muchacha y comenzó a interiorizar los consejos y los deseos de su madre. Aquel chico irradiaba seguridad, notó la sensación en forma de suave calidez. No había amor... todavía.

- Bueno, Jacinto, yo creo que ya está todo y veo que lo tienes bastante claro. Por otra parte van a ser las doce y tenemos que ir a misa. ¿Qué tal si vienes con nosotros? Después podemos dar un paseíto por la carretera, hace buena mañana. Luego, si lo deseas, te invitamos a comer con nosotros para celebrar nuestro “traspaso de poderes”
- En este momento no hay nada que me apetezca más, Pío, pero mis padres cuentan conmigo en la mesa. Hoy, precisamente celebramos la comida de cumpleaños de mi madre que los cumplió el jueves. Siempre lo celebramos el domingo siguiente. Créame que lo siento y espero que haya otras ocasiones, pero acepto, encantado, acompañarles a misa y dar ese paseo con ustedes.
- Por supuesto que habrá otras ocasiones, Jacinto, puedes contar con ello.

Quizá no fuera solo el azar quien colocó, durante la liturgia, a Asunción y a Jacinto juntos y, en los extremos, Pío al lado del chico y Martina al costado de su hija. Se prestó poco oído a la parla del cura pero se hizo muy corta la homilía.

Justo en el otro lado del pasillo y un banco por detrás, Juan Álvarez y Petra miraban de reojo la configuración de los Ledesma. También ellos se dieron un paseo después.

Poco a poco fueron menudeando las visitas de Jacinto a la casa de Asun, ora pretextando asuntos de cofradía, ora por un simple “Pasaba por aquí”.

Ante la complacida mirada de los padres los jóvenes comenzaron a entablar ciertas conversaciones breves e intrascendentes y fue configurándose un fáctico noviazgo de baja intensidad no declarado.

Así, pues todo llega, llegó Semana Santa.

El miércoles, a las ocho y retraso de la tarde, Fermín posó sus plantas sobre el suelo natal. Le esperaban los besos y abrazos de sus padres y aquel aire aromado de su infancia que pareció decirle –Nada más-

Iba a permanecer hasta el domingo, tomaría entonces el coche de las tres para iniciar una nueva singladura que habría de durar hasta las vacaciones de verano, hasta Agosto. Pero ahora tenía cuatro días por delante y un abismo de incógnitas a tan solo unos metros.

- Te encuentro más delgado, mi niño. ¿Y ese pelo?
- No lo tengo tan largo como estas navidades, Mamá, me lo corté la semana pasada.

- Pues anda que si no te lo llegas a cortar...
¡Con lo guapo que estabas con el pelito corto! Mañana por la mañana vas a la barbería y que te dejen como el hombre que eres.
- Lo siento papá, pero el hombre que soy es el que ves ahora y mi cabello no hace daño a nadie.
- Te hace daño a ti mismo.

Eran las once de la mañana, aquel aciago Jueves Santo Fermín tenía miedo de salir a la calle, intuía una sombra densa y amenazante camuflada en la nítida y luminosa atmósfera. Sombra de augurio, de presentimiento, sombra de la sospecha, sombra del desenlace. Al fin dio, vacilante, el primer paso. – Mamá voy a dar una vuelta-

Visitó la alameda, el rincón escondido donde la hiciera suya, donde se hiciera suyo, donde obraron la alquimia de confundir sus sangres, de fundir sus espíritus en una sola luz y miró con los ojos húmedos a los árboles, gigantescos testigos de tan intenso amor. Después tocó la hierba que ya no era la misma y la regó un poquito con agua de sus ojos.

Luego recorrió calles, saludó a los vecinos sin reparar en ellos y al fin llegó a la casa y se quedó mirando la ventana. Sintió que no había nadie detrás de los visillos, nadie que contemplara su infinita tristeza. Estarían en misa.

- Pero Fermín, hijo, ¿Ya has terminado?
- Es que tomé unas cañas y unos aperitivos que me quitaron el hambre
- Pero es que no has comido casi nada.
- Deja al chico, mujer, y dale tiempo, que bastante tiene. Ya le regresarán los apetitos.

Por la tarde, Fermín se dirigió al bar. Allí encontró, como era previsible, a sus amigos. Tenía pocos, el hecho de haberle dedicado a Asun gran parte de su infancia y su adolescencia, había limitado mucho sus relaciones con los chicos del lugar, pero algunos tenía y buenos.

- Hombre, melenas. ¿Cómo te va la vida? ¡Que moderno!
- Hola Joaquín, ya ves, vamos tirando ¿Y tú, qué tal?
- No tan bien como tú. Aquí en el pueblo, ya sabes, hay poco que rascar. Las chavalas son más estrechas que el filo de un bisturí y...A propósito de chavalas ¿Qué te ha pasado con Asun? Se comenta que está saliendo con Jacinto.
- No se nada, Joaquín ¿Es eso cierto?
- Pues yo no te puedo decir ni que si ni que no, no los he visto juntos por la calle, pero él visita su casa casi todos los días y, algunas veces, se sientan juntos en la iglesia, eso sí, con sus padres. Pero tú tranquilo, Fermín, que a ti no han de faltarte jacas mejores que esa.
- Si que apunta alto la niña.
- Son así, a la hora de la verdad van a lo práctico, las pelás, ya sabes.
- Pero bueno, Jacinto es de la cofradía esa del “ku klus klan” a lo mejor va donde Asun a hablar de esos asuntos con el padre.
- Si, si ¿Todos los días? Que no, Fermín, que no. Que esa ha hecho cuentas de fincas de

tabaco, cerezos y vaquerías y le salen los números. Las tías son así, mucho ji ji ja ja pero a la hora de la verdad sacan la calculadora. Te lo digo yo, van a lo práctico. Las ves que parecen entes angelicales, seres que no mean, pero no veas lo que tienen por dentro.

- No puede ser, no me creo que Asunción se haya enamorado de ese cursi presumido.
- ¿Quién habla de enamoramiento? Parece mentira que estando en la capital, con el mundo que tienes ya, sepas tan poquito de mujeres. Esa va a pillar cacho, te lo digo yo, esa de lo único que está enamorada es de la cartera de Jacinto Serrano. Luego, si el asunto de cama no le satisface mucho, le colocara, de vez en cuando, un par de buenas astas con cualquier vividor que le harán parecer el semental de la vaquería, pero eso sí, sin que se entere nadie. Ella va ser una señora bien, ya sabes, collares de oro medallas de vírgenes y misa de doce con abrigo de piel. Después vendrán los “Serranitos” que a lo mejor ni se parecen a Jacinto pero que heredarán, con el tiempo sus fincas.
- Es posible que tengas razón pero me cuesta creer que...
- Mira, seguro que esta misma noche, antes de la procesión, Jacinto le va a hacer una visita, puedes desengañarte por tu ojo.

Fermín cambió de tema, noto que el desengaño que abrasaba su pecho se atenuaba un poquito con el güisqui y se dio a esa analgesia el resto de la tarde.

Sintió necesidad de enajenarse, de escapar de este mundo, y encontró en los amargos licores de Segovia un vehículo idóneo. No estaba acostumbrado, Todo le daba vueltas cuando, desde la esquina vio emerger a Jacinto de la casa de Asun y, detrás, a su amada que salió a despedirle. Ella le vio un momento, por encima del hombro del joven tabaquero, en el preciso instante en que depositaba sobre su mejilla el beso habitual, casto, de despedida.

Le vio petrificado, como herido de muerte, crispó sus blancas manos en los hombros de Jaci y así le observó atenta mientras él se alejaba, vencido, dando tumbos. –Pero... ¡Si va borracho!-

Esa noche Asunción durmió muy poco. Después de despedir a su incipiente novio asistió a la procesión donde volvió a verlo, esta vez ataviado con la consabida túnica y el siniestro capuchón que sobrepasaba en altura a la del resto de cofrades. A parte de la buena estatura de Jacinto, había algo en él que le impelía a tratar de quedar siempre por encima, como el aceite, y se había fabricado un capuchón apreciablemente superior a lo normal. Destacaba.

Cuando se hubo agotado el cansino y tético recorrido de la manifestación religiosa, se retiró a su cama. Se metió entre las sábanas con una imagen dura, triste y tambaleante que le impidió dormir. – Mamá tenía razón, es un borracho. Es un borracho como el “Legionario”. Mamá, ¡Cuánto te quiero! ¡Cuántas vidas te debo!

Pero ¿Qué hacía él allí? ¿Para qué habría venido hasta mi calle?-

El Viernes Santo, el aire del pueblo no tuvo ocasión alguna de remover los cabellos morenos de Fermín. El chico no salió ni un momento de su casa. Por la mañana le dolía todo el cuerpo, especialmente la cabeza. Y por la tarde le dolía toda el alma, especialmente el tejido invisible que envuelve el corazón.

Asunción, por su parte tampoco estaba en su mejor momento, una noche de insomnio siempre pasa factura. Asistió con su madre a los oficios religiosos, su novio y su padre estaban ocupados en los rituales y tradiciones de la Cofradía, actividades que les exigían coparticipar en la liturgia. Al atardecer, durante un rato libre, Jacinto visitó la casa de la joven y mantuvo con ella la acostumbrada charla. Cosas intrascendentes, asuntos agropecuarios, autoalabanzas narcisistas y la repetida constatación de que el muchacho, aunque tenía, no necesitaba abuela. Cuando se despidieron en la puerta, Asunción, de puntillas, prolongó lo que pudo el momento del beso en la mejilla. Avizoraba con intensidad, hasta un extremo de dolor de ojos, el cabo de la calle, pero solo vio frío, pero solo vio niebla pero solo vio nada. Sin duda, Jacinto malinterpretó aquella inesperada prolongación de la despedida y entonces la abrazó por primera vez. Ella reaccionó con un sobresalto parecido al brusco despertar de un mal sueño y se zafó del joven bordeando la violencia.

- ¿Pero qué te has creído?
- Bueno chica perdona es que yo soy un hombre de verdad, ¿Sabes? Es que yo soy muy hombre. Puede haber algunos, no

muchos desde luego, que sean tan hombres como yo ¿Sabes? Pero más no y, si te pones tierna pues reacciono ¿Sabes?

- Bueno no te enfades ¿Vale? Pero debes saber que yo no soy una chica fácil
- Mujer, eso por supuesto. Si fueras una chica fácil no serías mi novia. De todas formas no te pases mucho porque, cuando tienes delante a un hombre de verdad, por las buenas puedes hacer lo que quieras con él pero, a las malas... ¡Cuidadito! ¡Eh!
- Vale. No te me enfades, ya habrá tiempo de todo. Ahora vete que vas a llegar tarde para vestirte de blanquillo. Luego te veré en la procesión.
- ¿A que soy el blanquillo más alto y más guapo de todos?
- Eso ni se pregunta, Jacinto, a la vista está.

La procesión discurrió tan lenta como siempre, los balcones del trayecto estaban adornados con mantones. La casas más pudientes exhibían con orgullo banderas españolas como nidos de águilas y todas las ventanas estaban alumbradas con cirios y con velas.

Asunción no dejó de mirar a los lados y se fue retrasando, siempre discretamente. Comenzó el recorrido, del brazo de su madre, justo junto a la urna-féretro de Jesús, una imagen de yeso lacerada y yacente, escoltada de cerca por su padre y su novio, que abría la marcha triste de su entierro supuesto. Pretextó querer ver la virgen dolorosa, se liberó del brazo maternal que la ataba y se fue rezagando hasta quedar la última.

Había visto a todos los que estaban, pero no estaban todos. Para decir verdad estaban casi todos, pero el concreto “casi” que faltaba, era una ausencia grande y clamorosa.

Miró con insistencia la zona de la comitiva que ocupaban los Álvarez, Juan y Petra marchaban con gran recogimiento, rodeados de nadie. También iban Joaquín y sus amigos, también reparó en ellos y en sus alrededores la mirada discreta, también andaban solos

–Yo no puedo hacer esto, yo no puedo buscarle yo ya tengo futuro.-se dijo en ese instante. Y adelantó deprisa la lenta comitiva hasta alcanzar el brazo protector de su madre.

-¿Querría decirme algo anoche, cuando vino a mi calle? Pero ¡Estaba borracho! Y ahora, donde estará ahora. Estará tan borracho que no puede ni andar. Se marchará el domingo ¿Le veré algún momento? Pero ¡No debo verle! Pero no puedo verle.-

Cuando el cura dio por concluido el sermón de las siete palabras y por finalizados los actos religiosos de aquel día festivo, Asun no recordaba ni cómo ni por donde había llegado al banco de la iglesia. Allí, a su lado, estaba Martina y por el pasillo caminaban hacia ellas Pío y Jacinto con sus Capuchones en la mano. Desde que retomara la compañía y el brazo materno, había recorrido el resto del trayecto procesional, sin duda, pero no recordaba un solo paso. Oyó el dilatado sermón pero sin escuchar una sola palabra. Deseaba sobre todas las cosas meterse en la cama, meterse en la soledad. Esa noche su padre y su novio velarían hasta el alba el supuesto cadáver de su redentor, después dormirían hasta la hora de comer.

La primera luz que atravesó la ventana despertó, sin esfuerzo aparente, a Fermín. Había dormido intermitentemente luchando por digerir una realidad ácida y corrosiva. Era consciente de que no le quedaba otro remedio que olvidar. Pero no iba a ser fácil ni le iba a salir gratis. Desayunó y la atmósfera de su pequeña casa se le hizo irrespirable. Salió rumbo al pasado, le quedaba día y medio. Decidió no beber, no ver a nadie y, eso sí, emborracharse de recuerdos felices para luego dejarlos al pie del autobús.

Recorrió el parqucito, se sentó en aquel banco de los besos primeros, recorrió varias calles, el patio del colegio, el atrio de la iglesia...

Se apoyó, cabizbajo, un momento en la esquina que fuera testigo diario de sus "Hasta mañanas" Levantó la cabeza, recordó la postura y, como si estuviera, dirigiéndose a ella pronunció sobre el aire, con un nudo tremendo en la garganta: - Amor, hasta mañana.-

Fue entonces cuando le vio. Había pasado la noche como él: El sueño intermitente, el pronto despertar, el agobio del aire interior de la casa. Su padre ya dormía

- Voy a salir a dar un paseo, madre.
- ¿Dónde vas a estas horas, hija mía?
- A que me dé un poco el aire y a coger tomillo para mañana.
- Vuelve pronto y ya de paso te traes el pan.

Las salidas matinales no eran infrecuentes en Asun pero esta vez, Martina se inquietó, pasó por su cabeza la posibilidad de un mal encuentro, pero la

descartó con un prejuicio. –Ese golfo estará acostado hasta medio día-

Fermín no la vio a ella, estaba a sus espaldas. No la vio ni siquiera cuando cesó el contacto con la cal de la esquina y dirigió sus pasos lentos a la alameda.

Ella no supo entonces si lanzarse corriendo a su encuentro o volver al refugio seguro de su casa. No podía moverse mientras él se alejaba, no podía dejar de mirar su cabello y su espalda, la cadencia segura de sus amados pasos.

Cuando dejó de verle le siguió desde lejos, supo que se internaba en la densa alameda y, como en un destello, comprendió donde iba. No pudo resistirse. Cuando llegó a su lado él estaba llorando, sentado sobre el suelo, con las piernas cruzadas al estilo oriental.

Cuando vio sus zapatos no levantó la vista. Ella quedó clavada, mirándole en el suelo, y muda y suspendida ¿Qué le estaba pasando? Por fin, una palabra brotó desde su origen, desde lo más profundo de su transido ser y se fue abriendo paso a través de los nudos de su garganta seca. –Fermín...- Él levantó la cara empapada de lágrimas, quiso morir entonces ante aquella mujer. Ella sintió sus ojos desbordados y oscuros, clavados en los centros eternos de su esencia.

-Fermín...- Quiso abrazarle, quiso lanzarse al suelo, a aquel suelo sagrado catedral de su amor, quiso parar el tiempo, quedarse allí por siempre, diluirse en la hierba, diluirse con él.

- Vete, Asunción, no quiero hacerte daño.
- Pero Fermín...
- ¡Vete! No quiero verte. Solo eres un fantasma. Mi Asun, la de siempre, El amor

de mi vida se ha convertido en hierba, en esta hierba amada que ahora yo estoy regando con lo mejor de mí.

Cuando Fermín pronunció estas palabras estaba seguro de que Asunción solo le había buscado para comunicarle su compromiso con Jacinto y despedirse para siempre. No podía soportar oírlo de sus labios, no estaba dispuesto a dejarla hablar.

Asunción, por su parte, pensó que aquella frase tan emotiva pero tan extraña obedecía a una suerte de alucinación producida por alguna pavorosa droga.

Fermín había absorbido toda la luz posible de aquellos ojos claros y volvía a hundir la cara entre las manos. Ya se había despedido, ahora sollozaba.

Ella tampoco pudo contener más el llanto, y en el seno de aquella amadísima hierba se mezclaron sus lágrimas. Pensaba – Está drogado, ya no tiene remedio.-

Entonces, poco a poco, con la cabeza baja, con el pelo dorado cayendo sobre el pecho, sobre el pecho partido, comenzó a retirarse. Todo había terminado.

Ignoraba como era posible que hubiera sucedido tan asombroso fenómeno pero cuando salió de la alameda, el sol estaba ya en su cenit. Ella tenía la sensación de que tan solo había transcurrido una hora pero lo cierto es que habían pasado cuatro. Era ya medio día, su padre se habría levantado, Jacinto también y todos estarían preocupados por ella quizá anduvieran buscándola.

Llegó a casa corriendo y sin el pan.

Sus progenitores estaban nerviosos e irritados. A eso de las doce, poco antes de levantarse Pío, Martina había salido a comprar. No pudo resistir más tiempo

aquella espera, la prolongada demora de la niña le hacía temer un reencuentro que ahora podría resultar especialmente fatal. Cuando pasó por la panadería preguntó, aparentando toda la naturalidad que pudo, si había pasado Asun a recoger el pan. Recorrió varias calles y regresó a la casa mucho más preocupada.

- Pero niña ¿Dónde has estado toda la mañana?

Asunción trató de zafarse del interrogatorio, trató de esconder la mirada a sus padres para que no notaran la evidencia del llanto, esbozó unas palabras con escaso sentido y se metió en su cuarto en busca de refugio.

Pío estaba iracundo, era presa de una cólera desmesuradamente superior a lo que cabría esperar de aquella situación pero, sobre todo, lo que destacaba en él de una forma especialmente llamativa, era una especie de aguda preocupación y un evidentemente incontrolable nerviosismo –¡Dinos dónde has estado, dinos dónde y con quién!-

La joven no recordaba haber visto jamás a su padre en ese estado. Había conocido en la cara de su amado progenitor los matices inconfundibles de la severidad, del enfado, de la admonición... Pero nunca había apreciado indicios de violencia ni de agresividad en ese rostro protector y benéfico.

Se asustó un poco y perdiendo en el suelo la mirada dijo, con un susurro tembloroso y escasamente audible:

- He estado con Fermín.
- Pero niña, mi niña ¿tu estás loca? ¿Os habrá visto alguien? Precisamente ahora...

En ese momento, Pío perdió el escaso autocontrol que mantenía y, ya fuera de sí, irrumpiendo en la frase de Martina, le gritó:

- ¡¿Qué te ha dicho?! ¿Qué es lo que habéis hablado? ¿Hablasteis de las car...?

Se detuvo en el acto, la inercia le produjo una punzada seca en la garganta. Había estado a punto de revelar su gran secreto y decidió no continuar hablando hasta tener la seguridad de poder controlar sus palabras.

Pese a los muchos decibelios del grito que aún vibraba, Asunción no parecía haber captado el desliz verbal, su cabeza estaba demasiado ocupada, demasiado confusa. No respondió.

Martina miró con extrañeza a un Pío cabizbajo, casi desconocido que, en ese momento abandonaba el cuarto abruptamente. Ella sí había escuchado, ella había comprendido la frase mutilada en toda su extensión.

- Tranquilízate, niña y dime qué ha ocurrido. Tu padre está ofuscado porque teme que pierdas el amor de Jacinto. Si te hubiera visto alguien conversar a solas con Fermín se esparcirían habladurías dañinas para tu relación con Jacinto. ¿Qué pensaría él?
- No creo que nadie nos haya visto, madre.
- Pero ¿Dónde os habéis entrevistado para que nadie pudiera veros?
- En la alameda, madre
- ¡Dios mío! ¿En la alameda? ¿Y qué más ha pasado?
- Nada, madre. Nos hemos despedido para siempre. Tú tenías toda la razón en todo.

- Por favor, hija mía, no sé que habrá pasado ni lo quiero saber, me basta la noticia de que habéis terminado definitivamente, pero, por Dios bendito, que no se entere nadie de esa entrevista vuestra en la alameda. Nadie ¿Sabes? Ni padre. Que quede entre tú y yo.

Fermín llegó a su casa sobre las dos y media. –Me he retrasado un poco, lo lamento, mamá.–

Comió con apetito, se le vio desahogado, había comenzado a asumir la verdad, a ubicar a la chica en la zona precisa donde deben ponerse los recuerdos hermosos para seguir teniéndolos sin que produzcan daño.

Les dedicó la tarde a sus amigos, junto con buena parte de la noche. Esta vez no hubo excesos.

Durmió profundamente hasta media mañana, dedicó la otra media a preparar sus cosas para el viaje inminente. Mantenerse ocupado le sentaba muy bien.

El domingo de resurrección era una fiesta alegre para aquellas gentes que habían interiorizado los ciclos religiosos hasta el punto de ver afectados sus estados de ánimo según el calendario festivo de la Iglesia, por eso y por las esperanzadoras muestras de recuperación que percibieron en la actitud del chico, Juan y Petra se mostraban levemente optimistas ese día. Esta discreta euforia atenuaba el pesar inevitable de la próxima ausencia de su hijo.

Eran las tres en punto en la plaza del pueblo, bajo la marquesina nueva de la parada, Fermín, junto a sus padres y su breve maleta, esperaba el arribo del único autobús.

Marcial, que iba al casino, saludó con habitual amabilidad a los Álvarez.

- Ya se va el chico, Juan
- Sí. Ya se marcha otra temporada
- Bueno, muchacho, pues a llevar buen viaje.

Lo intentó, pero no pudo mirarle a la cara y siguió caminando cabizbajo, un poco acongojado.

Eran las tres en punto en la casa de Asun y ella lo sabía perfectamente, por eso abrió la ventana. Tenía en la cabeza la secuencia de imágenes de un autobús que llega, un pasajero joven que asciende la escalera y un nuevo alejamiento sin billete de vuelta. Ella no podía verlo, por eso abrió la ventana, para poder, al menos, escuchar el lejano e inseguro ruido de aquel gran motor diesel, dudoso y humeante. Cuando dejó de oírlo, encajó la madera y unos ojos oscuros comenzaron a difuminarse mientras se iban cerrando, ya quizá para siempre, en su memoria, Fermín dejó en sus padres besos de despedida. Cayó en la cuenta entonces de la drástica reducción de besos que le había deparado esta visita y comenzó su viaje con un gesto de pena.

El vehículo avanzaba renqueante, siguiendo las orillas sinuosas del Tiétar. Fermín miraba a nada, se había dado al recuerdo y a la lucubración. Jugaba a imaginar desenlaces distintos, rebobinaba días, desdoblaba el destino igual que un diosillo que dominara el tiempo y las cosas que pasan entre sus recovecos, pudiéndolas cambiar de lugar y de forma. Quiso un final distinto para su hermosa historia, quizá un final más digno.

Le incomodaba un poco que la última sensación compartida hubiera sido el miedo. Acaso el miedo

de ella a confesar la causa de aquella despedida, a declarar la nueva, floreciente y, tal vez definitiva, relación amorosa que le había desplazado. También su propio miedo, el miedo insuperable de escuchar tales cosas de aquella dulce boca que le enseñó a besar.

La última palabra que recordaba de ella era su propio nombre con puntos suspendidos en sollozos: - Fermín...-

Quizá fuera mejor de esta manera, conservando el recuerdo de esa voz con su nombre.

Se consoló pensando que había sido vencido por la vileza de las conveniencias, nunca por la nobleza límpida del amor. El último recuerdo de los ojos de Asun, vertiéndose a raudales dulces y transparentes, le afirmaba en la idea de que ella nunca conocería ningún amor más grande y más hermoso. Pero ¿y él mismo? ¿lo hallaría alguna vez.? Tenía mucho tiempo, la vida por delante pero no sería fácil, ni siquiera probable.



III

U nas cuantas bombillas de colores bastaban para transformar en discoteca el antiguo salón de banquetes de boda. Se abría los domingos por la tarde y fiestas de guardar en general, excepto el viernes santo. Recientemente habían instalado en el techo una bola de espejos giratorios que aportaba al ambiente aspectos psicodélicos.

Asunción había visitado pocas veces el sitio. Su padre solía criticarlo y definirlo con términos acerbos y hostiles tales como “Antro de perversión” o “Puticlub”. A menudo vaticinaba que aquellos tugurios acabarían con todos los principios morales de la juventud y hundirían a la patria en la molición del vicio y la corrupción, camino inequívoco de la decadencia, la ruina moral y, a la postre, la barbarie pagana y la destrucción sodómica. Pero ese domingo de resurrección, pese a las reiteradas reticencias, otorgó su permiso para que Jacinto y Asunción asistieran al sitio, no sin que el muchacho hubiese expuesto antes con suficiente claridad y convicción sus argumentos tranquilizadores.

Esa tarde bailaron levemente abrazados, manteniendo en todo momento la distancia precisa de la honestidad. Aún así, ella experimentó fugaces movimientos de hormonas desmandadas en su cálida sangre y él sintió las crecidas de su naturaleza,

mientras las notas musicales de Carlos Santana emergían del vinilo.

Martina no sabía como hacer las preguntas que Pío intuía en ella y, al fin decidió plantearlas de una forma directa:

- ¿Qué pasó con las cartas?
- Te dije que haría algo...
- Pero al final ¿Qué hiciste? Creo que tengo derecho yo también a saberlo
- Ven, acompáñame

La condujo a la alcoba donde sacó una llave oculta en la mesita, luego extrajo una caja y abrió su cerradura. –Aquí tienes las cartas.–

Algo en lo más remoto del alma de Martina, se conmovió un poquito cuando vio la abundancia de envíos remitidos por Fermín. De Asun había menos, muchos menos y pensó: -Cuánto amor debe haber en esos sobres-

- Vuélvelas a guardar. ¿Lo sabe alguien?
- Solo Marcial y yo. De todas formas hace varias semanas que no llega ninguna. Gracias a Dios parece que esto se ha terminado. Quizá debamos quemarlas.
- Bien pensado, es lo mejor que podemos hacer. Mientras estén aquí, tarde o temprano, Asun puede encontrarlas.
- Si, pero para cuando eso ocurra ya le habrá olvidado por completo.
- Nunca se olvida por completo, Pío, nunca se olvida.

Vaciaron el cofrecito en el hogar y tomaron una caja de cerillas, cuando el primer fósforo estaba a punto de lamer el borde de un sobre, vino una

imperceptible corriente de aire y lo apagó. En un segundo intento se partió el palito de la cerilla. La tercera prendió correctamente pese al considerable temblor de las manos de Pío, pero lo que encendió este tercer fósforo fue un ardor de conciencia en las fibras sensibles de Martina.

Una pequeña llama devoraba ya el ángulo de un sobre...

- ¡No.! No las quemes, Pío. Vuévelas a guardar.

Martina no había terminado de pronunciar la frase cuando Pío apagó la incipiente hoguera de un brusco manotazo y un suspiro. No había daños graves, solo un pico de sobre chamuscado. Él también sintió alivio.

El domingo siguiente Jacinto vino pronto a recoger a Asun, quería dar un paseo antes de ir a la discoteca y salieron. Iban tomados de la mano al pasar por la alameda. Ella notaba con intensidad la calidez de aquella mano joven, de aquella piel tan solo tres años más vieja que la suya y estaba algo excitada pero cuando el muchacho le propuso perderse en la espesura unos minutos, ella sintió un bloqueo que la detuvo en seco.

- No, Jacinto, ahí no
- Vamos mujer, solo van a ser unos cuantos toqueteos, unos besos de verdad. Yo soy el primero que no quiere llegar hasta el final porque mi mayor deseo es llevarte virgen al altar. Para mí eso es algo de capital importancia, a sí que puedes tener la seguridad de que te voy a respetar. Solo quiero un rato de intimidad, unos besos, unos

magreos y... bueno quizá... una... Ya me entiendes, cosas normales entre novios.

Estas palabras entraron por los oídos de Asunción y se extendieron hacia el interior de su cerebro como una ola desoladora, las notó como un golpe interior que sacudió con fuerza su memoria haciéndola vibrar como una campana. Dirigió su mirada a la alameda y quiso arrepentirse de lo que antaño hiciera en su frondoso interior. Se quiso arrepentir pero no pudo, fue demasiado bello no podía arrepentirse de haber amado ni de haber sido amada con un amor tan grande y tan hermoso.

- No, por favor, no insistas.
- Mira nena, vamos a ir colocando las cosas en su sitio. Aquí, el que lleva los pantalones soy yo y si yo digo blanco, es blanco ¿De acuerdo? Sabes de sobra que no te voy a llevar por mal camino, como hubieran hecho otros, ya me entiendes, pero no te consiento que te me subas a la chepa, ¿Eh? Que a las mujeres se os da el pié y os tomáis la mano. Tú eres mi novia y tienes, lo primero, que confiar en mí y lo segundo hacer lo que te diga que será siempre por el bien de los dos. Yo de calzonazos tengo lo justito ¿Sabes? Y en una pareja como es debido, el que lleva el rumbo es el hombre, También te tengo dicho, y tú lo sabes, que yo soy un hombre de verdad, no un mindundi de esos ni un muerto de hambre y un hombre tiene que ponerse en su sitio desde el principio. ¿Queda claro?
- Bueno Jacinto no te enfades es que...
- No, si no estoy enfadado, es que me gustan las cosas claras. Es lo mejor para una

relación sana, que cada uno sepa cumplir con su misión. Y ahora qué: ¿Entramos en la alameda?

- Bueno, lo que tú quieras pero no te me enfades.

Asunción se dejó llevar, una mezcla de miedo y sumisión se había depositado como un yugo sobre su voluntad pero, aun con esto, procuró conducir a Jacinto a un rincón alejado del lugar aquél cuyo suelo aún estaba humedecido con sus lágrimas y las de Fermín. Hacerlo allí, tan pronto, le hubiera parecido un sacrilegio.

La estancia fue breve, la actividad también. Él la abrazó, le tocó torpemente los pechos y las nalgas, enseguida, le tomó una mano y la condujo hasta su pene. Con poco más del primer contacto eyaculaba. No llegó a besarla. –Es que yo soy muy macho y tu estás muy buena- comentó mientras se abrochaba la bragueta –se junta el hambre con las ganas de comer-

Regresaron al pueblo, en el trayecto él la envolvió de palabras amables y tranquilizadoras.

- Bueno, lo mismo te crees que soy un mandón pero, en el fondo no soy nadie, ya verás como, por las buenas, haces de mí lo que quieras, dentro de un orden, claro. Además tú ya sabes lo mucho que te quiero.

La llevó directamente a casa, el chico ya no tenía ganas de discoteca, la música le gustaba poco y, por lo demás, había quedado satisfecho. Se quedó un rato hablando con Pío, ponderando la buena marcha de sus explotaciones, criticando ferozmente la decadencia que asolaba España por culpa del rojerío

ateo y del vicio rampante, lamentándose de la irresponsable actitud de los obreros en general, que no hacían más que exigir derechos y denotar obligaciones, además de no trabajar y querer ganar mucho dinero. No dejaron de dar un repaso a la catadura moral de la juventud en general, una banda de golfos, vagos y maleantes que solo pensaban en divertirse, en juergas, música, sexo y drogas pero nada de trabajo, nada de servicio, nada de religión.

En estas disquisiciones emplearon buena parte de la tarde, luego jugaron una familiar partida de brisca y al anochecer, aquella virtuosa excepción de la juventud que era Jacinto Serrano, se despidió de la, no menos impecable singularidad de la clase obrera que era Pío Ledesma, También le dirigió un saludo correctamente amable a Martina que, ya para entonces, le miraba con cierta aprensión sin saber exactamente que era lo que iba apagando su inicial admiración y entusiasmo por el muchacho.

Asunción, perfectamente adaptada a las costumbres nacientes de aquel noviazgo, acompañó a Jacinto hasta la puerta, donde mantuvieron la ya habitual plática del postigo, un diálogo compuesto de susurros y pequeñas caricias entre palabras quedas y arrumacos.

- Hoy has estado muy bien, Asun. Eres la mujer ideal, mi futura esposa. Te quiero, te llevaré al altar y te pondré como una reina. Porque quiero hacerlo, porque puedo hacerlo y porque lo mereces.
- Yo también te quiero, Jacinto.

En la voz de la chica había tanto exceso de resignación como defecto de convicción, pero iba aprendiendo a pronunciar las palabras apropiadas a

cada momento y, a fuerza de repetirlas, trataba de interiorizar sus auténticos significados para terminar de transformar la realidad, amoldándola a las necesidades del momento presente y a las conveniencias del futuro. Deseaba quererle de verdad y tenía que lograrlo. Si su madre pudo hacerlo una vez, ella no iba a ser menos. Necesitaba ser feliz con Jacinto. Necesitaba ser feliz y ahora, precisamente esa tarde, una pequeña sombra había surgido de su anatomía femenina y amenazaba con expandirse y gravitar sobre el porvenir. La imagen de la virgen dolorosa se formó en su cabeza y un pequeño Jacinto arrodillado miraba con deseo salvaje y animal aquel icono.

El beso habitual en la mejilla, puso fin a la charla. Esta vez no se aupó de puntillas para mirar la calle por detrás de su novio, ni siquiera apoyó las manos sobre sus altos hombros. –Adiós, hasta mañana.–

Cando Asunción entró en la enorme casa de los Serrano se sintió muy pequeña. Jacinto había fijado el día preciso para presentarla ante sus padres, Diego y Gertrudis conocían perfectamente el noviazgo de su querido vástago y lo habían acogido con cierta decepción. Aspiraban a más, por eso demoraron todo lo posible aquella presentación formal, abrigando la esperanza de que el compromiso se diluyera pronto, de que aquella aventura de Jacinto no fuera más que eso, una aventura, un ligue, un pasatiempo efímero.

Ese día, ellos hubieran deseado ver entrar por su puerta a Remedios, la hija de don Ramón, el farmacéutico. Esa guapa universitaria que hubiera brillantado el prestigio familiar, con el caro barniz de la ilustración y los altos niveles académicos,

aportando, además, un nada desdeñable incremento patrimonial al futuro matrimonio.

Los aspectos crematísticos de la ulterior pareja tampoco se hubieran visto menoscabados en el caso de haber sido Rosario la aspirante. Esta jovencita, aunque no tan hermosa como cursi y creída, estaba destinada a heredar, en su aún basta integridad, la fortuna menguante de su antigua familia, cuyo escudo de armas, único del lugar, presidía varios siglos de erosión en la extensa fachada de los Aguirre.

Pero el chico, a pesar de encontrarse perfectamente dotado para elegir, había optado al final por una muerta de hambre. ¿Qué se le iba a hacer.? Así son los muchachos. Cuando carecen de posibilidades, aspiran a lo más alto y cuando van sobrados, como en el caso de Jacinto, se deciden por la cosa más insignificante que encuentran a su paso. No quedaba más remedio que aceptarlo, eso sí, manteniendo intactas las esperanzas de que la relación, a la postre, no prosperara, de que el chico entrara pronto en razón y fijara su rumbo hacia puertos de más calado emparejándose, cuanto menos, con una de sus iguales.

La acogida fue fría pero correcta. Lo justito en sonrisas y algunos gestos amables, escasos y, ocasionalmente forzados.

- ¿Te gusta el patio?
- Si es muy grande y bonito. Qué bien tiene que estarse en el buen tiempo aquí, entre los geranios y las rosas, bordando...
- Yo me suelo poner en este rincón a hacer encaje de bolillos, relaja mucho. En invierno me subo al corredor de arriba, tras los

crisales, a poco sol que entre, se está divinamente. ¿Y qué me dices de los canecillos labrados de las columnas?

- Son preciosos, y muy bien trabajada la madera. Una obra de arte.
- Bueno, no están mal, pero tampoco es para tanto. Claro que tú, al no estar acostumbrada a estas cosas...

Hubo algunas preguntas rutinarias, varias frases al uso y, al final, un vacío e hipócrita –Aquí tienes tu casa.-

A mediados de Abril, Asunción esperaba el conocido autobús bajo la marquesina de la plaza, esta vez el viajero era Jacinto. Allí estaban los padres orgullosos del hijo que partía hacia Madrid con el noble cometido de iniciar su servicio militar.

El chico estaba erguido y sonriente, una expresión gloriosa brillaba en su mirada, se encontraba muy cómodo en aquel breve papel protagonista.

El heroico amor y la muy declarada vocación de servicio a la Patria, no habían supuesto inconveniente alguno de conciencia a la hora de escurrir el bulto y, mediante influencias y manipulaciones, el destino africano que le tocara en suerte, se trocó por un cómodo y exento de peligros, cuartel junto a Cibeles.

Melilla estaba lejos y allí no había mas que moros y miseria, quedaba para gentes inferiores, sin enchufe ni sitio donde caerse muertos.

Le despidió con dos discretos besos en las mejillas y luego vio partir el autobús pero no le mantuvo la mirada hasta pasar la curva.

Recordó la primera ocasión en que Fermín inició aquel trayecto. Ella no estaba como ahora, bajo la marquesina. Contemplaba los hechos desde una distancia prudencial, al otro lado de la plaza, desde allí vio los besos de Juan y Petra al hijo y los que él devolvió, muy parecidos a los que se llevaba ahora Jacinto, pero entonces, ella siguió mirando intensamente, como queriendo ralentizar aún más el, ya de por sí, lento recorrido del vehículo hasta que la esquina de la curva, lo hurtó de su mirada. Luego siguió escuchando el motor mientras se mantuvieron sus ondas en el aire.

Ahora, en cambio, había apartado la vista nada más iniciarse el movimiento vacilante de aquel viejo vehículo y, sin prestarle oídos, regresó hacia su casa. No había tristeza alguna en la expresión tranquila de aquel rostro.

Poco más de una semana después, Marcial tocó la puerta de su amigo Pío. Salió Martina a abrir y le miró a los ojos. Él bajo la mirada hasta meterla en su gran carterón de cuero abrigado simulando buscar unos papeles.

- Buenos días, Marcial, ¿Qué traes de nuevo?
- Carta para Asunción. ¿Dónde anda Pío?
- Está en el campo, ya sabes, con sus cosas.
- Bueno, espero que sean buenas noticias. Voy que hoy llevo retraso.
- Hasta luego, Marcial. Y muchas gracias.

Aquella expresión de gratitud había sonado extraña dentro de los oídos del cartero y le dejó una incómoda vibración de retintín en la conciencia, mientras que proseguía su reparto diario.

Una leve sonrisa se dibujó en el rostro de Asunción. Estaba guapo el joven de uniforme que la miraba estático desde los tonos grises de la fotografía.

- Mira, mamá, qué guapo

- Y qué arrogante posa, y qué buen mozo.

Al dorso figuraba con letra escueta y firme la frase consabida: *“Para mi hermosa novia con todo mi cariño”*

Obedeciendo una sugerencia materna, guardó la fotografía en su cartera y extrajo el resto del contenido del sobre.

La carta no era larga. Declaraba estar bien pero herido de ausencia. Decía que la amaba y la echaba de menos, luego hablaba del sitio, la ciudad y las cosas que estaba conociendo, sucinta y torpemente.

Cuando hubo terminado de leerlo, Asun volvió a plegar el papel y a introducirlo cuidadosamente en el sobre, no lo llevó a su pecho, tampoco a su nariz, pero al ir a guardarlo repitió el recorrido de siempre. Se le heló la sonrisa cuando abrió su cabás.

Allí estaban las cartas, ya antiguas, de Fermín. Parecían tener vida, parecían tener alma, parecían seguir exhalando suspiros, avivando el recuerdo de lo que pudo ser.

Mientras que las sacaba se le desdibujaron, se le hicieron borrosas, y una lágrima gorda rodó por su mejilla. Tomó una cinta negra y las ató en un fajo con cuidado exquisito. Luego depositó sobre el cabás vacío la carta de Jacinto.

Tendré que devolverlas, se dijo, pero ¿Cómo? ¿Se las doy a sus padres o espero a que regrese? Sí, mejor, en verano ya habrá alguna ocasión.

Las cartas de Fermín pasaron a ocupar un espacio común en un cajón cualquiera, compartiendo cuadernos, lápices y otras cosas.

Un gran abatimiento la invadió al contemplar de nuevo el solitario sobre de Jacinto sobre el fondo de la preciada caja de madera, era algo así como una profanación, la usurpación de un espacio sagrado y su consagración a fines infamantes. No estaba nada cómoda con esta ubicación, después de darle vueltas y pensar varias fórmulas, sacó el reciente envío y devolvió a su sitio original las cartas de Fermín. El antiguo cabás pareció recobrar su esplendor cuando encerró de nuevo aquel tesoro.

Ella exhaló un suspiro, que la dejó flotando en una vaga sensación de alivio, por último, tomó el sobre de Jacinto y lo puso entre los cuadernos de forma provisional. Ya encontraría un lugar adecuado para esta nueva correspondencia.

Jacinto dedicaba las tardes de paseo a descubrir Madrid. Casi siempre iba solo, solía encontrar escasamente interesantes las conversaciones de sus compañeros, tenía poco que aportar en aquellos intercambios de información, ideas y experiencias y, por otra parte, solía denostar las opiniones que expresaban mayoritariamente aquellos coetáneos.

Aquí, como en el pueblo, tenía pocos amigos.

Estaba fascinado por la grandeza de la ciudad. Era, sobre todo la sensación de anonimato lo que le hacía sentirse libre. Cada cual iba a lo suyo, nadie se preocupaba de los comportamientos y los actos ajenos. Allí se podía hacer cualquier cosa, nadie miraba, nadie fiscalizaba.

Lucía su flamante uniforme con arrogancia, se notaba admirado y experimentaba una ligera sensación de autoridad. Cuando paseaba lo hacía muy despacio, parsimoniosamente, casi contoneándose, gustándose a sí mismo.

El viejo limpiabotas miró aquellos zapatos impecables y luego fue explorando, de un vistazo ascendente, el donoso uniforme. -¿Limpia, señor?- Preguntó por costumbre, por inercia, sabía perfectamente que aquel apuesto soldado no necesitaba el servicio ofrecido pero él, de todas formas, preguntaba. Jacinto bajó la mirada hasta posarla sobre el rostro vencido del anciano. Barba de varios días, manos sucias, arrugas pronunciadas y una vida difícil delatada en los ojos vidriosos. Le miró desde arriba, desde muy arriba. Él se dijo a sí mismo que era su natural instinto compasivo pero, en realidad, el sentimiento que le llevó a poner el pié derecho sobre la vistosa caja de los betunes, tenía poco de compasión. Quería experimentar la satisfacción de ver un hombre subordinado a él, humillado ante él, trabajando a sus pies, tal sensación le compensaba el asco de ver aquél indeseable tocando sus zapatos en el raro esplendor de la Gran Vía. Le entregó, displicente, unas cuantas monedas evitando el contacto con su mano manchada y siguió caminando hacia Callao. El reflejo amarillo de un buzón de correos se deslizó por su zapato izquierdo fugazmente.

Al pasar por la calle Mesonero Romanos le alcanzó una corriente perpendicular de algo así como morbo, miró la bocacalle, se estremeció un poquito y, sin saber por qué, giró noventa grados. Cada paso que

daba le llevaba a otro mundo. La ciudad tiene eso, vas de la noche al día con doblar una esquina.

Pronto se vio atrapado en la noche perpetua de la calle Ballesta.

No pensó en Asunción cuando un imán de luces desvió su trayecto.

No pensó en Asunción cuando cruzó la puerta del sórdido garito. Cuando entró le temblaban levemente las piernas. En la semipenumbra de colores distintos predominaba el rojo. Se dirigió a la barra, miró hacia todas partes y pidió una cerveza

- Buenas tardes, soldado. ¡Qué buen mozo que eres!

No pensó en Asunción cuando un escote pleno y generoso reclamó su mirada. Y sintió la dureza creciente del deseo, y se dio a lo prohibido.

No hubo remordimiento, eran cosas de hombres, y tampoco fue aquella la única ocasión.

Fermín se había buscado un trabajillo para las horas libres. No tenía tanta necesidad de dinero cuanta de encontrarse ocupado permanentemente. Ya había asumido como irreversible el final de su relación con Asun pero le costaba olvidar, pasar página.

Cuando permanecía inactivo, los recuerdos caían sobre su mente como una catarata. Siempre estaban ahí, como acechándole, como esperando que se detuviera un momento para lanzarse sobre él. Aquellos ojos claros, aquél cabello largo del color de los trigos, aquellos senos firmes que habían ido creciendo guiados por sus manos, aquella dulce boca...

- Entonces dices que llegó un riquillo y te levantó la novia. ¿No?

- Bueno, no exactamente, no sé cómo pasó. El caso es que dejó de escribirme y, cuando fui al pueblo por Semana Santa, Me encontré con el pastel, ya sabes.
- ¿Y no le partiste la cara al menda ese?
- Hombre, eso es una barbaridad. ¿Por qué iba a partirle la cara a Jacinto? Él no tiene la culpa, al menos no toda.
- No me jodas, Fermín. Lo suyo, cuando alguien te quita la novia, es partirte la cara con él.
- No estoy de acuerdo en modo alguno con esa visión de las cosas. Tú das por hecho que el único culpable es el hombre, que la mujer es una especie de animal o de objeto, que cualquiera puede venir y llevársela sin más. Pues no. No es así, Una mujer tiene voluntad y criterio y si se va con otro es porque ella quiere o porque le conviene, a no ser que la rapten y este no ha sido el caso.
- Bueno, lo que dices está muy bien y quedas de puta madre, pero eso me pasa a mí y te aseguro que al pijo ese le parto la cara.
- No sí, en el fondo, a mí no me faltan ganas de hacerlo pero, te lo repito. El pijo ese, como tú dices, no tiene culpa alguna de que mi novia haya optado por él en lugar de por mí. Así son las cosas, Mariano, qué le vamos a hacer.

Aquellas horas que empleaba como ayudante de fontanería le reportaban unos ingresos breves pero bastantes para aliviar considerablemente su presión sobre la magra economía familiar. Además le aportaban unos conocimientos empíricos que

complementaban y ampliaban con eficacia el horizonte de su formación. Pero lo más importante era, sin duda, que mantenían su cuerpo y su cerebro blindados al acoso constante del recuerdo.

La mujer tendría unos treinta años, su marido, comentó, a esas horas andaría por Barcelona conduciendo el enorme camión que alimentaba la incipiente familia, aún no tenían hijos pese a llevar casados casi tres primaveras. Creía ser estéril.

Fermín había estado en la casa la tarde anterior ayudando a su jefe en un trabajo breve que no pudieron concluir, faltaban unas instalaciones sencillas, para eso había vuelto, esta vez solo, para eso y para recoger las herramientas. Cuando hubo terminado, la mujer sugirió que se duchase. –Yo no voy a mirar, te lo prometo- le dijo, con sonrisa traviesa y picarona. Comenzó a insinuarse, a mostrar superficies cada vez más extensas de su cálida piel, estaba apetecible y, al parecer, hambrienta de placeres carnales. Acabó planteando abiertamente sus proposiciones, tomó la iniciativa, comenzó a acariciarle, lo hacía ansiosamente con pasión y con ganas. Él se dejaba hacer, notó las sensaciones y se sintió tentado, pero no eran las mismas que tenía en el recuerdo, no eran ni parecidas. Pese a ello, la sangre le abultó el pantalón. La señora notó, complacida aquel cambio y bajó, presurosa su mano a la bragueta, parecía tener prisa y sus pieles se hallaron prontamente desnudas, se acercaba el momento pero Fermín, de pronto, sintió el ruido lejano de un camión perdido por la faz de la tierra, sintió un poco de frío, sintió un poco de pena, sintió un poco de asco y retomó sus ropas

apresuradamente. –Yo no puedo, lo siento.- La mujer se enfadó, casi llegó a insultarle y se quedó frustrada.

Esa tarde, mientras regresaba cargado de herramientas al taller, Fermín iba asimilando una experiencia inédita, un conocimiento nuevo y sorprendente para él. Meditaba sobre la infidelidad en general, y sobre la femenina en particular, el reciente descubrimiento le produjo un dolor ronco, como el ruido de un camión que se aleja.

- ¿Qué tal ha ido la cosa, Fermín?

Una sonrisa enigmática envolvía la pregunta aparentemente rutinaria del jefe.

- Bien, Mariano, no hubo complicaciones, era fácil.

- ¿Ninguna complicación? ¿De ninguna clase?

- No, ninguna. No sé a que te refieres

- Nada, cosas mías. Es que me pareció que, ayer, la señora te miraba mucho, y con ojos muy tiernos.

- Eres un poco cachondo tú. Pues no, ya ves. A lo mejor necesitas ir al oculista, Mariano.

Fermín se entregó al trabajo rutinario del taller y a sus cavilaciones sobre el tema del día. Comparó sensaciones y acabó concluyendo que no era lo mismo, no, no era lo mismo. Son mujeres las dos, apetecibles ambas pero ¡Qué diferencia!

Centró sus reflexiones en el aspecto intrínseco de la infidelidad. Tenía como cierto que era cosa de hombres mayoritariamente pero había topado con otra realidad. Quizá ese camionero amara a su mujer apasionadamente. ¿Qué sentiría aquel hombre si supiera...?

¿Qué sentiría él si algún día se casara enamorado y le ocurriera eso? No pudo imaginarlo.

- Pasa, Marcial, y tómate un respiro. Bueno y, si quieres, también puedo ofrecerte un traguito de anís y unas pastejas.
- No son palabras para reñir, Pío, Pero es que todavía me queda recorrido. Bueno, aquí te dejo carta para la chica. Por cierto. ¿Todo bien?
- Pasa un poquito, hombre, que estoy solo. La mujer y la chica están de compras y tardarán un rato todavía.
- De acuerdo, acepto el trago, pero luego me va a tocar andar a última hora a la zacapella.

Al cartero, en el fondo le venía muy bien el pequeño descanso que se le ofertaba, los años no discurren en balde y, poco a poco, sin que nos demos cuenta, nos van endureciendo las articulaciones, restando agilidades y pujanzas, trazando las etapas cada vez más pequeñas.

Además, un trago de aguardiente reconstituye el alma de cualquiera y, si acaso, también se tomaría alguna pasta. Por reponer glucosa más que nada. Qué mejor, al efecto, que la repostería casera de Martina.

- Pues, gracias a Dios todo va sobre ruedas, Marcial. A lo primero hubo sus más y sus menos. Yo, la verdad, temía Semana Santa, tenía un miedo cerval a que hablaran y se descubriera el pastel de las cartas, pero se ve que Dios puso remedio y, hoy por hoy, la chica tiene novio formal, como tú sabes, y ya

se le ha pasado lo del otro, que era cosa de críos.

- Bueno pues yo me alegro.
- No sabes cuanto te agradezco el favor que me hiciste, Marcial.
- No me recuerdes eso, Pío, no fue plato de gusto y me da una cosilla en la conciencia cada vez que me acuerdo. Espero no volver a tener que hacer algo así. Pero, en fin, lo importante es que haya valido la pena. Ahora solo queda desear que, a la postre, sea todo para bien.
- Con la ayuda de Dios, espero que así sea y, si te digo la verdad, yo también tengo algún remordimiento pero había que actuar, no quedaba más remedio. A veces, en la vida, uno tiene que hacer cosas que no le gustan y, cuando un mal menor puede evitar males mayores, no queda más opción que pringarse.
- Bueno, Pío, pues lo dicho, que sea para bien. Yo ya me marchó. Gracias por la copilla de aguardiente.
- Gracias a ti, Marcial. Gracias a ti y, por supuesto, sabes que aquí tienes amigo para lo que precisés.

Antes de que Marcial terminara de colgarse en el hombro su pesada cartera, entraron en la casa Martina y Asunción. Marcial apresuró visiblemente su partida.

- Buenos días, mujeres. Ya me iba. Es que he traído carta para Asun.

- Nada, Marcial. Que las repartas todas y que termines pronto.
- Muchas gracias, Martina.

El cartero no alcanzaba a entender por qué le inquietaban tanto algunas frases de aquella mujer. En esta última le había parecido captar una especie de reproche sutil e incomprensible que le acompañó por las calles el resto de la jornada.

Algo quedó flotando en la casa de los Ledesma, Algo que Asunción creyó percibir con un sentido inmaterial e ignoto, enredado en los vagos aromas del anís. No sabía qué era, no imaginaba qué podía ser, pero miró la copa vacía del cartero y un gesto levemente interrogante, barnizó de sospecha la expresión de su cara.

Luego leyó la carta de Jacinto. Venía esta vez otra fotografía, ahora de cuerpo entero, en color, con las manos apoyadas en un fusil cuya culata descansaba sobre el suelo, entre sus pies. Cetme, le comentó que se llamaba el arma. Ese objeto agresivo fijaba y reforzaba los aspectos viriles del retrato. Otra vez le vio guapo, atractivo y apuesto, le subió un calorcillo íntimo y agradable y se sintió un poquito feliz y afortunada. Pensó en aquellas frases que, en varias ocasiones, le habían quitado el sueño.

*-...que mi mayor deseo es llevarte virgen al altar.
Para mí eso es algo de capital importancia-*
Todo tendría remedio, se dijo nuevamente.

La epístola le hablaba de su próxima jura de bandera. Asistirían sus padres y esperaba que ella también lo hiciera. Ya le daría instrucciones al respecto.

Le ilusionó la idea y esbozó una sonrisa complacida y alegre.

Guardó después la carta (con esta ya iban cuatro) en un estuche de tela que había fabricado y bordado para contenerlas y conservarlas.

No había vuelto a tocar el antiguo cabás, ahora le inspiraba miedo su contenido.



IV

La familia Serrano movió sus influencias nuevamente. Esta vez se trataba de reducir la mili de Jacinto lo máximo posible. Con algunos regalos y adecuados pretextos, se había solucionado. La jura de bandera pondría fin al servicio militar del muchacho.

Ellos no tenían por qué demostrar su ferviente patriotismo con un periodo largo de servicio en las fuerzas armadas. Ellos exhibían con orgullo diario su amor inquebrantable y evidente hacia España, y más en estos tiempos inciertos de mudanza, en que sobre la patria se cernían, de nuevo, las viejas amenazas, el desorden creciente, el siniestro fantasma del ateísmo rojo, la falacia marxista, el siempre criminal separatismo, el caos anarquista, negro y devastador...

Ellos estaban siempre frente a los enemigos, prestos a combatirles en cualquier situación, dispuestos a matarles, si fuera necesario.

Los días señalados, colgaban la bandera sagrada de la patria, con el escudo auténtico, en el mejor balcón de su católica morada. Su entrega a la nación era algo incuestionable. Nadie podía exigirles más y, a fin de cuentas, había pocas razones para que la flor y nata de la sociedad malgastara su tiempo en una tarea tan vulgar, algo que podían y, por supuesto

debían, hacer otros, aquellos que no valían para servir de otra manera, la inmensa mayoría.

Los primeros días de Julio estaban resultando calurosos hasta el agobio, los meandros del Tiétar fijaban un recuerdo de mayores caudales en sus bordes reseco, la tarde ardía intensa sobre la carretera.

El aire penetraba ruidoso por las escotillas del techo, abiertas hasta arriba de su lado frontal, pero apenas bastaba a rebajar un poco la sensación de horno que daba el autobús. Tal incomodidad no restaba un adarme de la expresión alegre que lucía Asunción, era su primer viaje fuera de la comarca.

- Al menos podían ustedes haberme dejado pagar el billete.
- Ya te hemos dicho, Asun, que no te preocupes por nada, que todos los gastos corren de nuestra cuenta, transportes, comida, hostel... Todo. Tú no tienes que pagar nada, así que guarda el dinero. Seguro que tus padres no están para dispendios.

Las últimas palabras de Gertrudis vibraron en el pasillo con un mal disimulado tono de superioridad, a su lado, junto a la ventanilla, viajaba su marido, que miraba el paisaje con aire de dominio y vertía comentarios expertos sobre las plantaciones de tabaco.

Parecía que solo un estrecho pasillo separaba a Asunción de su futura suegra, ambas podían tocarse, pero había un abismo entre las dos mujeres que ya se adivinaba. El asiento contiguo iba vacío, por eso, la muchacha, cuando no conversaban, solía desplazarse

al lado del cristal, a ver cómo el paisaje cambiaba poco a poco.

Unos ojos oscuros lo habían visto antes, quizá desde su asiento. Quizá hubieran seguido hacia atrás, un instante, el árbol centenario, ese roble perfecto que ahora retenía su mirada estirándola, esa hermosa montaña que se alzaba a la izquierda cambiando, muy despacio, su perfil gigantesco, esa casa, ese puente...

Con un gesto instintivo, adhirió la tersura de su cara al respaldo y buscó los efluvios remotos de un aroma, entornando los ojos.

Era un pequeño lapsus, apagó la memoria tragando el tenue nudo formado en su garganta y volvió a sonreír. Necesitó, no obstante, rellenar su cerebro y puso allí al soldado, luego pensó un Madrid en blanco y negro que había visto a menudo por la televisión. Edificios enormes, palacios deslumbrantes, jardines fabulosos con música de fondo, avenidas extensas y coches, muchos coches en todas direcciones.

Cuando cambiaron de autobús, notaron el alivio que los nuevos inventos podían proporcionar, la asombrosa capacidad de los progresos científicos y técnicos para proteger a las privilegiadas gentes de este tiempo de las hostilidades naturales.

El confortable espacio lleno de aire acondicionado les proveyó una tregua dulce y gratificante en su pelea contra los rigores de aquel verano duro y agresivo. El vehículo nuevo era una burbuja fresca que ya se acercaba a los aledaños de la urbe donde, pronto, se confundiría con un océano de artificios

afines. Ahora las carreteras eran más anchas, más rectas y mucho más concurridas.

El sótano de la estación sur de autobuses ofrecía un aspecto renegrido y enfermizo, los gases de las máquinas flotando en el ambiente sugerían el precio de aquellas confortables y eternas primaveras que les brindaba la tecnología.

Eran las seis y media, habían llegado, tardaron en el viaje algo más de tres horas, con trasbordo incluido. Subieron la escalera contagiados de prisas. –Cuidado con los bolsos que aquí hay mucho mangante.- recomendaba Diego, y había en su voz el tono de autoridad consciente de quien conoce el paño.

A esas horas bullía la planta principal, viajeros con maletas, mercaderes de objetos dudosos, timadores y, sobre todo, obreros con sus inconfundibles macutos deportivos colgados en el hombro y un recuerdo tenaz de yeso entre las uñas. Pequeñas tiendecitas de mercancías diversas compartían los pasillos con expendedorías de billetes, en donde los futuros pasajeros formaban largas colas.

Allí, donde finalizaban los tramos de escalera, en la puerta de acceso de los recién llegados, aguardaba Jacinto.

Lucía esplendoroso, hierático y altivo, su impecable uniforme. Parecía un general.

Repartió en las tres caras seis besos parecidos y asumió con soltura su papel de anfitrión.

Asunción se notaba cálidamente envuelta, rodeada de un halo protector y agradable que emanaba del joven, y se sintió atraída. Pensó que aquello se iba pareciendo al amor.

- He reservado dos habitaciones en un hostal de la calle Fuencarral, no es caro y para una noche no está mal. Venid por aquí, cogereamos un taxi. O si no, mejor vamos en metro para que veáis lo que hay bajo el suelo de Madrid.
- Lo que digas, Jacinto, aquí estamos a tus órdenes, como si quieres que vayamos andando, el equipaje, como ves, es ligero.

Lo decía mostrando el pequeño macuto que llevaba en la mano, Gertrudis, bajo el brazo transportaba un bolsito de paseo y del hombro de la joven pendía un bolso de viaje, también breve y liviano.

- Sí. Nos vamos en metro, nos bajamos en Sol y damos una vuelta antes de ir al hostal, aún queda mucha tarde, eso, claro está, si es que no venís muy cansados.
- Pues, hijo, no es que vengamos muy sobrados, al menos tu madre y yo, pero no nos vendría mal un paseíto para estirar las piernas, que llega uno echo un cuatro.

Cuando abandonaban la estación sur, justo a la salida, una mujer sentada sobre el suelo, apelaba a la caridad cristiana de los viandantes, suplicando limosna con gestos lastimeros. Su aspecto era terriblemente sucio y miserable, la expresión de su rostro era dramática, estaba cubierta de harapos y, entre sus brazos, exponía una pequeña criatura, poco más que un bebé, con su carita, sobrecogedoramente apática, recubierta de mocos y de mugre. La dantesca imagen conmocionaba a Asunción hasta tal punto que no podía mirar ni dejar de hacerlo. No recordaba haber visto estas cosas por la tele.

Jacinto dejó caer una moneda de escaso valor sobre aquella mano mugrienta y comenzó a explicar a la muchacha que todo era mentira, que la pedigüeña se vestía de esa guisa para escenificar una situación destinada a inspirar el máximo posible de compasión y lástima. – Por aquí hay mucho de esto, niña, mucha picaresca, mucha morralla, mucho golferío y pocas ganas de trabajar- comentó.

El metro era otro mundo, uno más de los muchos que había en la ciudad, pero también olía a vapores extraños y a calor. Era un mundo asfixiante, atestado de gente que se movía de prisa, que no paraba nunca. El agobio apagaba los asombros de Asun, Quería salir pronto, cuanto antes, de allí.

En la Puerta del Sol, lo primero que vieron fue un joven mutilado pidiendo caridad. Le faltaban los brazos, ¡buena puesta en escena!

-Está aquí, muy cerquita- comentaba Jacinto mientras los conducía a la plaza Mayor.

Asunción calculaba cuántas plazas del pueblo cabrían holgadamente en el magno cuadrado.

En el breve paseo bajo los soportales, las pequeñas tiendas de numismática y filatelia atraieron la atención de Asun, mientras Diego se pegaba, absorto, a un amplio escaparate que exhibía toda clase de condecoraciones y adminículos militares, también había gorras de todos los tamaños, de todos los estilos y todos los colores.

Bajaron y, enseguida, volvieron a subir por el arco de Cuchilleros. Fue entonces cuando Gertrudis lo comenzó a notar. Era la forma de andar de su hijo, caminaba separando las piernas un poco, un algo más, apenas perceptible, pero no dijo nada, no le

otorgó importancia, sería el uniforme o, tal vez, los zapatos.

Desandaron lo andado por la calle Mayor y en una tienda grande de objetos religiosos, se interesó Jacinto por cierta medallita de plata de la virgen, se la ofreció a Asunción, ella bajó los ojos, negó con la cabeza y le dijo despacio:- No. Todavía no.-

Gertrudis miraba a todas partes fascinada mientras subían sin esfuerzo alguno por las escaleras mecánicas de unos grandes almacenes en la calle Preciados. -¡Señor, lo que hay aquí metido!- comentaba admirada. Dirigía su tacto a las prendas más caras notando su textura con gran delectación. No le hubiera importado demorarse unas horas por aquellos modernos espacios comerciales de no ser por un cierto cansancio que ya se dejaba notar.

Un asombro ascendente guiaba sus miradas hasta las elevadas antenas que apuntaban al cielo alto de un edificio.

-Es el rascacielos de la telefónica. Pero esto no es nada- comentó Jacinto- Tendríais que ver los de la plaza España y, sobre todo, los que están construyendo por donde el Bernabeu. Eso sí que son rascacielos.

El hostel no era grande pero sí acogedor. Muy pronto se instalaron con su breve equipaje y, cuando Jacinto propuso salir para mostrarles el recorrido que habrían de hacer por la mañana, Gertrudis manifestó una gran sensación de cansancio, sugiriendo que sería mejor para ella y para Diego permanecer en el hostel descansando del viaje, mientras que los jóvenes efectuaban solos el trayecto, cosa que, sin

duda, les vendría muy bien para conversar sobre sus asuntos privados. Luego, en el día siguiente, Asun les guiaría.

Declinaba la tarde cuando la parejita doblaba hacia la izquierda la esquina de la calle Fuencarral con Gran Vía, entonces José Antonio. La noche de verano ya entraba por la puerta de Alcalá, se aproximaba a ellos, lenta, desde Cibeles.

Jacinto se acercó y, tomando a Asunción por la cintura, le dio un sonoro beso y un pequeño achuchón. Ella, ruborizada, miró a su alrededor.

- Pero ¿qué haces? Que estamos en la calle y nos ve todo el mundo.
- No te preocupes, reina, aquí no nos ve nadie. Todas esas personas nos hacen menos caso que los árboles de la alameda. Aquí estás en Madrid. Es otra historia.
- Sí, pero a mí me da mucha vergüenza. Mi historia es la misma aquí que en el pueblo.
- Bueno, mujer, tranquila. Mira, ya hemos llegado. Esta es la puerta por la que tenéis que entrar mañana. Como ves, está cerca y no tiene pierde. Ahí está la Cibeles y, por allí la puerta de Alcalá. Al lado está el Retiro. Pena que no haya tiempo para dar una vuelta en las barcas y luego un paseíto entre los árboles por algún rinconcillo apartado y espeso, ya me entiendes.
- ¿Y ese edificio tan bonito? Es el que más me gusta.
- Se trata del palacio de correos.

Regresaron de prisa por el mismo camino, al chico le quedaba el tiempo justo para entrar a su hora en el cuartel.

Subió a la habitación a fin de despedirse de sus padres y, como si estuvieran en el pueblo, Asun salió a la calle a acompañarle.

La chica vio otro mundo: Las luces de Madrid.

Se levantaron pronto, recogieron sus cosas, pagaron el hostel y salieron temprano al nuevo día de la ciudad.

La chica les dirigió hasta el cuartel. Aún faltaba mucho tiempo para la ceremonia y decidieron dar un paseo por los alrededores. Caminaron por Recoletos, desde Cibeles a Colón y vuelta, se acercaron a la puerta de Alcalá e hicieron una somera incursión por el Retiro, hasta el lago. Muy cerca, un joven de raza negra, exponía a la venta un tenderete con objetos exóticos colocado en el suelo. Asunción cayó en la cuenta de que aquel era el primer negro que veía en persona a lo largo de su vida. –Aquí hay gente de todas las castas- afirmaba Diego- hasta chinos.-

Aún tuvieron tiempo de bajar hasta la plaza de Neptuno y, al divisar desde allí el palacio de las Cortes, se acercaron al pié de los leones. –Esto ya no es lo que era.- fue el comentario que salió de la boca del hombre con tono de tristeza, abatimiento y una punta de rabia poco disimulada.

Cuando regresaron a la plaza de la deidad marina, repararon en el fastuoso hotel que tenían ante sí. Palace, les sonaba, el portero les trajo a la memoria imágenes de cine. Pero fue, sobre todo, la visión de la estampa lujosa e imponente del Ritz, al otro lado de la plaza, lo que encendió brillantes chiribitas de

asombro en los ojos de Gertrudis.- Eso sí que es vivir bien.-La admiración y la envidia competían por pegarse a sus palabras e impregnarlas de más significados.

Asunción esparcía por todas partes sus miradas de asombro, rememoraba la ciudad subterránea y enfermiza que palpitaba bajo sus pies y le costaba asimilar el contraste, aceptar que fuera la misma ciudad monumental, llena de árboles y estatuas que contemplaba ahora.

El soldado de la puerta examinó, apático las tres invitaciones. Él también tenía enchufe, pensó, mas no de tantos vatios. Él había realizado su periodo de instrucción donde la inmensa mayoría, en Colmenar, en cambio, al vástago de aquellos paletos le habían preservado hasta de eso.

Les franqueó la entrada indicándoles con desgana una concreta dirección.-Por allí. Ya hay más gente.

Desde la cómoda tribuna habilitada para los invitados, estos avizoraban para identificar a los soldados, para extraer de aquel cuadrilátero de uniformes idénticos el rostro irrepetible del novio, del amigo, del hermano o del hijo.

-Debe estar en la parte delantera de la formación, los colocan por orden de estatura- observó Diego. No resultó difícil dar con él, no eran muchos.

Escuchaban, formados, una misa solemne que resolvía el aspecto religioso del acto desde un altar portátil. Por órdenes enérgicas y breves, cambiaban de postura según la ceremonia requería en cada caso. El clérigo castrense posaba autoritario bajo la enorme cruz. Y la cruz se hizo espada durante la

homilía, y la palabra de Dios se hizo arenga incendiaria. A Diego le gustó.

Luego vino el desfile, sincrónico y vistoso que enardeció el ambiente de aquel patio de armas y después discurrieron en una sola fila hacia la suntuosa bandera de la patria para posarle un beso que culminaba el acto. Diego se emocionó.

Fue entonces cuando Asun notó la anomalía. Jacinto andaba raro, con las piernas abiertas, y un esfuerzo patente por mantener el paso. Le pareció notar algún gesto esporádico de dolor contenido en la cara del novio.

Una hora después salían los cuatro juntos. El servicio militar de Jacinto había, prácticamente concluido, lo único que restaba por hacer era entregar el uniforme y cumplimentar unos papeles para lo que tendría que volver algún día de Septiembre.

Los diversos desfiles y actividades de la mañana habían incrementado las molestias que aquejaban a Jacinto desde hacía varios días, hasta el punto de resultarle harto difícil ya disimularlas. Anticipándose a las inminentes preguntas sobre el caso, comentó que, después del desayuno, esa misma mañana con la euforia propia de las circunstancias, es decir, del final de la instrucción, de la jura, el permiso y esas cosas, bromeando entre compañeros, un movimiento inesperado y brusco le había producido el tirón inguinal que tan visiblemente influía en su manera de andar. Afirmó convencido que pronto pasaría.

Bajaron en taxi hasta la estación sur de autobuses, almorzaron sin prisas en un pequeño restaurante de

la zona y dejaron que se aproximaran las tres de la tarde, hora prevista para la salida del autobús.

Esta vez completaban totalmente la fila. Junto a una ventanilla, se acomodó Gertrudis, la de la misma altura, en el lado contrario, la ocupaba Asunción. Junto a ella viajaba Jacinto que charlaba de asuntos castrenses con su padre, compartiendo pasillo.

La joven alternaba largas contemplaciones sobre el fugaz paisaje con miradas intensas y cercanas a ese novio ya plenamente asumido y aceptado como tal.

A menudo, Jacinto se removía en su asiento, esbozaba una mueca de dolor contenido y se ponía de pie en medio del pasillo.- Las ingles.- comentaba.

Un penoso trasbordo elevó a cuatro horas la duración del viaje. El veterano y ya familiar autobús hacía su vacilante entrada en la placita. Asunción lo vio todo más pequeño, sus padres esperaban a la sombra de un árbol, repartieron saludos como si de un viaje transcontinental se hubiera tratado, hicieron comentarios elogiosos y admirativos sobre la imponente planta del militar, este se irguió marcial, orgulloso de sí. Luego cada trío familiar se retiró a sus casas respectivas. Jacinto quedó en ir una hora después a buscar a Asunción, quería dar un paseo por el pueblo a la caída de la tarde.

Cuando llegó a su casa dijo estar muy cansado y se encerró en su cuarto pidiendo que no le molestaran, que quería aprovechar el breve tiempo restante hasta la cita para relajarse un poco y descansar.

Sobre la cama, un marco recargado de filigranas doradas trataba de resaltar inútilmente la imagen de una virgencita posada sobre el clásico pilar revestido

de su imprescindible faldón troncocónico. El marco se resaltaba excesivamente a sí mismo con menoscabo de su contenido.

Jacinto se desnudó la mitad inferior y examinó con preocupación creciente, casi con alarma, sus órganos genitales. Habían aparecido granos nuevos que invadían zonas cada vez más extensas, los más antiguos se iban convirtiendo en úlceras sangrantes y yagas purulentas. Cada vez dolía más.

Llevaba varios días aguantando en silencio, alimentando la esperanza, cada vez más difusa de que aquello remitiera por sí solo, pero el milagro no se producía, antes al contrario, la enfermedad progresaba cada vez más deprisa. Él no sabía qué era pero no tenía dudas sobre la procedencia de tan horrible mal. Se dijo que, si aquello continuaba, no podría aguantar mucho más tiempo sin consultar al médico. Le asustaba la idea de presentarse con tales afecciones ante don Emilio, un galeno antipático y distante que inspiraba un respeto más allá de lo humano. Lamentó no haber acudido a la sanidad castrense pero entonces aún confiaba en que no fuera cierto lo que le sucedía, en que pasara solo, en que fuera otra cosa.

Se lavó nuevamente, se curó las heridas y fue en busca de Asun.

Salieron de paseo. Ella creyó que irían a la alameda, supuso que el muchacho tendría ciertas necesidades agudizadas por meses de aplazamiento y entonces lo pensó.

Cuando él propusiera adentrarse en la fronda, ella le llevaría al epicentro justo de su mejor memoria, al nido herboso y mágico donde se dio a Fermín y allí

se entregaría, conociendo los límites, a todas las demandas de su flamante novio, rompería el maleficio, consagraría aquel templo al nuevo sacerdote supremo de su amor.

Tomó una decisión irreversible, había que acabar con todas las secuelas del pasado, enterrar en su misma hierba los últimos vestigios de aquella relación inviable y pretérita, regar las mismas plantas con la sabia fecunda de un querer más sensato, de un amor más maduro. Aquel sería un acto de consolidación definitiva y las nuevas caricias darían al viejo sitio nuevos significados, eclipsarían los antiguos recuerdos, los borrarían de la hierba.

Esta vez se sentía fuertemente atraída, ya no tenía dudas, sus hormonas las habían expulsado del cuerpo.

Estaba segura de que Jacinto no pretendería la temida consumación antes del matrimonio, por eso iba dispuesta a todo, a todo excepto a eso.

Le causaba pavor imaginar la cara de su futuro esposo ante la evidencia clamorosa de una injustificable ausencia de efusión sanguínea, llegado ese momento. ¿Qué aduciría entonces? ¿Cómo podría explicarlo?

Dada la “capital importancia” que otorgaba Jacinto a aquellas cosas, sabía que debía exponérselo antes de proseguir la relación, inventar una causa, un accidente, confesar la verdad... Pero no hallaba nunca la situación propicia, el momento adecuado. ¿Cómo reaccionaría? ¿Y sus padres?

Habían llegado a sus oídos rumores sobre la existencia de ciertos trucos para suplir esas carencias con una simulación aceptable. No sabía que hacer

sino dar tiempo al tiempo. Acaso Dios, en su momento, pese al grave pecado, proveería.

Sintió una mezcla de sorpresa y decepción cuando comprobó que los proyectos de su novio para ese atardecer, no pasaban ni de lejos, ni por la alameda, ni tan siquiera por sus aledaños. El joven solo quería recorrer las zonas más comunes y concurridas de la localidad para lucir, marcial, el uniforme que aún llevaba puesto. Después de ese día no volvería a lucirlo y quería que sus paisanos le vieran y le admiraran, por eso y solo por eso se sometió al dolor de aquel paseo.

En ningún momento, ni siquiera en la íntima despedida junto al postigo, deslizó insinuación alguna de carácter erótico. Apenas la tocó.

Tal actitud, lejos de generar frustración, provocó en la muchacha un apreciable aumento del deseo paralelo al respeto y la admiración por aquel hombre al que ahora atribuía una heroica capacidad de autocontención y control.

Esa noche su cama volvió a llenarse de hierba fresca y álamos, pero ahora fue Jacinto el oficiante de la ceremonia, en aquellas oníricas y húmedas fantasías.

En los días siguientes, la afección de Jacinto había continuado empeorando, ya no podía hacer nada sin que fuera evidente su dolencia. Temía que llegara ese momento, lo demoró cuanto pudo pero ya se había hecho inaplazable, por eso estaba allí.

- No, muchacho, eso no es posible.
- Es que no se me ocurre otra forma de haberme contagiado, don Emilio.

- Sí. Seguro que sí que se te ocurre
- Pues por más vueltas que le doy...
- Verás. Yo estoy sometido a un riguroso código deontológico que me impide revelar y divulgar detalles sobre las enfermedades y dolencias de mis pacientes. Puedes confiar plenamente en mi discreción y en mis obligaciones éticas. Pero si no quieres contarme la verdad no lo hagas, no es necesario. El diagnóstico no puede ser más claro.
- Entonces ¿Usted cree que es imposible haberme contagiado en el cuartel? Tenga en cuenta que allí compartíamos duchas, servicios y hasta se intercambiaban las sábanas.
- No insistas más en eso, joven. Lo que tú tienes no son unas simples ladillas. No es que yo crea que es imposible que te hayan contagiado tus compañeros. No lo creo. Lo sé. Sé, a ciencia cierta que es imposible y saber es lo contrario de creer. Estas enfermedades solo se contagian de una manera y tú también sabes cual es. El mayor problema, como ya te he dicho es que has esperado muchos días, demasiado tiempo. Tenías que haber ido al médico cuando notaste los primeros síntomas.
- Tiene usted razón en todo, no me he contagiado en el cuartel, pero compréndame...
- Te comprendo perfectamente, no eres el primero ni, por desgracia, serás el último en sufrir estas cosas. Por mi edad y por mi

profesión he visto muchos pacientes como tú, casi todos mentían como tú, casi todos venían tarde como tú. Algunos llegaron demasiado tarde, espero que no sea este tu caso.

- Entonces ¿Tiene tratamiento? ¿Voy a quedar bien?
- Sí. Tiene tratamiento y vamos a aplicarlo. En cuanto a la recuperación total, no puedo garantizar que no vayan a quedarte algunas cicatrices y otras secuelas. Si hubieras recurrido a la medicina en su momento tendrías un pronóstico bastante más optimista. Tendrás que seguir estrictamente el tratamiento y olvidarte por mucho tiempo de mantener relaciones sexuales, sería un crimen que lo hicieras antes de haber conjurado el peligro de contagio. Esperemos que las secuelas no vayan más allá de unas pequeñas cicatrices, porque estas cosas pueden causar incluso esterilidad y daños aún más graves.
- Me asusta usted, doctor.
- El miedo te habría venido muy bien antes de hacer aquellas cosas tan peligrosas que hiciste. Ahora no es la hora del miedo sino de la verdad.

Las excelentes notas obtenidas no bastaban para encender brillos diáfanos en la sonrisa de Fermín. Seguían sus gestos dominados por una cierta opacidad de ausencia.

El curso había acabado más o menos por las fechas en que juró banderas su rival, pero él permanecería

en la ciudad hasta mediados de Agosto. El pueblo no tenía más atractivos ya que los que pudieran derivarse de un reencuentro con sus padres y deseaba verlos pero, por otra parte, permanecer allí le permitiría trabajar muchas más horas. En esas dos quincenas de dedicación exclusiva prestaría un valioso servicio a su jefe, que andaba desbordado de trabajo y, además, ganaría una sustanciosa cantidad de dinero que aportaría al escaso peculio familiar. Cuando respondió afirmativamente a la petición de Mariano, su jefe, y adoptó la decisión de quedarse unas semanas, consideró que quince o veinte días de vacaciones en el pueblo eran tiempo más que suficiente para estar con sus padres y más que sobrante para estar con sus recuerdos.

- Bueno Fermín, yo ya me voy mañana. Si quieres que lleve algún recado al pueblo...
- Si ves a mis padres diles que estoy muy bien y que iré el mes que viene, el día catorce. De todas formas ellos ya lo saben.
- Al final has decidido quedarte.
- Sí. Es que en el pueblo no tengo nada que hacer, aquí, en cambio, pues tengo trabajillo y eso ¿Sabes? A mis padres no les viene mal una ayudita con la economía. Además, mi jefe ahora tiene un apretón de curro. Me ha pedido que le eche una mano y me sabría mal decirle que no.
- Bueno, pues yo estaré en el pueblo hasta mediados de Septiembre, así que coincidiremos por allí. Espero que nos veamos e intercambiamos unas parrafadas.

- Si lo deseas puedes contar con ello, Remedios. Sabes que no me canso de dialogar contigo, aunque reconozco que en este placer hay mucho de egoísmo por mi parte, me estoy convirtiendo en tu parásito intelectual.
- No me vengas otra vez con modestias, Fermín. Sabes que no hay en nuestros diálogos parasitismo alguno. Lo nuestro es una relación intelectual, más bien simbiótica.
- Tal vez, pero no se me ocurre qué puedes haber aprendido tú de mí. En cambio yo, de no haberte tratado, Kafka me sonaría a príncipe mongol y de Hermann Hesse ni te cuento, por poner un ejemplo.
- Esa es la diferencia a mi favor, que lo que yo te enseño puedes catalogarlo por orden alfabético pero lo que aprendo de ti es incatalogable y, a veces, me llega a parecer inabarcable. Pero bueno. Vamos a guardar la balanza que tengo que marcharme. Aún no he preparado la maleta. Nos vemos en el pueblo.
- Buen viaje tengas, Reme.
- Hasta el mes que viene, Fermín

La hija del farmacéutico se levantó, recogiendo su bolso, de la cómoda silla que había ocupado durante más de una hora en aquella terracita de bar, junto a Fermín y se marchó diciendo adiós con un movimiento gracioso de su mano derecha.

El joven la vio alejarse y decidió pedirle al camarero otra cerveza fresca. Hacía calor.

En el trasluz del vaso de refresco que había dejado Reme sobre la mesa, proyectó sus recuerdos de aquella aún breve e incipiente amistad.

No haría aún mes y medio. Él estaba mirando distraídamente los escaparates de una librería cuando escuchó su voz –El mundo es un pañuelo- le dijo a sus espaldas. Él miró en el reflejo del cristal y la vio. También la reconoció enseguida, se trataba de Remedios, la hija del farmacéutico, la que estaba estudiando una carrera en aquella ciudad de provincias, suficientemente pequeña como para hacer estadísticamente probables este tipo de coincidencias.

Ella era casi tres años mayor y, en el pueblo jamás habían cruzado una palabra. Por eso le sorprendió un poco la simpatía que la universitaria desplegó en aquel primer encuentro urbano. Correspondió. No era infrecuente que, personas que en su medio cotidiano apenas se cruzaban un saludo, al coincidir en un lugar lejano se vieran identificados por el origen común y se trataran efusivamente, como viejos amigos.

Remedios habitaba un piso compartido con otras chicas, también estudiantes. Ese día llevó la iniciativa. Invitó a Fermín a tomar algo y le condujo hasta una pequeña y acogedora cafetería del casco histórico.

Intercambiaron breves resúmenes autobiográficos y después pegaron la hebra departiendo sobre temas diversos. Se sintieron a gusto conversando, lo que tenían en común era mucho más que el origen, tal descubrimiento impregnaba el aire de una complicidad aliada con los aromáticos vapores que

emanaban las tazas de café desde su pequeña mesa. Comenzó una amistad.

Quedaban con frecuencia en los bares del centro, alguna vez fueron al cine y alguna vez cenaron juntos.

Ella gozaba de una juventud muy madura, intelectualizada y progresista, a él ya le conocemos.

Fermín se sorprendía de que una jovencita de tan buena familia tuviera esas ideas, tejiera en su cabeza con tan clara soltura, los conceptos más avanzados de su generación.

Le hablaba de Neruda, de Lorca y de Machado, también de Altolaguirre, de Otero, de Buñuel, de Bergman, Pasolini, Schopenhauer y Franco. De Bob Dylan, Joan Baez, Silvio Rodríguez, Lennon, Víctor Jara y Augusto Pinochet. De Sartre y de Berlaine, de Baudelaire y Nietzsche, de Kennedy y de Ghandi, Cohen y Luther King. De Goya y de Berlanga, de Picasso y Juan Gris, del anciano Walt Whitman con sus hojas de hierba y de un joven Panero que se había vuelto loco.

Él escuchaba activo, absorbiendo las frases, y contemplaba un mundo con forma de galaxia en sus ojos vivaces, aportaba sus frescos comentarios a todo, su opinión espontánea, inmaculada y simple. En aquellos momentos notaba que Remedios se internaba en sus ojos y le escuchaba absorta, con extrema atención.

Acababa de irse y ya la echaba en falta.

Don Ramón, el farmacéutico era un culto y liberal admirador de Valle y de Unamuno, su barba canosa y corta destacaba, única, en aquella pequeña

sociedad de caras masculinas rasuradas y le daba un marchamo de hombre raro y enigmático.

Secretamente abominaba de la mojigatería farisaica e hipócrita de sus paisanos y siempre se sintió como atrapado en una jaula menor que la envergadura de sus alas. Lo resolvía leyendo a la generación del noventa y ocho y paseando solo por el campo.

Ahora estaba contento. Había llegado Remedios y, con ella, la posibilidad cierta de mantener prolongadas y siempre interesantes sesiones de diálogo.

Le bastó un somero vistazo a la crítica letra de su amigo Emilio sobre las recetas, para aventurar el diagnóstico certero de la dolencia que afectaba al joven Serrano.

No le caían bien aquellas gentes fatuas y orgullosas. Conocía las aspiraciones que alentaban Diego y, sobre todo Gertrudis, de emparentar con ellos a su hija. La sola idea le provocaba una acidez de estómago, a veces insoluble incluso para el habitual hidróxido de aluminio.

Nunca hacía comentarios sobre las demandas de la clientela pero esta vez quedó tan sorprendido, especialmente por la hipocresía subyacente en el caso, que terminó vertiendo sobre su mujer, de forma casi inadvertida, como si hablara para sí, un par de confidencias peligrosas.

Poco después y bajo estricto secreto, la farmacéutica comentaba el caso a una amiga de extrema confianza.-De esto ni una palabra- No te preocupes, sabes que para ciertas cosas soy una tumba- Lo de siempre.

No terminó esa luna cuando la enfermedad venérea de Jacinto constituía el tema predilecto de casi todas las conversaciones. Aquello era vox pópuli. No había solaneta, barra de bar ni mesa del casino donde no se tratara el espinoso asunto. Los síntomas y las fatales consecuencias del mal crecían desmesuradamente con cada comentario. Había quien afirmaba, citando buenas tintas, que el chico había perdido totalmente sus órganos genitales, que tenía que orinar con una cánula y cosas por el estilo. La escasa simpatía que suscitaba el joven tabaquero en el pueblo, sopló sobre las llamas de aquél fatal incendio.

Nada más traspasar la humilde puerta de los Ledesma, la terrible noticia comenzó a endurecerse, a medida que avanzaba hacia el interior se iba densificando y, al final, se hizo plomo.

Jacinto había sostenido hasta última hora el cuento aquél del tirón inguinal. La mentira había agotado ya su recorrido. Ahora se aferraba a la peregrina tesis del contagio cuartelario.

Pío removía las profundidades de su memoria. Quería creer. Escrutaba sus ya remotas experiencias como soldado de reemplazo y no encontraba nada que hiciese verosímiles las alegaciones del joven. Martina estaba consternada, también intuía la verdad y no sabía qué decir. Asunción intentaba tragar una amarguísima sensación de fracaso. No sabía qué hacer.

El muchacho, mientras se proclamaba víctima inocente de los vicios ajenos, aseguraba que se recuperaría íntegramente y pronto, invocaba las muy

autorizadas afirmaciones de don Emilio, el galeno, y abominaba de las maliciosas habladurías de la gente. ¿Cómo habría trascendido? se preguntaba.

No podía soportar la posibilidad de una ruptura, ya para entonces había desarrollado un fuerte sentido de propiedad sobre su novia y el solo hecho de pensar que esta infausta circunstancia le haría perderla le llenaba el espíritu de clavos, pero propuso no volver durante una semana, como gesto de buena fe, para propiciar la serena reflexión necesaria. La verdad, afirmó, se abriría camino. Se aceptó su propuesta.

Cuando se marchó, Pío comenzó a reflexionar en voz alta. Era una gran vergüenza para todos, una mancha que se le antojaba indeleble pero estaba seguro de la pronta recuperación del joven y de que las aguas podrían volver, con el tiempo, a su cauce.

A fin de cuentas eran cosas de hombres y ya se sabe que la carne es débil.

Lo que más le dolía era la patente manera de mentir del muchacho pero, por otra parte, qué si no podría hacer, qué hubiera hecho él mismo ante la posibilidad de sufrir una gran pérdida. –Nadie es perfecto.- dijo.

-Nadie es perfecto- retuvo para sus adentros la joven Asunción y abrió una nueva puerta en sus proyectos para el caso de que Jacinto se recuperara satisfactoriamente.

Martina lo veía todo de otra manera y seguía callada. Una nube de cartas con las alas cortadas reptaba en su cabeza intentando volar. No hay crimen sin castigo.



Durante aquellos siete días de moratoria, la salud de Jacinto se repuso. Los fuertes y abundantes antibióticos no lograron, sin embargo, evitar ciertas secuelas estéticas, unas pequeñas cicatrices que serían testigos vitalicios del trance lamentable.

- Si no quieres no me creas, Asun, pero te reitero que yo no soy culpable de lo que ha sucedido.
- No te estoy reprochando nada pero estoy informada y, por más que quiero, me cuesta creerte. Lo que más deseo de ti, en este momento, es la sinceridad. Ten en cuenta que nada puede ocultarse eternamente bajo el sol y, si algún día descubriera que has mentido sería terrible. Puedo comprender que hayas tenido un momento de debilidad, un desliz, te lo perdonaría, pero la mentira es otra cosa, no podría vivir con ella.
- ¿De verdad me perdonarías si te dijera que fue un leve desliz, un lamentable error del que me he arrepentido en cada instante?
- De verdad, te lo juro.
- Verás. Yo no quería. Habíamos bebido un poco más de la cuenta. Quizá no lo comprendas pero a veces, entre hombres, hay que estar a la altura de los demás para pasar desapercibido. Entonces, mis compañeros

trajeron a esa horrible prostituta. Todos lo hicieron. A mí me repugnaba, me daba mucho asco pero no podía pasar por mariquita...

- No continúes, Jacinto. Yo ya te he perdonado. Ahora espero que tú me perdones a mí.

Jacinto la miró con un súbito gesto de sorpresa y con la sensación de no haber oído bien. -¿Cómo?- balbuceó tratando de salir de la rápida confusión que le había alcanzado y envuelto en su brumoso trasluz.

- Nadie es perfecto, Jacinto. Tampoco yo lo soy.

Las nieblas de la sorpresa y la desorientación se fueron disipando, aventadas por una fuerte ráfaga invasiva que se apoderó pronto del rostro de Jacinto: La alarma.

- ¿Qué tienes que decirme, Asunción, Qué te pasa?
- Jacinto... No soy virgen.

Ella había visto en la debilidad culpable y arrepentida de su novio y en el perdón otorgado, un momento perfecto para hacerle su propia y temida confesión. Ahora él tenía bajas las defensas. No le quedaba más remedio que aceptar el hecho consumado y, en justa reciprocidad otorgarle también su ineludible perdón. Aún así, las palabras salían de su boca lenta y trabajosamente, como tratando de asirse al nácar impoluto de sus dientes, al calor de sus labios, como temiendo exponerse a una intemperie hostil, como arrastrando, en su totalidad, la culpabilidad de ambos.

Le explicó por encima, omitiendo detalles, el momento, el lugar, la persona y los hechos que habían intervenido en la deshonrosa acción.

Solo mintió al decirle que estaba arrepentida, que desharía el hecho si volviera a nacer.

- Fermín... Ese rojazo, ese hijo de puta...

Toda la piel visible de Jacinto, manos, brazos y cara, se había enrojecido, tenía crispado el puño y un destello asesino cruzó por su mirada.

- Sabías lo importante que era par mí eso. ¿¡Por qué me lo ocultaste!? ¿Por qué no lo dijiste desde el primer momento, cuando yo aseguraba que te respetaría, que quería llevarte sin mácula al altar.? No eres mas que una puta. ¡Que vergüenza!

La muchacha se hundió hasta los más procelosos abismos de la humillación ante aquellas palabras que, por inesperadas e impropias del contexto, cayeron sobre ella como un macho pilón bañándola de hierros gélidos y punzantes. Reaccionó en seguida.- No soy digna de ti.- y se fue caminando derrotada y tristísima.

- ¡Asunción! No te vayas. Perdóname de nuevo. Vamos a serenarnos y a tratarlo con calma.

Jacinto pensó deprisa y no tardó en reaccionar. No podía permitirse una ruptura. No ahora. Supondría dar pábulo a nuevas habladurías, incrementaría el descrédito y tendría que afrontar la afrenta pública de haber sido repudiado por aquella humilde mujer.

- Me he pasado, lo admito y te pido disculpas. Tú no eres una puta ni nada parecido, pero es que para mí ha sido como un jarro de agua fría. Bien pensado el asunto de la virginidad

es importante pero no imprescindible. Lo imprescindible es que haya amor, y lo hay, al menos por mi parte.

- Si no te lo dije antes fue por miedo a perderte ¿No lo entiendes? –dijo Asun, volviendo sobre sus pasos con los ojos rasados aún de lágrimas.
- Bueno pues ya está dicho y aquí no pasa nada. Tú tenías razón, nadie es perfecto y, bien pensado, cuando cometiste aquel lamentable error aún no te relacionabas conmigo. Si es que en todo esto hay algo que perdonar, yo también te perdono. En paz quedamos. Lo tuyo por lo mío.

Tras aquella pequeña tempestad sobrevino una calma equivalente. La relación siguió los cauces de costumbre pero había algo en el joven que impregnaba el ambiente con cierta desazón, apenas perceptible.

La enfermedad de Jacinto había remitido por completo ya no necesitaba medicación alguna pero el obligado periodo de seguridad contra nuevos contagios mantenía la alameda lejos de cualquiera de sus trayectorias de paseo vespertino.

Pío se esforzaba por olvidar las imprevistas taras de su futuro yerno pero ya no podía evitar escucharle con una sombra de desconfianza, especialmente cuando el chico hacía gala de sus férreas convicciones morales. Y Martina callaba, se sentía atrapada en una ineludible penitencia, la admiración primera que le inspirase el mozo con sus disertaciones, se trocaba a menudo, no ya en desconfianza sino en secreto hastío, entonces, bajo

cualquier pretexto, abandonaba el sitio de la conversación. Pensar en bastas plantaciones de tabaco no lograba sino paliar un poco los pálpitos adversos.

- ¿Crees que será feliz la niña, Pío?
- Claro mujer, todas las aguas vuelven a su cauce. Cuando se es joven, siempre se corre el riesgo de cometer errores pero de los errores se aprende, y Jacinto ha aprendido mucho del suyo.
- ¿Solo cuando se es joven se cometen errores?

Remedios alternaba los paseos solitarios con la lectura, la audición de cassettes musicales en su flamante reproductor – grabador portátil enfundado en cuero y las charlas filosóficas con su padre en las que solía citar los puntos de vista de su nuevo amigo. De vez en cuando ayudaba en la botica y, ocasionalmente, estudiaba. Sobre todas estas actividades flotaba siempre una vaga añoranza de las tertulias con Fermín.

Ahora, cuando paseaba por las calles del pueblo, a menudo se sorprendía pensando que aquellas luces y aquellas sombras, aquellos colores y aquellas formas, aquél aroma y aquel aire, eran también la patria de Fermín.

A poco de llegar había visitado a los padres del chico para dar su recado. La acogieron eufóricos y la invitaron a compartir merienda, cosa que ella hizo encantada, impregnando la humilde casa con su espontánea y activa simpatía.

- No te imaginas cuánto nos alegramos de saber que está bien y contento. Es que, en Semana Santa, se fue tan triste y apenado...

Y luego, como no le gusta crearnos quebraderos de cabeza, en las cartas nunca nos cuenta penas ni pesares.

- Pues les aseguro que ahora está perfectamente, anda tan ilusionado con su trabajo y sus cosas que nadie diría que atravesó una crisis hace tan poco tiempo.

Cuando salió, Remedios llevaba una excelente impresión de los Álvarez. – No es mala gente-comentó su padre, encendiendo una de aquellas pipas aromáticas que solía fumar.

Don Emilio verificó la total ausencia de síntomas que pudieran indicar alguna indeseable recurrencia de la ya superada enfermedad de Jacinto. Dio por totalmente concluido el episodio pero, no obstante, extendió una receta, quizá unas vitaminas para terminar de afianzar el restablecimiento de los recursos consumidos por los antibióticos.

Cuando Jacinto entró a comprar la medicina, le recibió Remedios que, con su habitual simpatía, le pidió que aguardara unos instantes el regreso de su padre. El boticario acababa de acercarse al estanco en busca de combustible para su pipa, sería solo un momento.

Jacinto observó a la joven, reparando en lo poco que se había fijado en ella hasta ese día. Pese a las frecuentes insinuaciones maternas, aquella estudiante nunca suscitó su interés y si alguna vez pensó en ella, fue para fijarse una referencia de lo que nunca debiera ser su esposa. La chica era excesivamente independiente para su gusto, excesivamente liberal, excesivamente moderna y no se sabe qué más excesos o defectos la venían

descartando de sus proyectos matrimoniales. Pero ahora la vio con otros ojos. Era simpática y sobrecogedoramente bella, tenía una mirada penetrante y vivaz, pletórica de juventud y, a un tiempo, de sensatez madura. Su halo de urbanita evocaba en Jacinto recuerdos agradables del reciente Madrid. Sin duda, aquella chica habría de parecerse, con el tiempo, a las dignas señoras que paseaban por Recoletos del brazo de sus orgullosos maridos y miraban con ojos expertos los, siempre bien provistos, escaparates de la calle Serrano.

Mientras esperaba, comentando con ella cosas intrascendentes, le fue naciendo algo en la profundidad de las entrañas. Sin duda no era virgen, aunque nunca se sabe, pero ya, en cualquier caso, ¿qué muchacha lo era? ¿De que futura novia se podría estar seguro?

Pese a que la demora de don Ramón fue mas larga de lo habitual en casos precedentes, a Jacinto le resultó excesivamente prematuro su regreso. Se encontraba muy cómodo hablando con Remedios, le había sabido a poco.

Interpretó la simpatía natural de la joven como una delicada insinuación, como una puerta que se le estaba abriendo en exclusiva.

No lo encontraba extraño, él era deseable por diversas razones y ya sus propios padres habían apuntado en esa dirección.

Cuando regresaba a su casa, iba volteando la cajita de píldoras en su mano derecha mientras, en su cabeza, se iniciaba un combate entre su novia y Reme. Asunción no contaba con ninguna ventaja inicial en la lucha. Si competía en belleza no pasaba el empate, si competía en riqueza estaba derrotada

de antemano y, por si fuera poco, no podía defenderse con el himen, con ese virgo intacto que le soñó en su día. También el aliciente de conquista operaba, obviamente, en su perfecta contra y también la familia tabaquera al completo. En tocante a la honra y a las habladurías, quedaría muy claro para todo el lugar que era él quien cambiaba de pareja, de novia, que no era rechazado, que no había más repudio que el que ejerciera él.

- He estado hablando un rato con Remedios, la del boticario. Está de vacaciones
- ¿Y qué te ha parecido la muchacha, hijo?
- Es muy simpática y agradable.
- Y, sobre todo, es de nuestra categoría. Mira que lo hemos comentado veces, pero tú ¡Hala, a lo loco! sin mirar lo que tienes y lo que eres, cayendo en la primera celada que te tienden, desperdiciando las mejores oportunidades. ¿Cuándo te darás cuenta de donde está lo bueno de verdad?
- Bueno, tampoco hemos hablado mucho pero me ha sorprendido gratamente.
- ¡Pues claro! ¿No te digo que es de nuestro nivel? A poco que os conocierais acabaríais descubriendo lo mucho que tenéis en común. Lo que pasa es que tú ni te has molestado nunca en abrir los ojos, aunque fuera un poquito.
- Quizá tengas razón, mamá. Ahora lo estoy pensando.
- ¿Ahora lo estás pensado? ¿Ahora? Bueno más vale tarde que nunca, pero piensa pronto y a ver si de una vez, para variar, piensas bien.

- Bueno yo creo que no le caigo mal y...
- Es que el refranero es sabio y, no en vano, dice que tan importante es bien criarse como bien casarse. Y lo suyo es que cada oveja vaya con su pareja, ¿Comprendes?
- Voy comprendiendo, mamá, voy comprendiendo
- Tú qué vas a comprender. Ellas son las que comprenden y saben lo que les conviene. Por eso les caes bien, tanto a Remedios como a Asunción. A parte de tu evidente atractivo físico, está tu categoría, tu nivel. Eres un buen partido. A Remedios le gustas porque lo natural es unirse entre pares y Asunción debe estar considerando que le ha tocado el gordo de la lotería. Bien ha sabido cazarte esa mosquita muerta... de hambre
- Es que con Remedios no había hablado hasta ahora, apenas si la conocía de vista
- Pues claro. ¿Y que esperabas, que una muchacha digna y de buena familia se rebajase a urdir telas de araña para atraparte? No, hijo, las cosas no son así. Una mujer como es debido espera a que el hombre de su vida tome la iniciativa de llamar a su puerta y si es que no lo hace, él se lo pierde.
- Pero el amor...
- El amor solo puede producirse entre pares, lo demás si que es puro y simple interés. Remedios te querría solo por lo que eres y no por lo que tienes, ya que ella posee tantas riquezas como tú. Pero ¿Podrías decir lo mismo de Asunción? ¿No amaré esa

bordadora más nuestras plantaciones que cualquier otra cosa?

- Pero ella me ama, ha aceptado lo de mi enfermedad y me ha...
- Claro que lo ha aceptado ¿crees que le importa eso? y más que aceptaría con tal de ver las plantaciones convertidas en bienes gananciales a su nombre.
- Tengo que pensar, madre.
- Tengo que pensar, tengo que pensar. Y aún me dices que tienes que pensar.

En realidad, Jacinto ya lo tenía pensado. Volvería a la farmacia, bajo cualquier pretexto, en los próximos días, procurando encontrarse nuevamente con Reme. Iría preparando hábilmente el terreno, desplegando sus puentes, acercándose más. Poco a poco enfriaría sus relaciones con Asun, pero no las rompería definitivamente hasta el instante justo de efectuar el salto, calculado y seguro, de una mujer a otra. No podía correr riesgos.

Asunción, mientras tanto, tenía que esforzarse en limpiar de su mente ciertas preocupaciones que, en diversos momentos del día y de la noche, la venían asaltando. Pasaba una semana de aquel tórrido a Agosto y nada le indicaba que hubiera vuelto el joven moreno de su ayer. No era que le importara ya en modo alguno el chico, se repetía a sí misma, más bien era otra cosa, simple curiosidad. Pero hay curiosidades altamente vedadas para cualquier mujer comprometida. Esa curiosidad que emancipó sus ojos y les llevó a perderse por las calles del pueblo buscando algún indicio, algún rastro de él. Esa

curiosidad que, a menudo, la hiciera demorarse en la plaza para ver arribar el vetusto autobús.

Pero no. No era eso lo que estaba mirando. Era siempre otra cosa. No podía ser por él. Él ya estaba en el limbo de los desconocidos, de los casi olvidados, de los que no son nada, de los que nunca fueron lo que pudieron ser.

Ya solo le quedaba pendiente el proceloso asunto de las cartas. Era lo único que aún tenían en común y había que devolverlas de algún modo. Ella no reclamaría las suyas, incluso era posible que se hubieran perdido en las presuntas tormentas de esa azarosa vida que, supuestamente, llevaba el muchacho. Pero seguía dispuesta a devolver el molesto contenido de su antiguo cabás. Quería eliminar todo vestigio de aquél pasado que ya se le antojaba tan remoto. Había considerado la posibilidad de hacer la transferencia de persona a persona pero cuando notaba acercarse el momento la invadían unos miedos y unos desasosiegos que acabaron descartando finalmente esta opción. Lo tenía decidido. No volvería a mirarle nuevamente a la cara. Nunca volvería a hablarle. Haría un paquetito con todos los papeles y lo entregaría en casa de los Álvarez sin esperar respuesta, o quizá... Sí, mejor. Lo mandaría por correo.

La farmacia ocupaba un rincón privilegiado en la placita. Sobre el pulcro establecimiento se alzaban tres balcones, uno de ellos correspondía a la habitación de Remedios, fue desde allí desde donde la joven universitaria vio descender a Fermín del autobús, del mismo carruaje que hacía varias

semanas la trajera a ella misma. Observó cómo saludaba a sus progenitores, esa pareja humilde y generosa que tan entrañable le hubiera resultado, luego los vio alejarse calle abajo. Sonreían felices por el nuevo reencuentro, el muchacho llevaba con soltura su pesada maleta y caminaba alegre entre sus padres. Remedios experimentó una aguda punzada de impaciencia, la cercanía de Fermín proyectaba ya, sobre los días venideros, las variadas posibilidades que ofrece la amistad para rellenar el tiempo, a veces lento y vacío de unas vacaciones rurales. La inminencia de una más que probable reanudación de sus tertulias, la posibilidad de compartir con el joven moreno algunas trayectorias de paseo y de efectuar un profuso intercambio de recuerdos in situ le pintó una sonrisa diáfana en la cara mientras se retiraba del balcón. Aún hacía calor. Del cassette manaban los timbres varoniles de un tal Pablo Guerrero –“*que tiene que llover, tiene que llover, tiene que llover*”- se escuchaba –“*que tiene que llover a cántaros*”-

Al atardecer salió a dar el paseo habitual, esta vez albergaba la esperanza de coincidir en algún sitio con Fermín. No descartaba incluso pasar a visitarle a su casa, así tendría también la oportunidad de saludar a Juan y a Petra. –Si la montaña no va a Mahoma...-

Nada anunciaba que las torrenciales lluvias predichas por el cantautor fueran a ser inminentes pero tampoco era previsible el encuentro que se produjo antes de que la chica saliera de la plaza.

Jacinto se acercaba presuroso hacia la farmacia.

- Hola, Remedios. ¿Ya habéis cerrado?
- Si, Jacinto, hace rato

- Bueno, de todas formas, quizá tú sepas algo del asunto que me trae ¿Te importa que te haga una consulta?
- Por supuesto que no, Jacinto. Dime.
- Es que tenemos un pozo para riego en una finca grande, retirada del río y queríamos analizar las aguas. ¿Es posible?
- Pues, supongo que sí, pero eso tendrías que consultárselo a mi padre. Si quieres acercarte, ahora está en casa y seguro que te informará encantado.
- Bueno, el caso es que tampoco me corre tanta prisa. Mejor lo dejo para pasado mañana, cuando pase el día de la Virgen, y así no le robo a tu padre su tiempo libre.
- No te preocupes por eso. Seguro que no le va a importar atenderte ahora.
- No, déjalo, ya volveré en mejor momento. Y tus vacaciones ¿qué tal van discurriendo? ¿No te aburres un poco?
- Bueno, a ratos, pero en general no lo paso mal, con mis paseos, el aire limpio y estas cosillas que tiene el pueblo y que solo se valoran cuando se está fuera.
- Tienes razón, Remedios. Si quieres acompaña tu paseo un ratito, siempre se hará más ameno conversando.
- Te lo agradezco mucho pero es que hoy precisamente tengo que realizar una visita. Quizá en otra ocasión
- Bien, pues hasta la vista, Remedios. Hasta esa otra ocasión.

- Hasta luego, Jacinto. Y no te importe consultar ese asunto ahora mismo, si quieres, con mi padre. No le molestarás.

Jacinto volvió a ajustar las palabras de Reme a sus propios deseos. Había oído una inequívoca invitación a próximos paseos y un –hasta luego- que interpretó, prácticamente, como una cita.

Se marchó muy contento, rebosando optimismo, a la casa de Asun. Estos días, las visitas a su novia eran más rutinarias y más breves que de costumbre y cualquier nimio pretexto le servía, en ocasiones, para omitirlas.

Remedios decidió visitar a los Álvarez, conocía la extrema timidez de Fermín y no le imaginaba llamando a su farmacia. -Si no voy a su casa, lo mismo no nos vemos en toda la quincena- se dijo y fijó el rumbo. No lo pensó dos veces

- Muy buenas tardes, Petra
- Pero ¡Si es la Remedios! Pasa, muchacha, pasa. ¿Qué te trae por aquí?
- Pues quería saludar a Fermín, ya he visto que ha venido. Y también, cómo no, saludarles a ustedes.

Fermín oyó, no poco sorprendido, las frases procedentes de la entrada. Esta mujer era verdaderamente atrevida o quizá las prolongadas estancias en la ciudad le habían desdibujado la perspectiva rural en lo tocante a relaciones chico -chica. Lo cierto, al parecer, es que no distinguía entre ciudad y pueblo, que ejecutaba sus acciones bajo la exclusiva ley de una sinceridad espontánea que no atendía a convencionalismos ni protocolos. Porque parecía improbable que ignorase los efectos

adversos para su fama que podría comportar tal actitud. Una muchacha de bien no debía ir en busca de un joven hasta su propia casa, menos aún si no existía un noviazgo formal reconocido. Aquella sociedad no contemplaba la existencia de la simple amistad igualitaria entre mozos y mozas.

Fermín, dejando a un lado estas reflexiones, se apresuró a salir al encuentro de su amiga. Durante las saluciones de rigor, pudo comprobar la buena sintonía que se había creado entre sus padres y la joven. No le sorprendió mucho. Esa universitaria tenía el grato don de esparcir en el aire de sus alrededores una nube invisible de afabilidad que lo impregnaba todo.

- Hablo mucho a mi padre de ti y de tus curiosas opiniones. Tiene interés por conocerte y creo que le haría una gran ilusión que vinieras un día de estos a tomar café a casa.
- Bueno, no sé si debo...
- ¿Te viene bien mañana?
- Es que...
- A las cuatro entonces. Te esperamos. Además te debemos una merienda, ¿No es verdad, Petra?
- Vale, por mí de acuerdo, pero tú sabrás lo que haces y en qué líos te metes.
- Por supuesto, yo tomaré té. Venga, hasta mañana.

El día de la Asunción era una fiesta de especial relevancia para la familia Ledesma. Asun debía su nombre a este singular e ingrátido acontecimiento tan celebrado por la tradición y la devoción mariana.

Ese quince de agosto, Jacinto, desde el sitio acostumbrado, recorría con la vista todos y cada uno de los bancos abarrotados en la misa mayor. Remedios no ocupaba ninguno de ellos. A decir verdad, no recordaba haber visto a la universitaria por la iglesia desde los tiempos escolares pero esta vez, dada la relevancia y la solemnidad de la fiesta, esperaba que se encontrase allí, ocupando su espacio entre la comunidad de fieles. El oficio religioso se le antojó largo y tedioso. Bostezaba a menudo ignorando las miradas recriminatorias de su novia.

Las penitenciales temperaturas de aquel medio día descartaban, con su irrefutable argumento, cualquier posibilidad de efectuar el usual paseo a la salida de misa. Fue muy bien acogida, en cambio, la alternativa, propuesta por Pío, de tomar un martini en el casino. Jacinto reiteró las diversas excusas ya expuestas para declinar la invitación a comer con los Ledesma. La insistencia de Pío y la importancia que daba la familia a la onomástica de Asun, no bastaron para que el joven tabaquero reconsiderase su negativa. La decepción se instaló de nuevo en aquella humilde casa, se estaba convirtiendo en visitante asidua.

Los domingos y fiestas de guardar, a eso de las cuatro de la tarde, solía Pío concederse la licencia de bajar al casino a tomar un café. En eso estaba cuando un Marcial con gesto preocupado se le allegó discretamente y, tras los saludos rutinarios, fue bajando la voz hasta el volumen de las delicadas confidencias.

- Tengo una cosa para ti, Pío. Se trata de un pequeño paquete que tu hija ha enviado a

Fermín. Hace dos días lo depositó en el buzón. Está mal franqueado pero eso carece de importancia, yo lo hubiera entregado aun sin sellos ya que va dirigido a la casa del chico, aquí, en el pueblo.

- ¿Qué crees que puede ser?
- Por el peso, el tamaño y la textura, pienso que son papeles, tal vez cartas.
- Lo siento mucho, Marcial. Creí que esta tormenta había pasado ya definitivamente. Mañana iré a recoger el paquete y te prometo que esta, pase lo que pase, será la última vez.

Sobre esas mismas horas, Fermín iba cogiendo postura en el saloncito del boticario. Los primeros minutos fueron tensos e incómodos, el chico no sabía dónde poner las manos ni qué decir, ni cómo. Remedios sonreía divertida ante tal trago, su madre se había retirado a dormir una siesta. Siempre estaba durmiendo.

Don Ramón calibraba la magnitud de aquella timidez y hacía lo que podía para ablandar la atmósfera. No le costó trabajo conseguirlo y no fue poco lo que contribuyeron a tal fin, los humos aromáticos de su vieja cachimba.

Fermín se relajó y comenzó a soltarse. Aquel hombre barbudo se le antojaba un silo de conocimientos, un luminoso ejemplo de la hombría de bien y una más que probable amistad transgeneracional.

La luz de la placita entraba a raudales por el balcón iluminando lomos de libros incontables y pequeñas acuarelas.

El boticario iba llenando la estancia de contertulios invisibles, en unos instantes comenzaron a desfilar

por allí de Sócrates a Borges pasando por Platón, por Plinio el viejo, Ibn Arabí, Aberroes, Berkeley, Heidegger, Hume y su tocayo Gómez de la Serna. Fueron unas dos horas agradables, especialmente para don Ramón, que siempre andaba escaso de oportunidades para pegar la hebra con alguien que, al menos, fuera capaz de prestar oídos a sus disertaciones. El joven terminó causándole una excelente impresión. Su curiosidad, la frescura de sus ideas, la sincera humildad de sus preguntas, sus exposiciones y sobre todo su forma inteligente y activa de escuchar, rebasaron las expectativas previas que su hija le había sembrado. Antes de despedirse, puso a disposición del muchacho su extensa biblioteca y manifestó su deseo de volver a compartir tiempo, café y tertulia. Por su parte, Fermín y Reme quedaron en verse por la noche para tomar algo en la breve terracita del bar, tal como solían hacer allá en la ciudad.

Fermín se dio una vuelta por el pueblo. Las calles, tomadas de calor, aún permanecían semidesiertas, la mayoría de los paisanos había buscado refugio bajo los grandes ventiladores suspendidos del techo del casino, mientras que las paisanas se parapetaban en los rincones más umbríos y frescos de sus patios. Tampoco eran escasos los que habían adoptado la muy cómoda opción de traspasar, con una larga siesta, el ecuador de la tarde.

Fermín sintió caer sobre sí, lentamente, el pequeño lastre de una vaporosa galbana mientras caminaba sin conciencia de rumbo.

Sin conciencia de rumbo llegó a la bocacalle y, entonces, su cerebro ordenó regresar. Pero sus pies

siguieron recorriendo la acera, ignorando la orden, como desconectados de aquella voluntad. Ya cerca de la casa abandonó la sombra, se trasladó de acera para tomar distancia y miró la ventana. La persiana de tablas, parcialmente bajada, dejaba ver, en parte, unos cristales brunos que apenas revelaban los pálidos visillos de su lado interior, un efecto debido a la gran diferencia de luz entre sus caras.

Pensó que no había nadie detrás de los visillos y se detuvo un poco. Estaba equivocado. Una mirada incógnita le alcanzaba de lleno, era la pesarosa, turbada, intensa, y triste mirada de Martina. El silencio pesaba tanto como el calor.

- ¿Qué mirabas, mamá, por la ventana? ¿Pasa algo en la calle?

- Nada, Asun. No no, no pasa nada.

Pero Asunción no pudo contenerse, en un gesto automático se asomó a la ventana. Fermín ya se alejaba. Ella volvió de pronto la cara al interior. No quería mirarle, no debía mirarle, no podía mirarle.

Fermín decidió poner colofón a su paseo tomando una cerveza fría en el bar. Allí, dónde si no, encontró a su amigo Joaquín. Se alegraron de verse.

Joaquín era un muchacho efusivo y alegre, de chascarrillo fácil y risotada franca que, nada más ver aparecer a su amigo entre los ruidosos y multicolores canutillos de la cortina, prorrumpió, siempre fiel a su costumbre, en exclamaciones casi desaforadas y a menudo excesivas para un Fermín mas bien dado a la discreción y al deseo de pasar desapercibido.

- ¡Pero si es el melenas! ¡Ya era hora de que se te viera el pelo por aquí!
- Hola Joaquín ¿Cómo te va?
- Pues, hombre, no me quejo. Total, me van a dar lo mismo ¿Y a ti?
- Bastante bien, ya ves. De vacaciones.
- ¡Ay que ver cómo vivís los estudiantes! Anda, tomate algo.
- A eso precisamente había venido.
- ¡Eh! Pero invito yo, que esta vez tengo cosas que celebrar contigo.
- Hombre, ya me dirás de qué se trata.
- Estoy saliendo con Isabel Martínez, la gordita. ¿Te acuerdas? Aquella que siempre iba a la escuela con coletas.
- Ah sí, la Isabelita la gordita.
- Pues ya no está gordita ni se peina con trenzas.
- ¡Que sorpresa! ¿Y va en serio la cosa?
- Y tan en serio, amigo, como que ya entro a su casa. Ahora, cuando bajen las calores pasaré a recogerla para ir a la discoteca.

La infancia y, sobre todo, la adolescencia de Isabel habían estado marcadas por dos sentimientos hondos y lacerantes. Un complejo de obesidad algo justificado pero muy desmedido, y un deseo tan intenso como secreto de que Fermín se fijara en ella. El chico jamás había notado sus inequívocas señales, sus centros receptores estaban saturados ya con Asun. Pero ella soñaba con aquel moreno y le amaba en silencio, le amaba en el silencio y en el dolor de la renuncia.

Nunca podría saberse cuánto influyó este amor no correspondido en el establecimiento de su noviazgo

con Joaquín, pero era seguro que algo, y no poco, tenía que ver.

¿Habría dado ella su consentimiento al joven dicharachero si, este, no fuera amigo de Fermín?

Asumió inalcanzable al chico de los ojos agarenos y hubo de conformarse con su amigo.

Alentaba la esperanza de, a través de su novio, establecer una relación indirecta con el hombre de sus sueños. Aunque solo fuera de sana amistad. No pocas veces, en sus fantasías, un Fermín más maduro y, aún si cabe, más atractivo, llamaba a su puerta con la intención de compartir cerveza y fútbol televisado con Joaquín, su marido. Ella servía los botellines y, cuando los retiraba ya vacíos, se llevaba a los labios la boca de uno de ellos.

Cuando imaginaba su propia boda no pensaba en la albura del vestido ni en los fastos del acto, solo se le pasaba por la mente la presencia fuerte de un invitado, alguien que estaría allí por amigo del novio. Le veía cortando la corbata, pululando por el salón, bromeando con ellos, besándole la cara para felicitarla...

- Bueno y tú qué. ¿No tienes ningún rollete ahora?
- No. De momento no y ¿sabes? no me corre prisa. Ya he tenido bastante por lo pronto. Voy a dar tiempo al tiempo.
- Por cierto. ¿Te enteraste de lo de Jacinto, el novio de tu ex novia?
- No. No se nada de ellos. Supongo que siguen con lo suyo ¿No?
- Si pero él pilló en Madrid una enfermedad de esas que pegan las putas. ¡No veas el beato! Se enteró todo el pueblo.

- ¡No me digas! ¿y siguen con el noviazgo?
- Hombre ¡Por supuesto! ¿No te dije que ahí lo que partía el bacalao eran las plantaciones y esas cosas?
- Ya, pero tratándose de una familia tan... Tú ya me entiendes.
- Yo sí te entiendo, eres tú quien no entiende un pimiento y anda que no está claro. Como dice la copla. Poderoso es el dinero, caballero... ¿o cómo es?
- Poderoso caballero es don dinero.
- Pues eso. Ahora, que hay que leer menos y fijarse más en las cosas. Bueno, Fermín, Yo ya me voy que tengo que recoger a mi novia. Si vas a la discoteca esta tarde te la presento.
- No. No voy a ir, pero esta noche, después de cenar voy a estar aquí, en la terraza del bar tomando el fresco.
- Pues mira, a lo mejor nosotros salimos también a tomar el fresco un ratillo, pero poco porque yo mañana madrugo, no como tú. Si pasamos por aquí y estás, te la presento.
- Vale, Joaquín. Ojalá tengas más suerte de la que tuve yo y, por si acaso, te aconsejo que no te lo tomes muy a pecho. Si las cosas fallan luego se pasa mal. Te lo digo por experiencia.

En la semipenumbra de la discoteca, Isabel y Joaquín bailaban abrazados. Ella se imaginaba, con los ojos cerrados, un cabello más largo y más moreno rozando su mejilla. Era testigo un gato azul y triste hecho con notas de Roberto Carlos.

Comenzó una nueva canción, la mirada de Isabel iluminaba una insalubre mezcla de envidia, compasión, rencor e incomprensión cuando se posaba en Asun. Ahora lo estaba haciendo mientras bailaba. No sabía si la odiaba más por haber conquistado a Fermín o por haberle abandonado a cuenta del caciquillo arrogante que la abrazaba ahora con evidente falta de entusiasmo. La otra pareja ejecutaba cerca sus lentos movimientos al dictado de Al Bano. Jacinto no paraba de escrutar con ansiosa insistencia todos los espacios del austero local, por encima del hombro de su novia, sin encontrar, al parecer, el objeto de su búsqueda. Remedios tampoco estaba allí. – Qué muchacha tan rara-pensó- no va a la iglesia ni a la discoteca.- Experimentó sensaciones contradictorias. De un lado estaba defraudado a causa de no verla pero, por otra parte, se alegraba de que ella no le viera en compañía de Asun, Su novia comenzaba a convertirse en un penoso obstáculo.



A la salida de la discoteca, la costumbre festiva imponía una visita al casino, al bar o a ambos establecimientos para consumir unos aperitivos o raciones que servirían, en la mayor parte de los casos, de cena. Allí se coincidía con los padres, amigos, distintos familiares y se armaban tertulias ruidosas y gratas aromadas en vahos de fritanga. Isabel y Joaquín habían dado cuenta de unos buenos montados y de una apetitosa ración de calamares que ella apenas probó, por lo del régimen. A él se le hacía tarde. Se disponían a irse cuando llegó Fermín buscando mesa libre. Él había cenado ya, en su casa, y ahora se disponía a tomar el café comprometido con Reme.

Joaquín ofreció su mesa al amigo y, con satisfacción le presentó a su novia. Isabel hubo de realizar un gran esfuerzo para controlar y mantener oculto el temblor general que la embargaba cuando besó la cara de Fermín y, sobre todo, cuando él depositó aquellos dos ósculos que incendiaron la flor de sus mejillas. Como una res marcada siguió notando el fuego durante largo tiempo. Le propuso a su novio sentarse nuevamente, compartir con Fermín la espera de Remedios, cortesía de amigos. Mas no fue necesario, Remedios se acercaba, con su bolso de tela suspendido del hombro, la falda vaporosa cubriendo sus tobillos, la camiseta holgada, el

cabello partido por una raya al centro, descansando en la base de su cuello.

Tras las presentaciones los novios se marcharon, La urgencia de Joaquín no admitió más demoras. – A ver si alguna vez nos vemos más despacio- dijo sinceramente mientras se retiraban. – Qué bien que se lo monta.- le comentó a su novia ya fuera de la plaza. – Na menos que Remedios, la hija de don Ramón, el boticario. Ahí es nada. ¡Que tío! ¿Pero qué les dará? Y eso que me decía que no estaba enrollado- Ella guardó silencio. Tenía algo de idea, pero le habría gustado saber por experiencia todo lo que aquel hombre les daba a las mujeres.

Fermín y Remedios se instalaron en lados enfrentados de la mesa recién abandonada. Las benéficas temperaturas nocturnas hacían de aquél rincón de la placita un breve paraíso amueblado con mesas de formica. El alegre bullicio, la entrega apasionada a las conversaciones y el brillo de la noche, invitaban a prolongar indefinidamente la velada festiva y en algunos casos vacacional, a pesar de la notable incomodidad que ofrecían las sillas con sus tubos cromados, no más duros que las superficies de asiento y de respaldo, también, a juego con las mesas, de formica.

Los jóvenes dialogaban sobre sus cosas, ajenos a las miradas insistentes y a los comentarios que revoloteaban a su alrededor como bandadas de golondrinas, discurriendo muy cerca, en todas direcciones, sin llegar a rozarles. Se habían convertido en epicentro de un inevitable terremoto de cotilleos y especulaciones diversas pero no parecían darse por enterados.

Jacinto y Asunción habían ido al casino a tomar sus raciones. Era un lugar más clásico que el bar y denotaba más categoría.

- ¿Estás buscando a alguien, Jacinto?
- No. Bueno sí. Quiero ver a don Ramón, es por lo del análisis del agua ¿No lo sabes?
- El farmacéutico no suele venir por aquí, y menos por la discoteca. De todas formas puedes acercarte mañana a la botica. Si es que es eso.

El tabaquero ignoró esa alusión a la discoteca que ampliaba el ámbito de la pregunta a toda la tarde y a todos los sitios que habían recorrido. Tampoco quiso dar por escuchado el tono de su novia. Ese frío retintín de “A mí no me la das”. Siguió como si nada.

- Es que, de momento, solo quiero preguntarle una cosa y si le veo por aquí me ahorro una visita a la farmacia. Bueno, termínate eso. Vamos a pasarnos por la plaza a ver si estuviera en el bar.
- Si estuviera en el bar sería la primera vez, seguramente. Pero bueno, si quieres vamos.

Lo dijo levantándose. En el plato quedaron varios trozos de orejas a la plancha y en los vasos dos dedos de cerveza. Las cartilaginosas y crujientes delicias de gorrino merecían más aprecio.

Al entrar en la plaza, Jacinto adelantó su mirada exploratoria. Esta vez encontró lo que buscaba. Estaba allí, de frente. Se estremeció un instante, fijó la trayectoria e incrementó un poquito los ritmos de sus pasos y de su corazón.

La vio feliz. Una sonrisa plena, tan solo interrumpida por cortas y elegantes carcajadas alumbraba su cara con esa luz interna que acoge y que potencia, sin conflicto, todas las otras luces incidentes: El reflejo argentado de la luna, las pálidas farolas de las calles, las humildes bombillas con su brillo ambarino...

Se sintió cautivado.

Reme no estaba sola. Al principio creyó ver en esa cabeza que le daba la espalda una joven morena de pelo más bien corto. Cuando supo quien era se le paró la sangre. Se llenaron de odio todas las cavidades y huecos de su cuerpo. Proyectó sobre el suelo la sombra de Caín.

Asun no pudo percibir la súbita crispación de su novio. Miraba aquella mesa que era como una fuente de sonrisas y apenas si podía dar crédito a sus ojos. Se paró de repente y puso un gran empeño en que su voz brotara sosegada y serena.

- Vámonos ya, Jacinto, Aquí no está ese hombre.
- No. Quiero tomar algo. Allí, junto a su hija, hay una mesa libre

No esperó la respuesta, dio varios pasos largos y alcanzó la terraza.

- No, Jacinto. Aquí no.
- ¿Es demasiado cerca? ¿No te gustan las vistas? ¡Siéntate! Te lo ordeno.
- Si pero, por favor, habla un poco más bajo.

La voz imperativa de Jacinto alcanzó con sus ondas varias mesas. La primera la más cercana, la que ocupaba Reme con Fermín.

Miraron sorprendidos y especialmente el joven se sintió un poco incómodo. Cesaron las sonrisas.

Jacinto, despechado, se pidió un cuba libre. No podía creer que le ocurriera eso, que aquél indeseable se cruzara de nuevo en su camino. Lo de Asunción ya resultó difícil de asimilar pero esto, lo de Reme...

Que aquel muerto de hambre se hubiera adelantado, que le hubiera cortado un camino seguro. Esto ya rebasaba cualquiera de los límites.

La espuma del cubata, lejos de reducir el fuego de su cólera, le añadió efervescencia y le esparció el veneno por todas las arterias.

Tal como en una mística revelación mariana, percibió la certeza de que aquel diabólico moreno había nacido solo para hundirle la vida.

Tenía que defenderse, no podía permanecer de brazos cruzados mientras un repulsivo melencólico dinamitaba todos sus proyectos antes aún de que tomaran forma.

- Buenas noches, Remedios.

Su voz, innecesariamente alta, no ocultaba la evidente agresividad que contenía el saludo.

- Hola Jacinto, buenas noches. – Respondió la muchacha en tono neutro-

- Veo que estás bien acompañada.

- Ves bien.- Le dijo ella, ahora de modo frío, cortante y concluyente.

- Pues cuídate un poquito que las cosas no son lo que parecen. Lo digo por tu bien, tú puedes elegir mejores compañías, ese individuo es un indeseable embaucador. Si

no que le pregunten a esta desgraciada – señalaba a su novia- ¿No sabes qué le hizo? Asunción se levantó de la silla como impulsada por un resorte.

- Ya está bien. ¡Vámonos!
- ¿Tanto te duele ver a tu don Juan en compañía, para variar, de una mujer honesta? ¡Que te sientes te digo!

Y aferrando su brazo le dio un fuerte tirón que la precipitó contra la silla. El mueble, en el impacto, rebasó con largueza su precario equilibrio. Asunción cayó al suelo.

Fermín saltó a ayudarla con impulso felino. Fue un gesto irreflexivo, instintivo, automático. La tomó de la mano y, en un fugaz segundo, se encontraron sus ojos. Los de ella lloraban, los de él se perdieron en la luz de sus lágrimas.

Sintió un golpe en la espalda que le sacó del trance.

- ¡No toques a mi novia, hijo de la gran puta!

Fermín se irguió despacio, aguantó los dolores y enfrentó con el gesto sereno a su enemigo.

- ¿Qué clase de hombre eres?

Y dio un paso adelante.

Asunción terminó de incorporarse con la ayuda de Remedios y corrió a interponerse entre los dos muchachos. Iba a decirle algo a Jacinto pero, de pronto, se volvió hacia Fermín, apoyó lentamente las manos en sus hombros y dijo sin poder sostener su mirada: - No te pelees con él. No merece la pena.-

En ese momento, Remedios la tomó suavemente del brazo, aún dolorido, y la atrajo hacia sí para tratar de consolarla.

Jacinto vaciló, se sintió desorientado, ridículo y pequeño ante la determinación de aquellos ojos

oscuros que le atravesaban. Controló sus piernas que retrocedieron lentamente pero no pudo controlar la presión de la ira que acabó reventando brutalmente en su boca.

- Si quieres quédate con esa putilla ya que la has estrenado, pero no comprometas a mujeres decentes. Lo puedes pagar caro.

Lo dijo señalando, en este orden a Asunción y a Remedios. Después se marchó hacia el casino. Tenía mucha sed.

Asunción sollozaba sobre el hombro de Reme.- Qué desgraciada soy. Qué desgraciada- repetía con palabras bajas y entrecortadas. – Y tú... ¡Qué suerte tienes!-

La universitaria se hallaba conmovida, casi conmocionada. –Tranquilízate, Asun. Deja ya de llorar- y una lágrima suya cayó sobre el cabello rubio de la muchacha.

Fermín se mantenía discretamente retirado. Había vuelto a sentarse y, ahora, trataba infructuosamente de poner orden en el caótico maremagno de ideas y sentimientos que surcaban, veloces, su masa cerebral. Hubiera dado más de media vida por estar ahora mismo en el lugar de Reme para llenar de caricias aquel áureo penacho de cabellos amados que, en ese mismo instante, estaba mesando su amiga.

- ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Quieres tomarte algo con nosotros para relajarte un poco?
- No, Remedios. Te lo agradezco mucho pero no. Solo quiero irme a casa. Estoy muy

avergonzada por el espectáculo que hemos dado y deseo marcharme.

- Bien pues, si quieres, podemos acompañarte hasta la puerta de tu casa. En estas circunstancias es mejor que no vayas sola.
- No, Reme, no. También te lo agradezco, pero seguramente vosotros tendréis mejores cosas que hacer y ya bastante os hemos importunado esta noche. No entiendo lo que ha ocurrido, pero te aseguro que lo siento mucho y te ruego que nos disculpéis por las molestias que os hemos ocasionado.
- Pero mujer, tú no tienes por qué pedir disculpas a nadie, tú no has ocasionado molestia alguna.
- Gracias de nuevo, Reme. Eres una mujer maravillosa, no como yo. Tú te mereces lo mejor y lo tienes. ¡Que suerte!

Remedios no comprendió totalmente el significado de estas últimas palabras pero sí lo intuyó. Se acercó a Fermín y le comunicó su decisión de acompañar a la afligida Asun hasta su casa.

- Espérame aquí, no tardaré en volver, creo que no es conveniente dejarla marchar sola y no parece desear que vayamos con ella los dos.

Fermín afirmó con un movimiento lento de cabeza. Más que asentimiento, aquella acción gestual exteriorizaba una triste y profunda comprensión.- Cómo iba a querer ella que la acompañara- se dijo mientras Reme la tomaba del hombro.

- Vamos, Asun. Voy contigo, necesito estirar un poco las piernas.
- Pero...
- Pero vamos, mujer. ¿Acaso te incomoda mi presencia?
- No, por supuesto. Al contrario. Es que no quiero causar más molestias.
- Pues si no quieres causarme más molestias deja de poner peros y objeciones.
- De acuerdo. Venga, vamos.

La magia empática de Remedios estaba obrando efectos milagrosos en una Asunción, todavía triste y preocupada pero ya no afligida, que esbozaba un amago de sonrisa cuando inició la marcha.

- Por cierto, Asun, hoy es tu onomástica. Felicidades.
- Gracias pero ya ves como ha terminado la fiesta para mí.
- No te apures, mujer. Vendrán días mejores, ya lo verás.
- ¿Te molestaría si te hiciera una pregunta?
- No es fácil pero prueba.
- ¿Cómo le va a Fermín?
- Bueno, hace poco pasó por una crisis que... Pero ahora le va muy bien, tanto en los estudios como en el trabajo.
- ¿En el trabajo?
- Sí. Tiene un trabajillo para las horas libres y está contento con él. Le ocupa el tiempo, aprende y obtiene ciertos ingresos que tampoco le vienen mal. ¿Por qué iba a molestarte tu pregunta?
- No, por nada.

Asunción comenzó a revisar sus ideas. Llegaban ya a su casa y experimentó una fuerte necesidad de quedarse sola para recapitular, sola para pensar, sola para llorar con nuevas lágrimas.

- No sé cómo agradecerte todo esto, Remedios. Espero que seas todo lo feliz que yo hubiera sido si...
- Venga Asun, no tienes nada que agradecerme. Si quieres puedes pasarte mañana por la farmacia y charlamos un rato. Te quiero ver recuperada de este disgusto.
- Sí que me gustaría pero no sé si podré. No obstante si no es mañana será otro día, Reme, porque me reconforta hablar contigo. Claro, siempre que a ti no te moleste.
- No. Al contrario, me encantaría. Es que no tengo amigas en el pueblo, las que tuve de niña se fueron a Madrid y a Barcelona. Solo tengo a mi padre y a Fermín para hablar y, claro, no es lo mismo.

Pío y Martina ya estaban en la cama, él dormía, ella no. Tras cruzar un escueto saludo con su madre, Asunción se entregó a la soledad del cuarto, se introdujo en el lecho y dejó que fluyeran sus nuevos pensamientos.

Ahora ya estaba claro: Nada de pelanduscas, borracheras ni juergas. La droga de Fermín se llamaba Remedios, por eso había dejado de escribirla, por eso había dejado de quererla. Normal al fin. Remedios era guapa, simpática, moderna, inteligente y rica.

Sintió el descubrimiento como una nueva pérdida y una fuerte oleada de amor reactivado la alcanzo de repente.

Era amor doloroso pero de tal pureza que produjo alegría y una extraña esperanza.

Remedios era mucho, mucho mejor que ella. Fermín, su más amado, no se merecía menos. Él iba a ser feliz junto a la boticaria y esa felicidad estaba por encima de cualquier egoísmo. No obstante lloró mucho, se sintió desgraciada y se durmió rendida sin pensar en Jacinto.

La marquesina del autobús era un observatorio privilegiado para dominar, sin apenas ser visto, ciertos ángulos de la plazuela.

Jacinto llevaba casi una hora allí apostado, sentado en el banquillo, vigilando, a través de los huecos e intersticios del panel lateral, la puerta de Remedios y la contigua, la de la farmacia.

La chica no podía tardar mucho en salir a dar su paseo vespertino, todos los días lo hacía, siempre sobre esas horas.

Los escasos paisanos que transitaban el lugar, se limitaban a dirigirle un mínimo saludo desganado y rutinario. La posibilidad de que alguien pretendiera establecer conversación con él era más que remota. No gozaba de amigos ni grandes simpatías en el pueblo. Esto, consideró, no dejaba de constituir una cierta ventaja en el trance actual. Nadie le distraería de su dedicación.

Los acontecimientos de la noche pasada habían precipitado sus proyectos hacia una dirección de inciertas trayectorias. El inesperado giro que la intromisión de Fermín imprimiera a sus planes,

imponía la necesidad de actuar con rapidez, con decisión y con audacia. No quedaba más opción que ir al grano y hacerlo cuanto antes.

Cuando vio removerse la cortina, notó sus pulsaciones golpearle la sien.

Remedios, con un movimiento elegante, echó hacia un lado la pesada tela y apareció en la plaza. Pronto pasaba por la marquesina.

- Remedios ¿Me permites unas breves palabras?
- Buenas tardes, Jacinto. Si que te las permito, siempre que sean tan breves como dices.
- ¿Te puedo acompañar en el paseo?
- Preferiría que no. ¿Es eso lo que tienes que decirme?
- Va a ser solo un momento. Lo que quiero es pedirte disculpas por lo de anoche. Sé que me pasé un poco.
- Te pasaste bastante, pero no fue conmigo. Esas disculpas que me estás presentando, en realidad las debes a Fermín y, sobre todo, a tu novia.
- Bueno, precisamente de eso quería hablarte. Asun ya no es mi novia. He decidido romper mi relación.
- Pues me alegro por ella, es buena chica.
- No te burles, Remedios, esto para mí es muy serio y le he dado muchas vueltas antes de comentártelo. El gran error de mi vida se llama Asunción, el gran error de la tuya se llama Fermín. El mío ha sido breve, lo he detectado a tiempo y no ha dejado consecuencias. Ojalá tú hagas lo mismo con

el tuyo. Tú y yo tenemos más cosas en común de lo que imaginas y sería una pena que no nos diésemos una oportunidad, al menos, de descubrirlas.

- Mira, Jacinto, no sé dónde quieres ir a parar pero hay unas pocas cosas que tengo muy claras. El único error de tu vida, el más grande, el que contiene a todos los demás, se llama Jacinto Serrano. ¿Y qué te hace pensar que cuando dije alegrarme por Asun de vuestra ruptura no hablaba en serio? Por otra parte creo que, como dices, tienes que haber dado muchas vueltas para llegar a deducir que tú y yo tenemos algo en común, tantas que deberías estar mareado cuando llegaste a tal conclusión.
- Creo que aún estas influenciada por el incidente de anoche. Ya te he dicho que lo siento mucho pero me gustaría que reflexionaras un poco, serena y fríamente, sobre mis palabras. También quiero que sepas y que tengas en cuenta antes de adoptar cualquier decisión irreversible, que te admiro desde hace mucho tiempo, aunque este no haya sido el mejor momento para decírtelo.
- Me sorprendes, Jacinto. Aun no hace veinticuatro horas que has acabado una relación formal y ya quieres iniciar otra. Podría decirte que lo pensaré pero no quiero alentar falsas esperanzas. Te diré, simplemente, que no me gustan las maneras que tienes de invitar a una dama a que tome asiento.

- Yo no soy así, no me conoces, eso fue un arrebato que sufrí al ver que una mujer decente y honorable como tú se exponía al descrédito de dejarse acompañar por ese tipo. Algún día te pasará lo que a Asunción, te darás cuenta de lo que es realmente Fermín, espero por tu bien que eso no ocurra ya demasiado tarde para ti.
- Fermín es realmente una excelente persona, su grata compañía, lejos de ser un descrédito, supone un placer y un honor para quien tiene el privilegio de compartirla. De todas formas mi relación con él es solo y exclusivamente de amistad, dudo que entiendas eso pero él no influye de ninguna manera en la respuesta que te estoy dando. En cualquier caso, lo que me ocurra o me deje de ocurrir, estará siempre lejos de ser problema tuyo. Y ahora, si no te importa, voy a continuar mi solitario paseo. Has excedido con creces la brevedad anunciada al principio. Lamento tener que decírtelo así de claro pero tus caminos no siguen mis trayectos. Deseo que tengas suerte y encuentres una mujer compatible con tu forma de ser, de sentir y pensar. Yo no lo soy. Te agradecería que comprendieras el verdadero alcance de mis palabras y, en consecuencia, dejases de insistir en este asunto. Buenas tardes, Jacinto.

Y Jacinto quedó desconcertado bajo la marquesina, lo mismo que un viajero después de haber perdido el último autobús, buscando alternativas para proseguir viaje ya sin destino cierto, sin rumbo y sin billete.

No esperaba una entrega inmediata de la universitaria pero tampoco una negativa tan clara, contundente e inapelable. Él era un buen partido a fin de cuentas.

Pensó de nuevo en Asun. Se había precipitado.

- Le repito a usted, Pío, que me precipité, fue un pronto incontrolable y estoy arrepentido. Entiendo que ella, ahora, no quiera saber nada de mí pero espero que, al menos usted me comprenda, siempre me ha comprendido.
- Lo siento, Jacinto pero yo no puedo comprender, y menos aprobar un espectáculo público tan bochornoso como ese, desde hace un par de días no se habla de otra cosa y lo estamos pasando mal. A mí me gustaba menos que a nadie la relación de Asun con Fermín pero, afortunadamente pasó sin mayores consecuencias, fue cosa de críos y no había razón alguna para montar tales escenas. Desde que sois novios ella no ha pensado nada más que en ti.
- Me duele tener que decirle esto, Pío, sé que va a hacerle daño pero también sé que es la única forma para que usted comprenda mi reacción de la otra noche. Asun me confesó que no era virgen, aquella relación sí tuvo consecuencias. Por eso me ofusqué. Lo siento mucho pero, a pesar de todo, mantengo el compromiso de casarme con ella.

Pío no respondió, un huracán de sangre llenó los capilares de su cara, inclinó la cabeza y regresó a su casa, los cerezos resecos le veían pasar por el

camino agostados, dramáticos y tristes como él mismo.

- Nunca en la vida he pasado tanta vergüenza, Martina

- Cuanta desgracia, Pío. ¿Qué podemos hacer?

La cena había empezado sobre la humilde mesa. Nada rompía el silencio, salvo un lento y espaciado tintinear de cucharas que iban y regresaban de los cuencos con una escasa carga de gazpacho menos denso que la pesada atmósfera.

- He hablado con Jacinto- pronunció por fin Pío con un hilo de voz.

- ¿Has ido a hablar con él, papá?

- No. Él fue quien vino a buscarme a los cerezos. Dice que está muy arrepentido de lo de la otra noche, que quiere que las aguas regresen a su cauce, que te pide disculpas.

- Pues yo no quiero verle, ni siquiera para devolverle sus cartas y sus fotos. Te las daré a ti y, la próxima vez que vaya a buscarte, se las devuelves y...

- ¡Cállate! Conozco las razones de su enfado y te aseguro que yo, en su lugar no habría sido tan generoso. Te debe querer mucho para aceptarte a pesar de todo. Dudo que haya algún chico del pueblo que estuviera dispuesto a hacer lo mismo que él. ¡Qué vergüenza!

- No sé a que te refieres.

- Si lo sabes. No me hagas decir cosas que prefiero callar.

Asunción se levantó bruscamente, abandonó la mesa y corrió a refugiarse en la intimidad de su cuarto. Martina la siguió con el gesto abatido.

- Ya lo sabemos todo, Asunción. ¡Que desgracia!
- No sé de qué me habláis, mamá. No entiendo nada
- Todos los actos tienen consecuencias ¿Cuántas veces te lo hemos repetido? Y algunos más que otros y más graves. Debes aceptar las disculpas de Jacinto. Ya no tienes ninguna otra opción. Con el tiempo se olvidará el incidente y todo regresará a la normalidad. Si, precisamente ahora, persistes en tu ingrata actitud de rechazo, te hundirás y nos hundirás a nosotros en la deshonra. No podremos volver a caminar por el pueblo con la cabeza alta ¿Me prometes que tendrás la sensatez de, al menos considerarlo?
- No sigas, por favor. Ya lo comprendo todo. Voy a considerarlo.
- Pues ya no se hable más de estos asuntos. Vamos, vuelve a la mesa.

Asunción terminó de cenar en silencio con la cabeza baja, considerando y considerándose “estrenada”, calibrando la verdadera dimensión que aquel significado alcanzaba entre las paredes de su casa, esas paredes cuyo peso inconmensurable sentía depositado ahora íntegramente sobre los cimientos de su alma.

Aceptó recibir de nuevo a Jacinto cuando tuviera a bien venir a visitarla y se marchó a la cama.

Siguió considerando y se consideró la persona más sola de la tierra.

El recuerdo de Reme, con aquella sonrisa envolvente y benéfica la ayudó a conciliar someramente el sueño.

- Todos los actos tienen consecuencias, Pío, también los nuestros.

El hombre, atormentado, no se pudo escapar de su silencio. No había más remedio que seguir el camino, el único camino. Y confiar en Dios.

- Buenos días, don Ramón. ¿Está Remedios?
- Si, Asunción, está arriba.
- Es que quedé en venir a visitarla. ¿Podría usted decirle que bajara un momento?
- Naturalmente, chica, pero es mejor que pases y que subas tú misma. Mira, por esta puerta.

La rebotica era un lugar lleno de cajitas y frascos de diversos tamaños exquisitamente ordenados en varias estanterías, anaqueles y armarios con puertas acristaladas. También había probetas y vasos graduados, así como una báscula pequeña y otros objetos que la muchacha consideró raros y complicados. -¿Para qué servirán?- se preguntaba mientras atravesaba el enigmático recinto. En un rincón, sobre una vieja mesa de madera pulcramente barnizada, había varios libros, uno de ellos abierto.- La lámpara maravillosa- dijo leyendo de pasada y en voz alta el encabezamiento de la página expuesta. - No es el famoso cuento. Se trata de una obra de mi tocayo Valle Inclán- aclaró el boticario. -En esta silla paso buena parte del día, cuando no hay clientes o no tengo otra cosa que hacer dedico el tiempo a leer, si no se harían larguísimas las horas.

-¡Reme, tienes visita! Pasa por ahí- dijo y volvió a sus quehaceres.

- Pero si es Asunción. ¡Que alegría, muchacha! Creí que ya no ibas a venir. Sube. ¿Cómo estás? Ya mejor, me imagino.

Asunción se dejó envolver por el alivio natural que emanaba de aquella simpatía.

-Remedios- pensó –Que nombre más apropiado- Y abrió su corazón en una catarata de confidencias que arrastraron al exterior algún que otro suspiro y alguna que otra lágrima.

- Me gustaría ayudarte y dudo que te beneficie lo que te voy a revelar pero tengo que decírtelo, debes saberlo antes de reanudar tu noviazgo.
- ¿Es algo de Fermín?
- No. Es de Jacinto. La tarde posterior al incidente se me declaró y yo le rechacé de plano. Creo sinceramente que si le hubiera dado alguna esperanza no estaría pretendiendo reconciliarse contigo. Lamento haber tenido que revelarte este hecho pero lo considero imprescindible para que conozcas la verdadera causa de su “arrepentimiento” y la auténtica magnitud de su amor.
- ¿Se te declaró? Pero si tú estás con Fermín.
- Bueno él se siente superior a cualquiera, eso no le supuso inconveniente alguno. Aunque lo mío con Fermín es una simple amistad, en ningún momento nos hemos planteado otro tipo de relación. Yo de hecho hoy por hoy no tengo ningún proyecto matrimonial, ni con Fermín ni con nadie.
- ¿No estás enamorada de Fermín?
- No, mujer. Ya sé que en el pueblo no se comprende bien que un chico y una chica

puedan ser simplemente buenos amigos pero te aseguro que es así. Tenemos muchos gustos, ideas y aficiones en común, nos encanta conversar. Pero el amor es otra cosa, es algo que no se puede fabricar. Surge solo o no surge y en nuestro caso no ha surgido, o al menos no ha surgido todavía.

- Pero y él ¿Considera él de la misma forma que tú vuestra relación?
- No podría asegurarlo pero hasta ahora nada me induce a pensar lo contrario.
- ¿Te importaría hablarme un poco más de Fermín? por ejemplo cuando y cómo le conociste, sobre todo cuando, y si alguna vez te habló de mí.

Remedios hizo un breve resumen de su corta amistad con Fermín citando fechas aproximadas y otros detalles que Asunción procesaba en su cerebro sin desperdiciar nada. Las fechas rebatían sus últimas hipótesis ellos se conocieron después de que Fermín dejara de escribirla. Esto desconcertó a la joven y abrió un nuevo horizonte de especulaciones, ahora sin punto cierto de partida.

- Algo sé de vuestra pasada relación aunque, en realidad no es mucho. Fermín apenas habla de ello y, cuando lo hace es como si hablara para sí. Se pierde en recuerdos indescifrables que no llega a expresar con palabras. Te debió querer mucho y ha sufrido por vuestra ruptura. Yo diría que aún sufre. No sé lo que ocurrió pero no me lo cuentes, no deseo conocerlo. Eso es cosa vuestra y de vuestro pasado.

- Aunque quisiera no podría contártelo, lo desconozco tanto o más que tu. Solo sé que, de pronto, dejó de escribirme y ya no quiso verme más, pero ignoro por qué. Luego, enseguida vino lo de Jacinto ya conoces la historia.
- ¿Pero tú has llegado a querer a Jacinto?
- Bueno, no estoy segura, hubo momentos en que creo que sí. Pero ahora me cuesta mucho aceptar la idea de volver con él y más después de lo que me has contado.
- Yo no quiero influir en tus decisiones pero creí que debías conocer esos detalles para saber a qué atenerte con ese hombre, para que tengas todos los elementos de juicio posibles a la hora de afrontar una decisión. Una decisión que debes adoptar libremente, sin condicionamientos. Solo tú puedes decidir lo que deseas hacer.
- Mi casa y este pueblo me asfixian. Si pudiera hacer lo que realmente deseo me iría a la ciudad y buscaría trabajo, enterraría mi desgraciada vida en el asfalto y trataría de encontrar otro futuro. Pero esto no es posible.
- No hay nada imposible y, si al final optaras por esa solución, ahí si podría ayudarte. Tengo un piso compartido con varias compañeras, si decidieras irte a la ciudad, podrías vivir con nosotras y te ayudaríamos a encontrar trabajo. Pero debo advertirte que allí las cosas no son tampoco fáciles.
- ¿De verdad que lo harías?
- Puedes contar con ello. Toma, mi dirección. Esta es tu casa en la ciudad. Pero no te

precipites, yo de ti no me iría sino como último recurso.

La puerta interior de la rebotica, la que comunicaba la vivienda con el establecimiento, se abrió con su inconfundible sonido de madera vieja y muy bien cuidada. La voz del farmacéutico subió desde su quicio.

- Reme, ha venido Fermín
- Ya no me acordaba pero habíamos quedado para escuchar y comentar unas canciones. ¿Le digo que suba?

Preguntó a su nueva amiga que se quedó paralizada y se aferró a los posabrazos de la silla como si temiera la inminencia de un fuerte terremoto.

Antes de que la joven pudiera articular su vacilante respuesta, las palabras de don Ramón volvieron a ascender por escalera.

- Pero ya se ha marchado. Le he dicho que estabas con Asun y ha decidido volver en otro momento.

Asunción sintió una fuerte descarga de alivio. Recordó el paquetito de las cartas devueltas como barcos quemados, como el punto final de no retorno. Era absolutamente lógico que Fermín no quisiera coincidir con ella ni siquiera un instante, hubiera sido incómodo para ambos.

La luz de esta reflexión no alumbró, sin embargo aquella reacción decidida del joven cuando acudió en su ayuda la noche del bochorno.

- ¿Es que viene a tu casa?
- Claro, mujer. A mi padre le cae fenomenal, le encanta darle la murga con sus cosas. Fermín es de los pocos que le aguantan cuando se pone a filosofar.

- No sabes cuanto te agradezco esta conversación, Remedios, no te imaginas el bien que me ha hecho. Ahora tengo que irme pero espero, deseo y necesito que volvamos a vernos.
- Yo estaré hasta el quince de Septiembre, puedes venir siempre que lo desees o podemos quedar donde tú quieras.

Al salir, Asunción reparó en el teléfono. No llegarían a cinco los que había en el pueblo.

Fermín aguardaba en el bar. Tomaba una cerveza muy cerca de la puerta mirando con frecuencia la fachada de don Ramón a través de las tiras colgantes que, con sus alegres canutillos de plástico servían como cortina, antepuerta y espantamoscas al establecimiento, sin impedir el paso al aire ni a los escasos clientes que a esas horas acudían a tomar sus aperitivos so pretexto de abrir el apetito, como si las calores inmisericordes no justificaran suficientemente y por sí mismas esas necesidades apremiantes de regar con alquimia de cebada, rubia, abundante, fresca y espumosa, los gatzates resecos.

Cuando la vio salir la siguió con los ojos, no se perdió un segundo de toda la secuencia, su mirada morena acarició esos pasos presurosos y firmes recorriendo la acera, se meció en el discreto vaivén de sus caderas, y se enredó en el rítmico movimiento del pelo, hasta que desapareció tras de la esquina.

Entonces fue a la barra y pagó su cerveza, luego se encaminó de nuevo a la farmacia.

- ¿Y por qué no has subido?
- Cosas mías, Remedios, no podría explicarte. ¿Cómo estabais?

- Pues estábamos bien, aquí tranquilamente, conversando...
- Me refiero a la posición. ¿Qué silla ocupaba ella?

Y Fermín se acomodó en el mismo asiento. Imaginó un aroma adherido a la trama de la tapicería, deslizó sus dos manos, en máximo contacto por los apoyabrazos y rastreó un calor distinto del ambiente.

*“Dona, avui t’escric,
ara que puc encara,
potser demà
no et podré dir estimada...”*

La serena melodía de Lluís Llach iba llenando de notas melancólicas la sala. Ninguno de los dos comprendía aquellas palabras que saltaban al aire desde los múltiples agujerillos del pequeño altavoz, les atribuían bellos significados y disfrutaban del idioma universal que siempre fue la música.

Fermín sintió que aquellos acordes hacían vibrar un poco las recónditas cuerdas sensibles de su alma, tal como si estuvieran notándose aludidas, tal como si, de algún modo, pudiesen franquear los altos valladares del idioma, haciendo transparentes esos versos.

*“Mujer, hoy te escribo,
ahora que todavía puedo,
quizá mañana
no te podré decir amada...”*

Cuando Ramón cerró la farmacia para subir a comer, Fermín ya estaba a punto de marcharse, habían

hablado poco para no distraer la atención requerida por las brillantes composiciones del cantautor catalán, por entonces más melencólico aún que su atento oyente.

Don Ramón demostró un somero conocimiento de aquella lengua septentrional repitiendo los tres primeros versos de la canción que ahora ponía música de fondo a la despedida del muchacho - “Escriu-me aviat. / No tardis més, / no deixis que l’angoixa em guanyi.”- para, a continuación, traducirlos sin tener que afrontar correcciones provenientes de juicios más autorizados. – Escríbeme pronto, / no te retrases más / no dejes que la angustia me gane.-

Fermín pensó en aquellos días, aún no lejanos, en los que podría haber suscrito todas y cada una de aquellas palabras en cualquier idioma.

Sobre la mesa, junto al aparato portátil de Remedios quedaban esparcidas varias cajas con cintas de cassette, la vacía tenía una carátula de tonos amarillos y en la parte de arriba se leía “Viatge a Itaca”.



Jacinto, con ademán recogido y devoto, volvía de Comulgar. Al pasar por el banco que ocupaba Asunción con sus padres, miró desde el pasillo a la joven en busca de algún pequeño gesto de invitación que no se produjo. Una mirada de respuesta hubiera bastado, quizá, para infundirle el ánimo que le estaba faltando, pero ella mantenía la vista perdida en algún punto, probablemente no enfocado, del humilde retablo. La señal podría haber sido decisiva. Ya había recibido la luz verde de Pío. Su cofrade le había asegurado unos días antes que volvería a ser bien recibido pero él no acababa de encontrar el momento, no resultaba fácil presentarse contrito y arrepentido, deshacerse en disculpas excusas y propósitos de enmienda ante aquella mujer, para reanudar una relación que podría tener inciertas consecuencias sobre su prestigio, que hasta incluso pudiera no merecer la pena.

La belleza es efímera, le habían dicho sus padres, una cualidad indigna, por sí sola, de ser tenida en cuenta para formar familia. Descartada Remedios, consideraron seriamente a Rosario. No es que anduviera sobrada de hermosura pero tenía todo lo demás, todo lo que un hombre de la categoría de Jacinto podía necesitar para formar un hogar ejemplar. Los hombres, además, contaban con la posibilidad de desahogarse esporádicamente,

alquilando en mujeres ajenas las carencias de las propias. No era esta una práctica considerada especialmente virtuosa pero gozaba de la suficiente aceptación social y la Iglesia, tratándose de gentes principales, como era el caso, miraba discretamente hacia otro lado.

Bueno, no es que sea una modelo pero, en realidad, tampoco es fea, pensó Jacinto mientras fijaba su mirada en la muchacha que ocupaba el banco delantero, aquel que siempre usaban los Aguirre ejercitando un privilegio tácito que nadie osaría nunca cuestionar.

En los últimos días, Gertrudis no había dejado de trabajar el vulnerable cerebro de su hijo tratando de orientarle en esa dirección y, sobre todo, procurando evitar a toda costa la reconciliación con Asun. No dudaba en señalar este noviazgo como causa exclusiva del rechazo de Reme y auguraba desgracias incontables si la ceguera y la inconsciencia del joven persistían en el insensato proyecto de reanudarlo. Ahora, Jacinto digería los consejos maternos junto a la oblea recién ingerida, y aplazaba de nuevo, esta vez sine die, su anunciada visita a la casa de Pío.

Agosto descendió hacia los abismos del pasado, ese lugar inaccesible, sin direcciones, límites ni espacios, donde se van los días y los meses, donde comienzan a purificarse borrando la memoria de su paso, diluyendo adherencias de materia y recuerdos, hasta solo ser nada.

Con Septiembre llegaron unas nubes preciosas, los vaporosos cúmulos que gravitan el cielo, potenciando su azul, navegaban despacio, variando

sus formas imperceptiblemente, recompensando a sus observadores con un magno espectáculo de figuras cambiantes, caprichosas y bellas que enredaban los ojos y la imaginación.

El aire se hizo nítido, perdió temperatura y transformó en caricia su contacto. La transparencia neta de la atmósfera mostraba el esplendor de todos los colores y de todas las formas.

En aquella acuarela ya no estaba Fermín.

El joven había vuelto a su quehacer urbano sin más pena ni gloria que el intenso recuerdo de aquel leve contacto con las manos de Asun y su voz afligida - *...no merece la pena.*- ¿Qué querría decir? ¿Qué iría a ocurrir, al fin, con su noviazgo? Tal vez se reanudara o tal vez no. En cualquier caso, él no llevaba cartas para seguir jugando esa partida, ni vela en el entierro ni invitación posible de la futura boda.

Pronto se vería inmerso de nuevo en los estudios y en el gratificante trabajo de los tubos. Comenzaba una nueva singladura, esta vez larga, casi de cuatro meses, hasta volver al entrañable puerto de la placita, allá por navidades.

El quince de septiembre se fue también Remedios.

Asunción quedó inmersa en una soledad precozmente otoñal. La relación con sus padres se había tornado ocre lo mismo que las hojas de los caducifolios. Pío apenas hablaba, parecía sentirse avergonzado de ella, y Martina, la buena de Martina, repetía a menudo - ¿Qué va a ser de mi niña?- y suspiraba hondo.

Jacinto no había vuelto.

- Ya sé lo que le dije, Pío, pero compéndalo, para un hombre cabal es muy difícil tragarse ciertas cosas.
- Te comprendo, muchacho, y eso quizá sea lo que más me duele. Creo que yo mismo no habría podido obrar de otra manera. No sé en qué habré fallado, quizá fui demasiado permisivo con ella, no lo sé.
- No se atormente, Pío, usted es un hombre recto pero es muy difícil permanecer continuamente alerta frente a los cambios que nos traen estos malditos tiempos y reaccionar con acierto ante cada situación. Yo, créame, por quien más lo siento es por usted, Pío, pero debe confiar en Dios. Asun es buena chica y, de no ser por su falta, podía haberse casado con lo mejor del pueblo. Ahora tendrá que resignarse y conformarse con menos pero no dude usted de que vendrá algún muchacho honesto, de su clase, que la quiera y la acepte como es. Que Dios les ayude.
- Y que él guíe tus pasos, Jacinto. Tú y yo somos cofrades y amigos, me hubiera gustado que fuésemos algo más pero, si no es posible, no queda más que aceptar con resignación la voluntad de quien todo lo puede.

Por entonces, Jacinto andaba negociando, en nombre de su padre, la adquisición de un erial a los Aguirre. La propiedad era extensa pero de poco valor, en los dos años que llevaba expuesta a la venta no había suscitado el interés, ni tan siquiera la curiosidad, de ningún comprador potencial. La oferta de la familia

Serrano así como su pragmático y joven portador hallaron una excelente acogida en la antigua mansión, otrora noble y floreciente, ahora venida a menos pero aún impresionante y poderosa.- Donde hay siempre queda- Pensaba Jacinto acomodándose, tomando posesión del mobiliario victoriano, percibiendo el poder que emanaba de aquellas viejas piedras mezclado con la sonrisa de una joven Rosario que no desentonaba con la decoración decimonónica de su enorme morada pero que tampoco estaba tan mal, a fin de cuentas.

La muchacha era dócil y muy femenina, aunque sobradamente consciente de su alcurnia. Fiel cumplidora de los católicos preceptos y observadora estricta de las más rancias tradiciones, llevaba con soltura y elegancia su condición hidalga. No trabajaba ni pensaba hacerlo, tampoco estudiaba pero, a poco que se diera la situación propicia, mostraba, sin dejar lugar a dudas, la cabal estatura de su rango, la altivez de su estirpe y el peso de su histórico abolengo.

No. No estaba tan mal, a fin de cuentas. Y el erial, pues tampoco andaba disparejo de valor y de precio. Además, el futuro podría convertirlo en vergel. Con ayuda de Dios, naturalmente.

Al señor Aguirre le vendría muy bien el dinerillo nuevo para seguir alimentando la voracidad infinita de unas cuantas mesas de póquer, repartidas por toda la comarca. Tampoco veía mal esas miradas que cruzaban su hija y el nuevo rico. Imágenes gratas y frescas para unos ojos atestados de eriales y glorias eclipsadas.

La señora de Aguirre no opinaba. Nunca lo hacía y Rosario... Rosario no estaba nada mal.

Jacinto se había hundido en un sillón de orejas. Tres enormes sonrisas venidas de otro siglo le cayeron encima. Tardaría milenios en poder levantarse convertido en ceniza, transfigurado en polvo, en arena, en erial.

Asunción salía poco, solo lo imprescindible y, cuando lo hacía, sufría las sensaciones lacerantes de quien atravesara una selva metálica con senderos cruzados por hierros puntiagudos, cuchillas y floretes toledanos que se manifestaban en forma de miradas y palabras ocultas detrás de sus espaldas. Quizá eran percepciones subjetivas pero el dolor de las punzadas aceleraba al máximo sus pasos por la calle para volver a casa donde, por otra parte, parecía haberse instalado una nube pesada, transparente y tangible. Era un vapor alimentado con silencios amargos, con gestos de tristeza y de desesperanza, con miradas de pena y de reproche.

La muchacha sentía el efecto corrosivo de la culpa devorando su entraña pero no conseguía arrepentirse, antes al contrario, en los picos más altos de la angustia, se aferraba al recuerdo verde de su pecado y en él hallaba efectos balsámicos y dulces que apagaban el ácido de su remordimiento.

Lo que la atormentaba de forma insoportable era aquel sufrimiento infligido a sus padres. Ellos no merecían pasar por tal vergüenza. Solo por eso hubiera deseado la vuelta de Jacinto. Nada más que por eso.

Lo había pensado mucho y el día doce de Octubre decidió plantearlo de una forma directa.

Era la Virgen del Pilar, fiesta muy señalada, pero los Ledesma solo habían salido para asistir a misa, no hubo después paseo ni vermouth ni casino.

Asunción esperó a la sobremesa de la cena, hubo de realizar un gran esfuerzo para comenzar una exposición, largamente premeditada y ensayada de diversas maneras. Optó por la más simple

- Quiero irme del pueblo. Lo he hablado con Remedios, ella me ayudará a encontrar un trabajo y, mientras tanto, viviré en su casa.
- ¿Pero te has vuelto loca? ¡De ninguna manera!
- ¿Es que te has decidido a acabar con nosotros?
- No, papá. Os quiero mucho y es precisamente por eso que deseo marcharme. Ya os he hecho mucho daño. Cuando encuentre trabajo os mandaré el dinero que gane. Vendré por navidades, como Reme.
- Pero niña, lo de Reme es distinto...
- ¿Y en qué piensas trabajar? ¿En una esquina? ¿Con el bolsito? No me sorprendería. Tú en otras cosas no, pero en esas guarrerías ya tienes experiencia conocida y sobrada.
- Pío, por favor...
- ¡Tu no te mueves de aquí, niña! Al menos hasta que alcances la mayoría de edad. Luego podrás hacer lo que te plazca. Pero hasta entonces, yo te aseguro que no voy a permitirte más tonterías ni más indecencias. Y tú, Martina cállate. Esto es cosa mía. Bastante le hemos consentido ya y así nos ha ido.

Las crueles e incontroladas palabras de Pío indujeron en Asun un pequeño conato de rebelión, probablemente el primero de una vida que perdía, por momentos, importancia y sentido.

- Si crees que soy una mujer de esas que tanto le gustaban a Jacinto en Madrid, deberías estar contento por perderme de vista.
- ¡Cómo te atreves a contestarme así! ¿Se te hace poco haber perdido la honra, la vergüenza y un novio formidable, que ahora pierdes también la educación y el respeto?

Asun se derrumbó, el impulso rebelde se le disolvió en lágrimas y, con la cara oculta entre las manos, dejó salir unas palabras más, ahora muy fragmentadas por amargos sollozos y escasamente audibles.

- Sé que soy lo peor, padre, por eso quiero irme. Ya no me encuentro digna de estar en este pueblo y menos en tu casa.
- ¡Pues no te vas a ir a ningún sitio!
- Ya está bien, Pío, déjala tranquila. Y tú, vete a tu cuarto. Ahora hablaremos más serenamente.

Asunción se retiró desolada, la autoestima reptaba debajo de su sombra. No era capaz de ver ni tan solo un segundo de futuro y se metió en la cama a esperar la visita segura de su madre que traería más consejos y atenuados reproches. Ya no quedaba amor en este mundo para ella, ya no tenía nada, tan solo conservaba su miserable vida y la vida no es más que un simple recipiente. Vale lo que contiene, en este caso nada.

- ¿Qué hemos hecho, Martina, para merecer esto? ¿No hemos seguido acaso la doctrina

cristiana? ¿No la hemos educado en los principios limpios de nuestra honestidad? ¿No le hemos dado todo? Y ahora quiere irse. Encima quiere irse. ¿Pero que se ha creído que hay en esa ciudad?

- Algo hemos hecho, Pío, y tú lo sabes.
- ¡Claro que algo hemos hecho! Procurarle un futuro inmejorable, orientar su camino hacia un buen matrimonio, trazarle un porvenir que ella no merecía...
- Pecar contra el amor...
- ¿Pero qué dices? ¿Con qué sales ahora? ¿Preferirías, acaso, que se hubiera casado con ese melenudo? ¿Es que te has vuelto loca tú también?
- Sabes que se vertieron muchas calumnias sobre ese melenudo, que casi todo lo que se decía de él era mentira, por mucho que a nosotros nos conviniera en aquel momento.
- Tú lo has dicho, casi todo. No todo. De todas formas estuviste de acuerdo, ¿A qué viene ahora recordar todo esto?
- El hombre propone pero Dios dispone, y es grande necedad intentar que la propuesta humana prevalezca sobre la disposición divina.
- No te entiendo, mujer, o lo que es peor, no quiero entenderte.
- Nos equivocamos en todo y ahora lo estamos pagando. No debimos intervenir. No de aquella forma.
- Pero, mujer, merecía la pena arriesgarse. Jacinto era...

- Un putero. Un señorito rico que no hubiera llegado a casarse con Asun. ¿Es que no te has fijado esta mañana? ¿No le has visto durante la misa cómo sacaba pecho, orgulloso y feliz en el banco de los Aguirre? Ese es su sitio, Pío, ese es su sitio. Bueno ese y las juergas de riquillos las putas de Madrid, el juego y todo eso.
- No tienes razón. Estás siendo injusta. Jacinto no es de esos. Estoy seguro de que iba en serio y de no ser por...
- Hubiera sido otra cosa, Pío, no te engañes. Los ricos solo quieren a las mujeres pobres para pasar el rato, flirtear un poquito y divertirse pero, a la hora de la verdad prevalece la clase, el interés.
- ¿Tú qué sabes de eso?
- Yo sé que él cogió una enfermedad ¿O no te acuerdas? Y que trató de engañarnos a todos. Mentía con soltura, claro que, en tocante a mentiras e invenciones, poco tenemos nosotros que echar a nadie en cara.
- Cállate ya, mujer, no te permito...
- No, si ya casi he terminado. Ahora me voy a hablar un poco con la niña.
- ¡No! Ahora no. Tal como estás serías capaz de animarla a marcharse. No quiero que se hable más, por lo pronto, de este asunto. Asunción no se irá y punto. Ya se calmará todo y podremos tratar las cosas con más serenidad y con más lucidez.
- Bueno, de acuerdo, no le hablaré del tema, al menos por ahora, pero quiero advertirte de una última cosa, y que te quede clara. Si

vuelves a decirle, o tan siquiera insinuarle, que es una puta, entonces sí que se irá y yo con ella. Asun no es, no ha sido ni será nunca eso.

- Lo siento, Martina. Es posible que me haya excedido pero a veces no queda más remedio que ser duro. Quizá mi gran error haya consistido en un exceso de permisividad durante todos estos años. Un árbol pequeño se guía fácilmente pero cuando se hace adulto sus vicios son prácticamente incorregibles.
- Es posible que no me haya explicado bien pero nuestra hija no tiene vicios incorregibles, ni los tuvo de niña ni los tiene ahora.
- Lo peor que puede sucederle a un padre es no encontrar la mínima comprensión necesaria, ni siquiera en su mujer, cuando tiene que afrontar la ingrata labor de reprender y corregir a sus hijos. Estoy sorprendido y consternado. ¿Es que piensas que no quiero a la niña?
- No he dicho eso. He dicho lo que he dicho. No vuelvas a llamarla prostituta. Y no quiero repetirlo. Esas palabras pueden hacerle un daño incalculable.

No hablaron nada más. Se retiraron y permanecieron en la cama sin dormir y en silencio durante buena parte de la noche.

Pío reflexionaba. Era ingrato ser duro e inflexible pero no le quedaba otro remedio. –No queda otro remedio- cuántas veces había repetido esa frase

durante los últimos meses. Si con un mal menor se pueden evitar males mayores... ¿Cuántos males menores consumados serían necesarios para evitar quien sabe qué mal mayor en grado de potencia?

Volvió a rezar buscando el sueño, confiando encontrar en sus profundidades la respuesta de Dios.

Una respuesta que llegó, por vía inesperada, en las primeras horas de la tarde siguiente.

Por la mañana había salido Asun, lucía una expresión tranquila, casi alegre. Sin prisas, relajada, ajena a las miradas y a las habladurías, pasó por la farmacia.

Pío estaba en el campo, había comido entre la silenciosa comprensión de los cerezos y ahora se disponía penosamente a reanudar las tareas requeridas por la estación. Sus músculos notaban la carencia de sueño y sus ojeras lo proclamaban a los cuatro vientos.

Cuando vio al boticario transitar el camino dirigiéndose a él se sorprendió un poquito.

- Largo lleva esta tarde su paseo, don Ramón.
- Hola, Pío. Tú eres quien determina la distancia. Vengo exclusivamente para hablar contigo. Es importante.
- Pues usted me dirá.
- Esta mañana ha estado en la farmacia tu hija, Asunción.
- Me imagino que querría hablar por teléfono con Remedios ¿No?
- Ojalá hubiera sido eso. No. Lo que quería era una caja de somníferos, unos que son especialmente fuertes. Yo se los he negado, no se los doy a nadie sin receta y menos a una joven.

- Pero, si ella no tiene problemas con el sueño, no es como yo que mire usted la cara que tengo a consecuencia de no dormir.
- Lo que he venido a decirte, Pío, es que tienes problemas mucho más importantes que la falta de sueño. No hace falta ser un experto psicólogo para saber que pensaba hacer Asun con esas pastillas.
- ¿Qué me está usted queriendo decir?
- Ella pretendía comérselas. Todas juntas ¿Comprendes? Algo anda muy mal dentro del joven cerebro de tu hija y he creído imprescindible ponerte al corriente cuanto antes, cada minuto puede ser vital en estos casos.
- ¿Pero por qué iba a querer comer tanto somnífero?
- La falta de sueño te impide razonar con lucidez, amigo Pío. Ella quería tomarse las pastillas para dormirse mucho, para dormirse eternamente ¿Lo comprendes ahora?
- Pero usted no se las ha dado ¿No? Y ella no puede conseguirlas de ninguna manera ¿No es cierto? - Dijo Pío apresuradamente, ya visiblemente nervioso.
- El problema no está en esas pastillas, sino en la voluntad que la impulsó a buscarlas. Las píldoras son un simple medio, un medio prescindible y fácilmente sustituible por otros, incluso más eficaces y accesibles. Si ella quiere hacer lo que yo creo que quiere hacer, encontrará una forma de llevar a término su propósito. Es posible que me esté equivocando y ojalá fuera así, pero por si

acaso, yo prefiero actuar considerando las peores hipótesis.

- ¿Qué puedo hacer, don Ramón qué puedo hacer?

La angustiada pregunta no esperaba respuesta. Pío ya se dirigía presuroso hacia la mobylette, invitó al farmacéutico a subir en la escueta parte trasera del asiento. Don Ramón rechazó la propuesta mientras encendía su pipa.

- Gracias volveré andando, aún tengo mucho tiempo hasta la hora de abrir. Actúa con prudencia y que tu Dios te asista en este trance. Si necesitas algo de mí, no dudes en pedirlo.
- Yo no sé como agradecerle todo esto don Ramón. Ya lo hablaremos.

Las lágrimas resbalaban presurosas recorriendo hacia atrás las asperezas faciales de Pío mientras el ciclomotor apuraba todas las posibilidades de sus cincuenta centímetros cúbicos, parecía transitar por un espacio inmenso, casi infinito como los remordimientos de su desazonado conductor.

Fermín rememoraba las últimas palabras de Remedios, no podía ni quería quitarse esa conversación de la memoria tampoco lograba sustraerse a la avalancha de especulaciones que desbordaban su cabeza como consecuencia de las noticias que la universitaria le había revelado.

La tarde del día doce quedaron para ir al cine. De forma sorprendente e inesperada ponían una película prohibida hasta hacía poco. La proyección, sin duda, se debió a algún error. No era posible que ocurriera eso en una capital pequeña, de provincia. De hecho,

el patio de butacas solo estaba poblado por quince o veinte almas. Cuando se levantaron, al cabo de los créditos, ya no quedaban más de seis o siete, contándoles a ellos.

Luego cenaron juntos comentando el extraño celuloide del maestro Buñuel. Después, en un pequeño cafetín del centro, surgió el nombre de Asun. El muchacho creía continuar inmerso en los efluvios surrealistas de “La vía láctea” mientras escuchaba, por boca de su amiga, aquellas fascinantes y raras novedades.

- Pues desde mi casa, naturalmente. Tampoco me llama a diario, con esta solo han sido dos veces. En ambas ocasiones ha insistido en pagar los gastos de la conferencia. Mi padre la amenaza con no dejarla usar más el teléfono si vuelve a mencionar el tema de los costos y, por supuesto, no ha accedido a cobrar siquiera una peseta. ¡Faltaría más!
- La verdad es que me cuesta creerlo. ¿No será alguna broma que me quieres gastar? ¿No me estarás probando?
- Te aseguro que es cierto, Fermín, y que no me ha cogido por sorpresa, ya habíamos hablado este verano, en el pueblo, de esa posibilidad y, por otra parte, estoy segura que para ti, de serlo, esto sería una broma demasiado pesada.
- ¿Pero tú crees que encontrará trabajo? Y en tal caso ¿De qué?
- A ella le da igual cualquier cosa. Empleada de hogar, limpiar, cuidar de niños... Lo que sea. Yo lo veo factible. Pondré varios anuncios en la universidad, nos moveremos

un poco y espero que también tú colabores, digamos que, si quieres, en la sombra. Estoy casi segura de que algo encontraremos. En caso contrario, ella me dijo que solo se quedaría hasta navidades.

- ¿Y para cuando viene?
- Bueno, todavía no es seguro que vaya a venir. Tiene que consultarlo con sus padres, lógicamente, y cabe la posibilidad de que se nieguen en redondo. Si eso sucediera yo me he prestado para ayudarla a convencerlos, infundiéndoles la tranquilidad de que viene a mi casa, y de que va a contar con mi protección. Si no surgen problemas insolubles concretaremos fechas y detalles por teléfono. Tú serás el primero en enterarte.
- ¿Por qué yo?
- Bueno si no te interesa el tema...
- No he dicho que no me interese, he dicho solo ¿Por qué yo?
- Porque tú sigues enamorado de esa rubia, porque en solo unos meses te ha quitado varios años de vida, porque quién sino tú.
- Nunca te he dicho que siguiera enamorado de Asun.
- No hace ninguna falta que lo digas. Es más, si lo dijeras, tus palabras no podrían expresarlo con mayor claridad que tus miradas, tus gestos, tu silencio...
- ¿Y si ahora te dijera que de quien estoy realmente enamorado es de ti?
- Tendrías que realizar un esfuerzo titánico para reunir y concentrar toda tu escasa

capacidad de mentir. Cuando lo hubieras hecho no encontrarías bastante ni para pronunciar la primera palabra.

- Tienes razón. No se me da el teatro. Yo a ti te quiero mucho, pero de otra manera.
- De la misma manera que te quiero yo a ti.
- En cualquier caso, lo de Asunción no tiene vuelta de hoja. Ella dejó de escribirme cuando llamó a su puerta ese impresentable de Jacinto y...
- ¡Qué curioso! Ella me dijo que fuiste tú quien dejó de escribirla.
- Te puedo asegurar que no fue una sino varias, no menos de diez, mis cartas sin respuesta. Pero eso ya no importa.
- Sí que puede importar. Mira. Yo, como sabes, he sido muy discreta con lo vuestro, he hablado con los dos y apenas he preguntado nunca nada, pero en vuestra ruptura hay un enigma que está empezando a despertarme el gusanillo de la curiosidad. Lo más extraño es que creo que vosotros no sabéis más que yo sobre ese fuerte episodio de vuestra biografía.
- No existe tal enigma, Reme, es todo muy sencillo, transparente y obvio. Cuando irrumpió Jacinto en la vida de Asun yo fui, lógicamente, desplazado. No podía competir. Él es mucho más agraciado que yo, tanto económica como físicamente y, por si no bastara esto, además es un hombre de costumbres tradicionales, lo que, sin duda, le hace grato a toda la familia Ledesma.

Asunción no tenía ningún motivo para pensárselo dos veces. Ese es todo el misterio.

- Yo no estoy tan segura. Por cierto, tú apenas me has hablado nunca de Asun. Ella, en cambio, me ha preguntado en varias ocasiones por tu vida urbanita.
- Yo quería olvidarla. ¿Pero qué quería ella saber de mi existencia?
- Todo, moreno. Todo.

Cuando Pío llegó a su casa encontró calma, la calma cotidiana, la de siempre. Un estado que consideró irreal y aparente.

Martina recibió con sorpresa el prematuro regreso de su marido y se interesó inmediatamente por las causas. Él reveló en unas pocas palabras la confidencia del boticario. Inmediatamente preguntó por el paradero de Asunción.

Los dos irrumpieron en el cuarto de la joven. Parecía estar tranquila pero así como ausente. Apenas reaccionó ante la súbita intromisión de sus padres. Ni siquiera preguntó por la causa de aquella inesperada vulneración de su privacidad. Tampoco parecieron conmoverla esas caras de angustia que ahora la miraban con tanta intensidad.

Tenía entre sus manos las cartas de Jacinto, miraba de reojo las dos fotografías y dejaba escapar una especie de muecas. Parecían sonrisas pero no, no lo eran.

Devolvió a cada sobre su justo contenido y los tendió a su padre.

- Devuélveselos tú.

Pío tomó los sobres y los hizo pedazos, se le perdió una lágrima por entre los papeles mientras caían al

piso lo mismo que si fueran fragmentos de su alma. Luego miró a su hija y, con una tristeza más grande que su vida, se preguntó bajito, tal como si rezara:

- ¿Qué es lo que te hemos hecho?

Martina se acercó lentamente a la chica, se sentó junto a ella y, tomando su mano, comenzó a acariciarla con fuerte intensidad. Miraba muy adentro de sus ojos azules, sin saber qué buscaba exactamente, alguna opacidad temible, infranqueable, algún destello nítido de inminente veneno, algún inconcebible acceso a su cerebro. Pero ella bajaba la vista hasta muy lejos, donde están contenidos los fuegos del planeta, donde todo se funde, donde el inabarcable amor de las partículas va forjando los astros del remoto futuro.

Fuera tenía la tarde una leve tristeza, las hojas de los árboles se entregaban al aire para ser transportadas con suavidad al suelo. Lo hacían dócilmente, tal como si quisieran realizar ese viaje más allá de su vida, como si desearan adentrarse en la muerte, diluirse en la tierra, saldar su deuda verde y dejarse arropar por la magia de Octubre en un sueño sin límites.

Las aves migratorias volaban hacia el sur en altas y en potentes formaciones de instinto. Navegaban seguras, con el rumbo preciso que otras alas trazaron en el inmenso cielo durante muchos siglos. En sus ojos agudos ya se iba perfilando, sobre el largo horizonte, la próxima parada, el humedal manchego con sus aguas nutricias, final imprescindible de aquella dura etapa.

Las columnas de humo sobre las chimeneas pintaban largos trazos verticales y grises por encima del pueblo. Ya se habían instalado nuevamente las

estufas de hierro fundido, con sus tubos de chapa, sus codos corrugados y con sus entrañables y cálidos ambientes.

La placentera solaneta había recuperado su calidad de ágora, allí se congregaban los vecinos ociosos, contaban sus historias, comentaban las pocas novedades del pueblo y, a menudo, se las inventaban, confiriendo al lugar la innoble catadura de vulgar mentidero, semillero de chismes y altavoz de calumnias.

-¿Qué es lo que ocurre ahora?- Dijo Asunción por fin, como emergiendo de las profundidades de sí misma, como si despertara de un letargo pesado y acabara de reparar en aquellas dos presencias, en su aspecto de extrema preocupación y en la muda e intensa persistencia de sus miradas.

En la voz de la joven había mucho cansancio. Sus palabras, más que una pregunta, parecían formular un reproche menor, una pequeña queja, desganada y apática que tratara infructuosamente de flotar sobre el tedio un breve instante, para luego volver nuevamente al silencio sin obtener respuesta.

Ocurrían muchas cosas en ese “ahora” que estaba sacudiendo las neuronas de Pío con el hispido látigo de su interrogación.

El hombre no sabía qué responder. Tenía miedo. Un miedo indisoluble en la dulce analgesia de su fe religiosa, un miedo diferente al que constituía la base y el cimiento de su genuina devoción. No era el familiar temor a lo desconocido, el sempiterno recelo a lo distinto, ese sentimiento cáustico y acedo tan fácil de apagar con el fuego del odio o con la certeza litúrgica de una salvación consolidada y

enlucida en la condenación eterna de los descarriados.

Esta vez era miedo de sus propias palabras, del daño incalculable que podían desatar y que había presentido la intuición femenina de su mujer apenas veinte horas atrás.

Esta vez era un miedo inédito a sí mismo, a su inmensa ignorancia, a su crasa torpeza, a su probada capacidad para conjurar pequeños y dudosas adversidades cubriéndolas y ahogándolas en males absolutos e irreversibles.

-“Esas palabras pueden hacerle un daño incalculable”- la frase premonitoria de Martina se repetía una y otra vez en su memoria mientras su lengua permanecía amedrentada y reseca.

Pensó poner las cartas boca arriba proclamar la verdad y, con ella, su culpa, entregar las epístolas a sus destinatarios, renunciar al perdón si eso contribuía a devolver la luz de la esperanza al adorado rostro de su hija, la alegría de vivir, el color, la sonrisa. Concluyó que era tarde. El joven Álvarez ya había reorientado su camino y su correspondencia tenía otra dirección postal: la de Remedios.

No se le ocurría nada que pudiera hacer ni decir, ninguna palabra que se le antojase claramente beneficiosa o, al menos, inocua, pero tenía que arriesgarse, dar salida a aquella situación que parecía haberse atado al tiempo y comenzó a improvisar unas frases inseguras y vacilantes.

- Bueno, Asun. Tendríamos que hablar un poco más a cerca de tu viaje. Lo he pensado mejor y creo que sería posible. Pero tenemos que estudiar los detalles. Claro, tienes que

comprendernos. Tal como lo planteaste anoche, así, de sopetón pues...

- ¿Me dejarías ir, papá?
- Tal vez. Sería cuestión de hablarlo, discutir pros y contras, Saber exactamente dónde te alojarás, cómo estarás. No sé, quizá hablar también con Remedios, a ver qué dice ella. Estudiar las alternativas...
- ¿Hablarías con Remedios? ¿De verdad lo harías?
- Haríamos cualquier cosa porque fueras feliz, incluso equivocarnos. Porque, sobre todo, te queremos más que a nadie y más que a nada.

Una leve sonrisa se abrió paso en el escepticismo del joven rostro, fue apenas un atisbo, una insinuación, pero bastó para iluminar los ojos de Pío con la seguridad de que el peligro estaba aplazado momentáneamente. Decidió dejar las cosas en manos de Martina y retirarse. Era consciente de la precariedad de aquel apunte optimista y temía estropearlo.

Cuando Pío salió a la calle el sol se estaba ocultando detrás de las montañas. Una brisa fresca y agradable se empeñó en aliviar las tensiones acumuladas sobre la piel de su rostro, ese acaloramiento que había llegado a transformarse en sensación ligera de fiebre y de rubor. El aire penetró hasta el fondo de sus arrugas, se fue enredando entre las asperezas como si tratara de evaluar las deformaciones añadidas en estas últimas horas de intensa preocupación.

Pese al somero alivio de aquél aplazamiento frágil y transitorio, el hombre seguía triste y apesadumbrado.

Tenía la sensación de estar tiznado con las negras cenizas de un pecado mortal.

Entonces pensó en el sacramento de la confesión. Era el mayor obstáculo de sus prácticas religiosas, lo más desagradable. Lo hacía una vez al año, dando al precepto el mínimo, el más imprescindible y ajustado cumplimiento.

El acto solía ser breve y nada en la conversación con el sacerdote era menos predecible y rutinario que el inicial saludo de “Ave María Purísima” y su consabida respuesta: “Sin pecado concebida”.

Don Críspulo, el cura, le hacía siempre las mismas preguntas, en el mismo orden y hasta se diría que en el mismo tono, confiriendo a la entrevista la sólida estructura, fría e inalterable, de los más estrictos y solemnes rituales.

Luego de interesarse, de manera automática, por las posibles faltas de asistencia a la Iglesia en los días preceptivos, soltaba cadenciosamente una batería de preguntas centradas, de forma invariable, en las actividades sexuales del parroquiano.

¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuántas veces? ¿Con quien?...

Parecía que el pensamiento pecador, la palabra, la acción y la omisión punibles no pudieran desarrollarse fuera de los rosados y cálidos escenarios de placer que construyera Dios en el amor de la carne.

Finalizaba el acto imponiendo la exigua penitencia que siempre consistía en repetir diversas oraciones un número variable de veces, según, supuestamente, la culpa a redimir, y concedía, “In nómine Patri et Fili et Spíritu Sancti”, una absolución no menos ni más protocolaria, impersonal y automática que cualquiera de las fases precedentes del rito.

Con todo, la cosa no excedía nunca los cinco minutos, al menos en su caso, pese a que tenía que descargar los pecados de todo un año.

Nunca dejó, por cierto, de llamarle la atención el curioso hecho de que varias feligresas, practicantes casi diarias de tan íntimo sacramento, tuvieran por costumbre permanecer más de media hora reclinadas ante el confesor. –Deben pecar muchísimo, a destajo- solía pensar el hombre. – porque el tiempo que ellas necesitan para confesar los pecados de un solo día, me alcanzaría a mí para los de diez o doce años.-

Fuera de este misterio, a Pío no se le ocurría que pudiera haber formas de confesión diferentes de la muy conocida y experimentada por él mismo. No concebía, por tanto, que su oscuro pecado resultara lavable en esa absolución y descartó la idea de acudir, en tan notable destiempo, a reclinarse ante el confesionario, ese mueble negro y siniestro con rejillas tupidas y cortinillas moradas que retenía entre las vetas de su madera centenaria el eco de tantas confidencias, principalmente eróticas.

Pero consideró seriamente la posibilidad de ir a hablar con don Crispulo, a compartir con él la carga del secreto, a buscar su consejo sin duda benigno, sabio, ponderado, ecuánime y, sobre todo, cristiano. Casi sin darse cuenta, dirigió sus pasos hacia la iglesia.

Caminaba despacio, atravesando un aire espesado de dudas que no paraba de sugerirle al oído la conveniencia de volverse, de no continuar por esa dirección, de buscar otros hombros donde verter sus lágrimas.

La danza de los astros iba pintando el cielo con intensos colores. Aquel atardecer ofrecía, de forma gratuita, su grandioso e irreplicable espectáculo de luz.

Parecía que algún Dios rebosado de arte y borracho de amor, hubiera organizado esa excepcional orgía cromática solo para captar la atención del humilde y atribulado Pío, para detener sus pasos desorientados e invitarle a buscar, entre los amarillos luminosos del oeste y los malvas de oriente, un color de esperanza, un tono cálido en el que descansar su mirada, con el que iluminar su laberinto y alumbrar el camino cierto de la salida, la paz y el equilibrio cósmico de su espíritu, la verdad.

Pero Pío había visto muchos atardecidos y este estaba pasando desapercibido ante sus ojos fundidos y atrapados en las redes del gris.



VIII

Mientras se aproximaba a la iglesia, Pío cayó en la cuenta de que, al margen de la confesión, jamás había mantenido una conversación privada y personal con don Crispulo, siempre que habló con él fue para tratar algún asunto concerniente a la cofradía y, por lo general, formando parte de un grupo de personas.

El sacerdote nunca había visitado su casa. A decir verdad eran muy pocos y en extremo selectos los hogares que gozaban el privilegio de su presencia, y lo hacían a menudo, casi diariamente. Entre ellos se contaban la mansión de los Aguirre, la morada del alcalde, Gervasio y, por supuesto, la de los Serrano. Era allí donde estaba en el preciso instante en que Pío traspasaba las puertas del templo. Se lo dijo el anciano Doroteo, un sacristán eremítico que aparentaba más edad que el propio campanario donde pasaba la mayor parte del tiempo. Había pegado su vida sobre aquellas piedras, sobre las escaleras retorcidas y sobre las campanas, hasta parecer una parte inseparable del vetusto edificio.

- No tardará en venir para ir preparando la misa de las nueve. Hoy iba a merendar a casa de Serrano y cuando se enrolla hablando con Gertrudis suele retrasarse un poco más. Hay veces que llega con la hora pegada y luego tenemos que andar a la zacapella, aunque no

sé para qué tanta prisa, los días de diario no viene casi nadie y a los que vienen les da igual esperar un ratejo más o menos. Porque, ¿sabes?, a ellos les pasa lo que a mí, que ya no les espera nadie. Nadie más que el de arriba, ya me entiendes. Si le quieres dejar algún recado...

- No, Doroteo. Solo quería hablar un rato con él, pedirle consejo sobre un asunto de mi hija.
- Cuántos quebraderos de cabeza dan los hijos, eh Pío, pero quién los tuviera. Es lo peor de mi vida, no haber tenido hijos. Y lo mejor, no haber tenido mujer. Bueno pues, por donde va la mano, me parece que vas a tener que esperar hasta después de misa. Aunque ya que vienes buscando consejos, yo te puedo dar uno, si no es mucho atreverse. Mira Pío, esas cosas es mejor que no las comentes con don Crispulo, créeme. Sé de lo que hablo y también sé que no debería ser yo quien te dijera esto, pero llevo viéndote por aquí desde que eras un crío y te he tenido siempre por buena persona, vamos que te estimo y te aprecio.
- Pero hombre, Doroteo. ¿Qué puede haber de malo en contarle un problema personal al sacerdote y solicitar su orientación y su consejo?
- Si tú fueras otra persona te diría que nada. Si se tratara de otro asunto, quizá también pero tu...
- La verdad es que no te entiendo.

- ¿Sabes, Pío? Siempre te has parecido al hijo que yo hubiera deseado tener. Tú y, también... Álvarez, tu quinto.
- ¿Te pasa algo, Doroteo? Hoy te encuentro un poco raro.
- Quizá estoy demasiado hablador, sí. Pero hazme caso. Don Crispulo te va a orientar si se lo pides, por supuesto. Pero, para este viaje, te aconsejo otras brújulas. Y no te digo más, que ya he soltado la lengua en demasía. Ahora tengo que ir preparando las cosas para la misa de las nueve. Que tengas suerte, Pío. Y que te guíe Dios.

Pío miraba perplejo al anciano que ya se alejaba hacia la sacristía. Su paso era cansino, fatigoso y muy lento. Caminaba encorvado, apoyando una mano sobre la cadera, como sujetando los huesos agotados para que no se le desacoplaran y se le salieran del cuerpo.

Dolía solo verle.

Cuando cruzó el pasillo, justo enfrente del altar mayor, realizó una genuflexión trabajosa, torpe e incompleta, excesiva para su edad y sus achaques, más excesiva aún para un Dios que había descendido a la materia precisamente para eruir y ensalzar a los humildes, no para que los pobres y los desheredados se humillaran ante él.

Pero Dios practicaba milenios de silencio y, en ese largo tiempo, los hombres poderosos le habían puesto su voz, le habían reconstruido a imagen y semejanza de sí mismos, le habían afiliado a sus propios partidos, dotado de sus propias miserables ideas, de sus bajas pasiones, de sus viles deseos. Robaban y mataban en su nombre sagrado y en su

nombre mentían, esquilmban la tierra, amasaban riquezas y compraban con ellas parcelas en el cielo, latifundios eternos bendecidos por clérigos recubiertos de oro.

Cuando el viejo Doroteo desapareció tras la puerta de la sacristía, Pío comenzó a caminar.

Sus pies le dirigían a la salida como si hubieran interpretado de alguna forma autónoma las palabras del anciano, como si hubieran encontrado algo en ellas, algo que la cabeza no alcanzaba a comprender. También don Crispulo, por aquellos momentos, se disponía a abandonar la, para él siempre hospitalaria, casa de los Serrano.

Ese día había comido con los Aguirre quienes, ante una mesa bien provista, le hicieron la presentación formal de Jacinto como futuro miembro de la noble familia. Bendijo el compromiso, lo calificó de gran acierto y derramó toda clase de felicitaciones, parabienes y elogios sobre la joven e incipiente pareja. Después, al amor de la usanza y la costumbre, pasó por el casino para jugar su habitual partida de tute. Luego realizó el saludable y rutinario paseo de la tarde, siempre hasta la alameda, siempre con su breviario cerrado entre las manos.

Cuando regresaba lo hacía olfateando con la imaginación el delicioso aroma de las suculentas pastas almendradas, seguramente ya dispuestas para él, sobre la mesa de Gertrudis, junto a las tazas de porcelana fina para el café y la copilla de anís dulce, siempre tan agradable al paladar y al alma.

- Estuvieron muy ricas las pastas, como siempre, Gertrudis. Y muy interesantes las novedades, Diego. Ahora tengo que irme y

mira que lo siento, porque la verdad es que cada día me encuentro más a gusto con vosotros.

- Ya sabe usted, don Crispulo, que aquí tiene su casa. Siempre le acogeremos con los brazos abiertos y le agradeceremos, de todo corazón, los amables consejos, tan sabios y cristianos, que suele regalarnos con tanta generosidad y con tantísima bondad.
- Exageras, Gertrudis. Yo no hago otra cosa que cumplir mi sagrada obligación pastoral de orientar a los fieles, sobre todo a los fieles ejemplares como vosotros, en el correcto seguimiento del camino trazado por Dios para sus hijos y, muy especialmente para sus hijos predilectos entre los que, sin la menor sombra de duda, os encontráis . Y cuando, como en este caso, veo que mis consejos y mis sugerencias ofrecen resultados positivos, soy el primero en alegrarme y en considerar largamente recompensada mi humilde labor. Ese trabajo constante, desvelado, no siempre reconocido y a veces perseguido hasta el martirio, como bien sabéis, de pastor que apacienta y que guía el rebaño del Señor.
- Pues si usted se alegra de los resultados, imagínese nosotros.
- Me lo imagino, Diego. Me lo imagino. Y también me imagino la alegría de Dios cuando se hacen las cosas tal como Él quiere y manda.
- La verdad es que hemos pasado tiempos de preocupación y yo me he llevado algún que otro sofoco, pero esto ha hecho que nuestro

gozo sea mayor aún cuando hemos visto cómo, por fin, nuestro hijo abandonaba a esa muerta de hambre cuyo nombre no quiero ni pronunciar y se comprometía, efectivamente, como Dios quiere y manda.

- Jacinto no se merece menos, Gertrudis. Además de la respetable posición social, que le habéis dado, es un muchacho ejemplar en todo. De intachables y virtuosas costumbres, de fe y moralidad a prueba de tentaciones modernas y de ideales rectos, patrióticos y sanos. Puedo aseguraros que los Aguirre están encantados y felices con este compromiso.
- Ya hemos recibido claras pruebas de ello, don Crispulo. Los que no deben estar tan contentos son esos desgraciados de los Ledesma.-Añadió Gertrudis entre risillas maliciosas.
- Desgraciadamente, a veces resulta inevitable que algunos tengan que sufrir para que otros puedan alcanzar la felicidad que merecen. Pero eso ya es agua pasada, Gertrudis y debes olvidarlo.
- Es difícil olvidar tanta desfachatez. Es que usted no sabe cómo es esa mosquita muerta. Tenía que haberla visto cuando vino el primer día. Ya estaba disponiendo del patio como si fuera suyo. Aquí se debe estar de maravilla, bordando. Decía la muy lagarta. Y que conste que yo no tengo nada contra los pobres, al contrario, doy limosna, veo muy bien las campañas de la Iglesia y, como usted bien sabe, no escondo el hombro a la hora de

participar en ellas. Pero cuando vienen con esa insolencia, aprovechando nuestra buena fe para engañarnos. Porque usted no ignora que nos engañó, que, a su edad, no era lo que parecía y lo que debía ser una mocita.

- Está pagando por su pecado y seguirá haciéndolo, Gertrudis. Olvídate de ella. No merece la pena que dediques un solo segundo de tu precioso tiempo a pensar en esa gente.
- Sí pero cuando voy a la iglesia y veo los paños que bordó se me revuelve el cuerpo, Hasta tal punto que yo, con su permiso, voy a encargar hacer unos mucho mejores para sustituirlos.
- Bueno eso sí que puede hacerse. A partir de mañana, las labores de Asunción no saldrán nunca más de los cajones de la sacristía. En el fondo yo también creo que son indignas de estar incluso ahí, dada la evidencia de su pecado.
- Lo que habría que hacer es echarla de la iglesia. Es un mal ejemplo.
- Eso no es conveniente ni posible, Gertrudis. Debes comprender que los Ledesma también son parroquianos y que la iglesia debe acoger a todos, aunque algunos no nos gusten. Mientras tengan ideas aceptables, y Pío las tiene, no queda más remedio que acogerlos generosamente entre nosotros. Y los descarriados, como el hijo de Álvarez, se van ellos solitos. Gracias a Dios no hace falta que los echemos.
- Menudo sinvergüenza el melenudo ese. Yo creo que si termina los estudios y vuelve a

vivir en el pueblo, tendríamos que ponernos todos de acuerdo para no darle trabajo en ningún sitio y que no tuviera más remedio que largarse de aquí.

- Tienes razón, pero no te preocupes, esos pájaros siempre acaban renegando hasta del propio nido. Gracias a Dios, no creo que intente establecerse aquí. La lástima está en sus padres que son buenos parroquianos. Pero, claro, algo tienen que ver también en su educación, y yo no observo que se avergüencen de él, que lo expulsen de casa o que, al menos, traten de reprenderle.
- Aunque le advierto que aquí hay gente aún peor. ¿Qué me dice usted del boticario? Y sobre todo de su hija. Porque ahí sí que hay tela que cortar.
- Tú ni te lo imaginas, Gertrudis. Eso sí que es algo serio. Aunque yo te aseguro que ya he hecho lo que he podido al respecto. He hablado con quien tenía que hablar y he dicho lo que tenía que decir, y no pocas veces en los últimos años. Pero parece que no hay nada que hacer, que no tenemos más remedio que aguantarlos.
- Gracias a Dios que nos dimos cuenta y lo cortamos a tiempo y de raíz. Pero esa criatura de Satanás que para más inri se llama Remedios, estuvo a punto de enganchar a Jacinto. Claro, es que este chico ya de bueno que es llega a parecer tonto. La otra fue a por él con un descaro escandaloso y el niño, inocente como es, estuvo a punto de caer en sus redes.

- Por desgracia han cambiado muchas cosas, demasiadas, y no podemos cortar ciertas redes. Al menos de momento.
- Es que desde el Concilio las cosas van de mal en peor. Yo creo que el mayor error de la Iglesia, en toda su historia, ha sido el Concilio.
- Yo ahí no puedo opinar, Diego, y no voy a hacerlo, pero tú ya te puedes imaginar lo que pienso. Bueno, De verdad que lo siento pero ya si que tengo que marcharme.
- ¿Vendrá usted a comer mañana? Tenemos una sorpresa culinaria que le va a encantar.
- Mujer, siendo así no podré reprimir la curiosidad. Hasta mañana pues. Quedad con Dios.

Los Pies de Pío parecían seguir decidiendo en solitario la dirección del hombre que iba encima. Había salido de la iglesia y caminaba ahora hacia la plaza como sin proponérselo.

Cuando se cruzó con el cura le miró como quien mira a un ser inesperado. Quiso decirle algo pero no supo qué. Ni qué ni cómo y, al final, tuvo que hacer incluso algún esfuerzo para pronunciar el obligado y habitual saludo.

- Buenas noches, don Crispulo.
- Buenas nos las de Dios, Pío.

Ambos continuaron su camino sin cruzar más palabras. El cura, hacia la iglesia y Pío, que aún no sabía a donde le llevaban sus pies emancipados, hacia la plaza ya cercana.

Al percibir Doroteo la presencia de don Crispulo en la sacristía, se asomó y exploró con sus ojos cansados las naves del templo. Cuando verificó la

ausencia de Pío sonrió, se diría que aliviado, pero no se podría decir por qué.

Pío entró en la farmacia como quien entra en un templo, el templo de una religión exótica, desconocida y enigmática que no reparte obleas consagradas entre sus fieles, sino moléculas complejas encerradas en píldoras y ungüentos destinados a parchear, con pequeños, controvertidos y relativos milagrillos humanos el secreto equilibrio de la salud y de la enfermedad, dentro del gran milagro absoluto, sinalagmático, inescrutable y divino que es la vida y la muerte, su otro lado.

Don Ramón, el sumo sacerdote de aquel culto, ya estaba pensando en cerrar y se sorprendió un poco, más por la actitud de inseguridad y confusión del visitante que por su neta presencia.

En efecto. Pío se notaba desconcertado. Ignoraba qué fuerzas misteriosas y qué gravitaciones del destino le habían llevado a la botica sin el concurso cierto de su voluntad, o al menos de su voluntad consciente y controlable.

Lo cierto es que el propósito inicial de su paseo tenía que ver con la necesidad anímica, profunda y perentoria de confesar su culpa, aquella acción que ahora se le antojaba sacrílega, el intento de torcer y desviar los caminos trazados por Dios con el amor de sus hijos, y las malas artes utilizadas para ello. Cada vez temía más las consecuencias y buscaba un espíritu potente que le mostrase formas de restituir el equilibrio y la armonía, si no sobre la suya, al menos sobre la vida de su amadísima hija.

Como muchos cristianos, Pío intuía que los pecados no se pueden neutralizar sencillamente con un “Ego

te absolbo”. Que la penitencia anida, de forma inseparable en la propia infracción y que el estado de gracia solo puede alcanzarse cuanto todos los males ocasionados queden debida y plenamente resarcidos. Que Dios nunca nos juzga ni castiga. Nos juzgamos nosotros de forma inapelable. Nos castiga el efecto vil de nuestros pecados.

Lo intuía también, e incluso a veces se atrevía a insinuarlo, Martina, su mujer, que solía emplear con bastante frecuencia la conocida frase de “En el pecado lleva la penitencia”, unas palabras que gravitarían ya para siempre, por ejemplo, sobre el triste destino de Jacinto. Pero se habían vedado el paso de escalar la intuición a la categoría de creencia. Hubiera sido herético e inaceptable para su fe.

- Muy buenas noches, Pío. ¿En qué puedo ayudarte?
- Verá usted, don Ramón. Es por lo de mi hija. Al parecer, Remedios y ella tienen hablado algo relativo a que Asun vaya a pasar una temporada en la ciudad. No sé si usted está al corriente.
- Si, Pío, si que lo estoy. Y, la verdad, no me parece mala idea. En estos casos un cambio de aires puede ayudar a olvidar determinadas adversidades y a crear nuevas motivaciones que refresquen un poco la ilusión de vivir. Pero antes que nada me gustaría saber cómo está tu hija, sobre todo por lo que te comenté al medio día.
- No sabría decirle. La he encontrado extraña, como tomada por una pena sin tristeza, sin

forma de expresión. Parecía enajenada y ausente, sin embargo, al hablarle del viaje y de Remedios tuve la impresión de que le regresaba la posibilidad de la sonrisa al rostro. Pero yo sigo muy preocupado y no se me deshace el nudo del estómago, don Ramón.

- No es para menos, Pío. Pero la pequeña posibilidad, el atisbo de sonrisa que mencionas supone una esperanza valiosa, aunque me temo que no bastante para despejar totalmente los amenazantes nubarrones que suelen gravitar sobre esos enigmáticos y oscuros estados de ánimo que, además, acostumbran a ser recurrentes. Quizá resultaría de gran utilidad conocer las causas, los motivos concretos y no solo aparentes que la hicieron descender hasta tales abismos de sí misma. No es fácil, en muchos casos ni siquiera los propios afectados poseen esa información, pero creo que tiene una gran importancia para evitar futuras recaídas. Aunque lo realmente importante ahora es que salga, que emerja cuanto antes de ese estado. Yo confío en que sea o que haya sido breve el episodio. No hace muchos días que vino para hablar por teléfono con Reme, la encontré optimista, equilibrada y diría que incluso alegre.
- No hay una sola causa, don Ramón. Ha sido una larga cadena de despropósitos en la que, anoche, yo mismo, engarcé el eslabón definitivo. Me gustaría hacerlo, pero temo que si le contase a usted toda la historia

incurriría en un abuso deshonesto de la confianza que tan generosamente me ha ofrecido hoy.

- ¿Y si te pido, precisamente en nombre de esa confianza, que me cuentes tu historia por extensa que sea? Voy a cerrar, tengo toda la noche por delante y tú toda la angustia y la inquietud de un padre. No es generosidad, Pío. Es paternidad. Amo a mi hija Remedios más que a nada de este mundo y de los infinitos que pueblan el espacio. Ella ha proyectado su afecto sobre Asun y donde está su afecto también se encuentra el mío. Reme no es mi amiga pero yo soy amigo siempre de sus amigos y, cuando se enamore, si es que algún día lo hace, también mi amor de padre se extenderá a su amado.

Estas palabras, especialmente las últimas, entraron por los oídos de Pío como un trago de orujo, se posaron pesadamente en su cerebro y generaron un calor que emergió con rapidez a la piel de su cara enrojeciéndola.

Observó a don Ramón mientras cerraba el establecimiento y luego se dejó guiar hasta el salón como ganando tiempo para inventar algún pretexto verosímil que le permitiese aplazar, contra sus íntimos deseos, aquella entrevista.

Quisieron los caprichos del destino que allí ocupase Pío el sillón utilizado por su hija en el pasado verano, dispuesto, además, en el lugar y en la orientación exactas de aquéllos tórridos días.

-¿Los habrá leído todos?- se preguntó extrañado mientras recorría con la vista los estantes repletos de

libros en cantidad y variedad desconocidas para él hasta el momento.

De la sala contigua llegaban unas palabras amortiguadas por la espesa pared. Era algo así como que el boticario hablaba a su mujer sobre un aplazamiento de la cena.

Pío intentó relajarse pero no terminaba de conseguirlo, pese a la amabilidad exquisita del anfitrión que, tras servir unas copas de brandy, encendió su aromática pipa e indicó con un gesto a su invitado que podía comenzar cuando quisiera.

Pío expuso los hechos de forma vacilante, insegura y breve, apenas cuarto de hora. Esquivó el proceloso asunto de las cartas, más por guardar secreto sobre la complicidad de su amigo Marcial que por propia vergüenza. Pero tal omisión dejó una zona oscura en el relato que no pasó desapercibida ante la perspicacia del farmacéutico. La prudencia, sin embargo, y el estricto respeto, le impidieron formular comentario alguno que evidenciara la reserva de su invitado.

Acordaron la conveniencia de que Asun pasara una temporada en la ciudad y quedaron en verse el día siguiente para telefonar a Remedios a fin de ir definiendo los detalles del viaje y concretando fechas.

Se empezaba a hacer tarde, era cumplida ya la hora de la cena. Pío pensó en Martina, estaría comenzando a preocuparse, y se puso de pie muy lentamente como si un peso extraño le lastrase. Entonces vio una carta sujeta entre dos libros, tenía sello corriente pero atrapó sus ojos como lo haría una pieza de excepcional rareza con la experta

mirada de un gran coleccionista filatélico. Don Ramón le observaba con un gesto curioso.

- Es la última carta de Remedios, aún no la he guardado en su sitio. A pesar del teléfono, la chica no renuncia a la correspondencia epistolar. Es bonito.
- Es bonito- Repitió Pío como un eco que hablara para el aire inhalado en sus pulmones.
- Sí que lo es. Con el tiempo surgirán medios y formas de comunicación aún inimaginables, rápidas como el teléfono y con capacidad para transmitir todo tipo de información, fotografías, periódicos, libros, toda clase de datos, imágenes diversas, sonidos y hasta incluso olores, sabores y sensaciones varias. Pero nunca habrá nada que pueda recrear fielmente la emoción que produce recibir una carta escrita y remitida por una mano amada, con su caligrafía, con partículas microscópicas de piel y de sudor, con el aroma de sus sentimientos...

Pío volvió a sentarse, lo hizo como si le costase un gran esfuerzo, como si una senectud extrema hubiese alcanzado de pronto todas sus articulaciones. Cuando se acomodó comenzó a hablar con una voz que desmentía la aparente torpeza de sus últimos movimientos.

- No se lo he dicho todo. ¿Sería mucho abusar pedirle unos minutos más de tiempo?

Puso especial empeño en preservar la reputación de Marcial, reclamó exclusivamente para sí la responsabilidad y la culpa del hecho abominable que incluso le llevó a pervertir los más incorruptibles

principios de la amistad, forzando al pobre cartero a realizar una acción contraria a su deber y a su voluntad.

Las palabras fluyeron con rapidez y soltura, tal como si escaparan por sí solas de una opresiva y larga reclusión, y quedó todo dicho en poco tiempo.

Había sido un acto de confesión profunda con expresión de miedo y de arrepentimiento. Un sacramento laico y espontáneo que rogaba indulgencia a los dioses lejanos de aquel hombre benéfico y barbudo que ahora le miraba intenso y reflexivo tras el humo aromático de su enésima pipa.

- Lo peor de la mentira no es que posea, como suele decirse, unas patas cortas. No. Lo peor es que necesita siempre un nuevo engaño para apoyar su planta en cada paso. Algo así como las piedras que se usan para vadear ríos. Cada paso una piedra, casi siempre inestable, en cada movimiento, el riesgo cierto de caer en el agua, de resbalar, perder el equilibrio... La mentira es voraz. Necesita avanzar alimentándose de nuevas falsedades. Siempre se reproduce, siempre se multiplica. Puede ocultar a todos su verdadera naturaleza, a todos menos a su autor y portador. Se instala en su cerebro y en su espíritu como un parásito insaciable. El olvido podría borrarla del cerebro pero nunca del alma. Del alma solo puede borrarla la verdad.
- La verdad, don Ramón, la verdad. Pero ya es tarde para la verdad. Revelar el secreto haría mucho daño. Perturbaría incluso a otras personas. Por ejemplo a Remedios. Podría

afectar su relación con Fermín. La mentira hace siempre daño por donde entra, pero hace más aún por donde sale.

- Te puedo adelantar que afectaría a Remedios, pero no como piensas –añadió sonriendo- Reme se alegraría casi tanto como Asun y Fermín. La conozco tan bien que podría asegurarlo. Es más, yo la propongo como intermediaria, sugiero que sea ella quien, si así lo decides, ejerza de correo y haga llegar las cartas a sus destinatarios. En cuanto a Marcial. Nada debe turbarte. No saldrá de nosotros el secreto. Por mi parte considero su falta como un tributo amargo a la amistad, como una expresión admirable y, por supuesto disculpable, de lealtad que, a la postre, le honra.

El boticario explicó la verdadera naturaleza y las características de la amistad entre Fermín y Reme. A Pío le costaba asimilar esos conceptos pero no escatimó los esfuerzos mentales y, ayudado por la necesidad, acabó comprendiendo.

Luego escucho con atención los elogios que don Ramón dedicó a Fermín, y terminó aceptando sus propuestas.

No hubo absoluciones en este sacramento pero sí soluciones. Soluciones, al menos, en grado de potencia, de posibilidad.

Pío salió reconfortado, esperanzado y casi alegre. Recorrió a buen paso la distancia entre la farmacia y su casa. La impaciencia por hablar con Martina y con su hija, le impulsaba las piernas hasta el límite exacto entre la caminata y la carrera.

Martina estaba preocupada y nerviosa. No acababa de adivinar la intención real de aquellas últimas frases pronunciadas por su marido que, inesperadamente, sugerían una posible aceptación del viaje. Tendrían que aclararlo.

Por otra parte, Pío se estaba retrasando. Su ausencia se prolongaba de manera inquietante y ya estaba invadiendo unas horas nocturnas notoriamente infrecuentes para el hombre hogareño y poco trasnochador que él era.

La mujer pasó las últimas horas intentando establecer una conversación con su hija que había optado por salir del cuarto y refugiarse en una labor de bordado que avanzaba con suma lentitud.

Asun venía respondiendo casi todas sus preguntas con palabras escuetas, predominantemente monosilábicas y desganas mientras deslizaba la aguja sobre un paño herido de indolencia artesana, de indiferencia artística y de un ligero frío con huellas dactilares.

El hilo era dorado. Dibujaba unas alas que nunca volarían. Pudo ser una hermosa paloma de la paz pero al final sería otro Espíritu Santo destinado a un oscuro cajón de sacristía. Los pájaros de oro no son aerodinámicos, no levantan el vuelo, pesan mucho sus plumas minerales y rígidas.

- Tenemos un secreto que debes conocer, Asun. Si no te lo rebela tu padre, muy pronto lo haré yo.

Estas palabras parecieron despertar un momento la curiosidad de la chica quien, sin embargo, regresó de inmediato a su apatía.

Permanecía indiferente a los ruegos, insensible a la angustia, la tristeza y el miedo de su madre, vacía de emociones.

No era la rabieta y el enfado del niño consentido al que se le negara un capricho insensato, tampoco la impotencia, la decepción frustrante de un amargo fracaso. Era, sencillamente, desamor a sí misma.

Se sentía culpable de un pecado inconcreto pero denso y pesado como un ave de plomo.

El bolso de costado que imaginara Pío colgado de su hombro, le oprimía el corazón, y en la cortante arista de una esquina remota se le clavaba el alma sucia y envejecida, maculada de asfalto e inmundicias urbanas, mancillada de oprobio, macerada en los lúgubres ácidos corrosivos, que secan y que extinguen la raíz del amor, espesada y grasienta como la propia carne, despreciada de todos, condenada de Dios.

El ruido de la puerta se le antojó lejano, como todos los sonidos, como todas las palabras de ese largo día, cuyo inminente fin señalaba el principio de una cena sin hambre y una noche sin sueño, preludios ominosos de una nueva jornada sin ganas de vivir.

La voz de su padre le alcanzaba el cerebro como filtrada por una espesa plancha de goma espuma. Las ondas, distantes, amortiguadas, blandas y carentes de matices, se expandían entre los cálidos vapores que exhalaban tres platos de sopa con fideos aún intactos.

Martina miraba a Pío con evidente y no disimulada impaciencia, su gesto ansioso le conminaba en silencio a concluir los insustanciales preámbulos, los dubitativos rodeos y lentos circunloquios, a entrar abiertamente en la cuestión que estaba insinuando y

a que abordara de forma clara y franca la materia, que palpitaba en la sombra de sus palabras sin lograr rebasar el grado de insinuación.

Pero Pío tenía miedo. El repunte de euforia que bañó su cerebro al cabo de la última entrevista, se había congelado en la contemplación del rostro inexpresivo y ausente de su hija.

Temía que la chica hubiese perdido incluso el interés por su viaje, ese pequeño atisbo de sonrisa que prometieron sus ojos al atardecer, cuando el hombre, atribulado, salió a buscar consuelo en los bálsamos mentales de la confesión.

Veía en su tristeza demolidos los últimos vestigios de ilusión por la vida, la renuncia absoluta a cualquier experiencia, a cualquier nuevo intento de remontar el vuelo, el total abandono de cualquier esperanza, la aceptación inerme de un fatal desenlace, la espera de la nada.

Si una declaración de nuevas intenciones, esta vez favorables, positivas, benéficas; si los planes trazados del permitido viaje y las acciones prontas para desarrollarlo nunca fueran bastantes a encender la sonrisa, el brillo chispeante en los ojos de Asun ¿qué razón, qué terapia, qué remedio quedaba para el mal de su alma?

Ese temor sobrevenido, intenso y angustioso a no hallar el efecto deseado en las pócimas anímicas que tan confortado trajera de la farmacia, le hacía pronunciar palabras dilatorias, le mantenía en vuelos altos y circulares, como un ave de presa lejos de su objetivo, esperando el momento propicio del ataque, una pequeña tregua en la tristeza, un levísimo asomo de jovialidad, un ínfimo resquicio al que apuntar toda su artillería de esperanza.

En tanto, no callaba. Tenía miedo de hablar pero más de callarse, de abismarse los tres en un profundo pozo de silencio.

Carecía de valor para revelar allí mismo el secreto de las cartas y, en la posible mediación de Reme, había vislumbrado la solución idónea a tal problema. Pero, si se cumplía ese fatal augurio que estaban proclamando los ojos de su hija con el inequívoco mensaje de opacidad que emitían, si ella persistía en su afección al ensimismamiento, si permanecía vuelta hacia su interior, ajena a todo, ¿De qué forma podrían las muchachas reanudar el contacto? Le pareció probable que la joven pudiera renunciar hasta a eso, hasta a hablar con su amiga.

Recordó sus palabras y su estado de ánimo de hacía, tan solo veinticuatro horas.

¿Cómo en tan poco tiempo se habría cerrado tanto?

¿Tanta fuerza poseen las palabras de un padre para clausurar puertas? ¿Tan poca para abrirlas nuevamente a la luz?



Como los pensamientos de Pío iban discurriendo por cauces diferentes a los de sus palabras, pronto estas últimas se tornaron vagas e incongruentes igual que la temperatura de la sopa, aún intacta, que sobrevolaban.

Esto avivó la alarma de Martina que había comenzado a temer por la estabilidad mental de su marido y le miraba extrañada y activa, como esperando una pausa en tan errática verborrea para intervenir y aclarar las causas que estaban motivando tal efusión de incoherencias.

Contra todo pronóstico fue la propia Asunción quien provocó una brecha en la compacta parla de su padre.

- ¿Qué te pasa, papá?
- ¿Cómo?
- Estás desvariando. ¿Qué te pasa?

Era inquietud y miedo lo que vibraba en sus palabras, lo que la había sacado de la melancolía. Un miedo entretejido de afecto y de cariño hacia aquel hombre cuyo cerebro ahora parecía desasirse de la razón, también, seguramente, por su culpa.

El incipiente drama que anunciaban aquellos desatinos la hizo emerger del fondo de sí misma con toda la energía joven de sus sentidos.

- Me pasa- dijo Pío- que no cenas. Que se enfría la sopa y tú no cenas. Entonces no cenamos ninguno de nosotros y nos

volvemos locos, y queremos morirnos.
Morirnos sin cenar.

Las dos mujeres quedaron paralizadas y enmudecidas de perplejidad ante la inesperada y delirante respuesta que venía a confirmar sus nacientes temores y aprensiones. Se afianzó el silencio.

Pero Pío había hablado con una inteligencia más allá de su pobre, de su mortal cerebro, con el conocimiento inconsciente y salvífico que emana del amor protector de los padres. Y en aquellas palabras quedó afirmada Asun sobre la realidad exacta del momento. Ya no había goma espuma cegando sus oídos, ni penumbra en sus ojos, ni el corcho recubría la punta de sus dedos, comenzó a percibir el olor cotidiano de la sopa hogareña, manó la adrenalina de sus fuentes internas y centró plenamente su atención en el hombre. Un hombre momentáneamente desconcertado por aquella respuesta que intuyó con asombro que no había sido suya.

La mano de Martina le había aferrado, ansiosa, el antebrazo.

- Pío...
- Tranquilízate, mujer. Tranquilizaos las dos y vamos a cenar. Ahora os explico lo que tengo hablado con don Ramón.

Se soltó blandamente, con amabilidad, comenzó a trasegar cucharadas de sopa y habló serenamente mientras las dos mujeres tomaban, expectantes, sus cucharas.

- Daría cualquier cosa por desdecir lo dicho, por deshacer lo hecho en estos meses últimos y, muy especialmente, en la noche de ayer, lo del bolsito y eso. Pero el tiempo pasado es

inmutable. Si se pudiera, al menos, aislarlo en un paréntesis... Pero no. No se puede. Cabe, si, arrepentirse, pero no lamentarse. Con esas experiencias hay que abordar las cosas que podemos hacer en el presente, que debemos hacer en el futuro, que haremos, Dios mediante. Será quizá muy pronto, será quizá Remedios quien te devuelva algo que siempre ha sido tuyo, Asunción. Podrás volver entonces a seguir el camino que te señale Dios, ya con el equipaje restaurado y completo. Tendrás que perdonar, si así te lo sugiere tu amor y tu conciencia, más de lo que imaginas.

La alusión al asunto de las cartas y a su posible desenlace había quedado clara y patente para Martina, no así para Asun que no podía saber de qué hablaba su padre exactamente y temía que se tratara de un nuevo desvarío.

La sosegó, no obstante, la percepción de una serenidad creciente en el rostro materno y, acaso, cierta ojeada rápida, furtiva e inconsciente, que se cruzaron ambos progenitores, sin lograr esquivar la intercepción de su mirada atenta. Era complicidad, no cabía duda alguna.

Pío pasó a explicar su entrevista reciente. Expuso los detalles y las características de la amistad de Reme con Fermín, despejando las dudas, pero no el previsible asombro de Martina, sorprendida por una relación tan novedosa y extraña como difícil de comprender o, incluso, de creer. Solo la convencida insistencia del hombre logró, al fin, doblegar su escepticismo.

Cuando habló del muchacho, evitó proyectar cualquier insinuación directa o indirecta sobre los amoríos pasados de su hija. Era como si el chico nunca hubiera tenido nada que ver con ella y como si el futuro no pudiera torcer sus vías paralelas uniéndolas de nuevo en un solo camino.

Pero no escatimó los desmentidos y rectificaciones de viejos comentarios calumniosos. Tampoco dejó de trasladar los elogios que le había dedicado el boticario, sin omitir ponderación alguna, explayándose en ellos, incluso satinándolos de hipérboles retóricas, como para acallar el eco lacerante de las, no tan lejanas, viles maledicencias transmitidas por él y por Martina en esa misma mesa.

Fue un sentido, sincero y justo desagravio en donde no faltaron reflexiones profundas sobre el mal contagioso del prejuicio, o sobre el incendiario crimen de la calumnia.

La mente de Martina, al hilo de esto, se alejó hasta otro tiempo, hasta un lugar remoto, en el norte de África, que imaginó desierto. Y allí contempló a un joven triste y desesperado, cautivo en su uniforme varonil en exceso, de una marcialidad exagerada, absurda, rayana en lo grotesco.

Y le vio destruirse, disolverse en licores llorando como un niño. Como un niño barbudo que no quiere llorar, que intenta evaporar sus lágrimas nacientes, con un fuego suicida de alcohol abrasador, de alcohol bien destilado, cosa de hombres muy hombres, sobrados de valor y de testosterona.

Vio cómo se alejaba por aquel continente árido y miserable, y cómo soterraba debajo de la arena su amor, su vigorosa humanidad y sus recuerdos.

Millares de mentiras y cientos de banderas cegaron, al final, la fuente de su llanto. Dejó de ser el niño barbudo que lloraba. Su novia era la muerte, no Martina, y a la muerte se dio, poquito a poco.

Dicen que mató moros en la guerra del Ifni, que estuvo muy herido y apunto de morir. Herido y muerto estaba cuando se fue del pueblo, bien lo sabía ella que lloró, en gran secreto, su cadáver de cuerpo presente y caminante.

Le colgaron medallas sobre el pecho inflamado de palabras enormes, le apellidaron héroe y le dieron la blanca. Le mandaron de vuelta a su gélida casa y allí estaba María, la mártir compasiva que disputó a la muerte el amor de aquel novio. Nunca pudo ganar. Pobre María.

En el clima benéfico de aquí, de la península, patriotas de casino glosaban, incansables, la valentía sin límites de aquellos caballeros, que servían a España en la hostil ultramar, pero cuando él entraba le mostraban la espalda. Si acaso, el generoso, le invitaba a una copa para después reírse de su tosca ebriedad.

Como siempre, justo antes de que sus ojos escanciaran la primera lágrima, Martina impuso la férrea disciplina del silencio a sus pensamientos. No costó demasiado, estaba muy curtida por años de costumbre y nadie, en este mundo, podría notarle nada.

Para entonces, Pío estaba concluyendo su exposición y anunciaba ya la cita telefónica que, según lo

acordado, debía producirse en el día siguiente con Remedios.

- ¿Estás segura, hija, de que ir a la ciudad será beneficioso para ti?
- No sé, mamá. No estoy segura ya de nada.
- Pero si es que eres todavía una niña. ¿Cómo vas a buscarte un trabajo? ¿Cómo vas a valerte por ti misma entre tanta gente desconocida y extraña? ¿Cómo vas a identificar y a soslayar los incalculables peligros que te acecharán, sin duda alguna, en aquella espesura de cemento, necesidad, malicia y picaresca?
- Quizá tengas razón. Tal vez resulte un poco prematuro el viaje. Podría dejarlo para el año que viene, o para el otro. No sé. No quisiera causaros más problemas de los que os pueda haber ocasionado ya. Si que me gustaría, sin embargo, ya que papá lo ha dicho, acercarme mañana a la botica para hablar por teléfono con Reme.
- Mira. A mí se me ocurre que podrías ir con ella, solo a pasar una temporadita, si es posible. Algo así como, por ejemplo, una semana. Pero sin buscar trabajo ni nada de eso. Solo unos cuantos días que te permitirán hacerte idea de cómo es todo aquello realmente, de los pros y los contras que hallarías en una estancia más comprometida. Pienso que una semana es tiempo suficiente para eso y, además, para que te despejes y te entretengas un poco. Sería solo una especie de excursión, una sencilla visita a tu amiga en su ciudad. Por otra parte, comprometerte a

buscar trabajo, supone arriesgarte a tener que volver arrastrando el fracaso de no haberlo encontrado, y eso para ti, ahora...

- Es una buena idea, - sentenció Pío mientras bañaba a la mujer con su mirada aprobatoria, agradecida y un tanto embelesada.
- Me parece muy razonable, como todo lo que piensas y dices, mamá. A mí no se me había ocurrido esa posibilidad. Mañana lo comentaré con Reme y, si a ella le parece bien...

Cuando se retiraron a sus camas, el aire de la casa parecía más liviano, una sensación de tranquilidad y confianza recobrada hormigueaba relajante por todas las arterias de Pío y de Martina.

Ya en la secreta y tibia intimidad de la cama, el hombre revelaría a su esposa los detalles ocultos y omitidos de la entrevista con el boticario.

También Asun se fue ligeramente confortada, al amor de sus padres no lo había podido la vergüenza y seguía iluminando esos días difíciles.

Algo nuevo flotaba sobre su cabecera, algo que, en ciertos casos, pude sobrevivir a la esperanza. Era curiosidad. ¿Qué objeto misterioso tenía que darle Reme? ¿De qué hablaba su padre, qué extraña pertenencia habría de recobrar por mano de la amiga? ¿Qué habría de perdonar, a quién y cómo?

Junto a la cierta posibilidad del viaje, le fue invadiendo el alma una nueva inquietud, un temblor imprevisto conmovió su proyecto, impregnó de agridulce turbación su reposo y le aplazó tres horas la llegada del sueño. Allí estaba Fermín. Allí se encontraría nuevamente con él. Su amistad con Remedios lo haría inevitable.

- Que si, Reme, que estoy bien. No seas pesada.

Martina se esforzaba en deducir, por las palabras de Asun, la parte del diálogo vedada a sus oídos.

Sin duda, Remedios se había interesado con inesperada vehemencia por la salud o el estado de ánimo de su hija, como si conociera o intuyera los peligros que acechaban el alma de Asunción, sobre todo en los últimos días.

Esa joven universitaria tenía algo especial. Algo sutil e indefinible que también se percibía en la casa. Era como una radiación inmaterial compuesta por partículas de magnanimidad, filantropía, generosidad...

O como una materialización de conceptos benéficos y abstractos que bajo otras techumbres, altas y abovedadas, no pasaban de ser solo palabras.

- Bueno, pues hasta el sábado, Remedios.

Y Asunción colgó con extremo cuidado el teléfono, como temiendo que las entrañas mágicas del complicado objeto, estuvieran pensadas solo para las manos finas y delicadas de aquellas señoritas que salían en el cine y en la televisión, que fueran demasiado frágiles en las suyas.

El sonido característico, esa semicorchea tecnológica que emiten los teléfonos al ser colgados, pareció señalar el final de una etapa o el cierre de un paréntesis en la vida de Asun.

Insistió la mujer, inútilmente, en que don Ramón le cobrase el importe, ya fuera aproximado, de aquella conferencia.

- No me insistas, Martina. No te pienso aceptar ni una sola peseta. Mucho menos ahora que

tenéis que afrontar los gastos derivados del viaje de la chica.

- Pero es que es un abuso inaceptable de su generosidad, don Ramón.
- Generosidad, generosidad. ¿Qué piensas tú que es la generosidad?
- Pues eso. Entregar y entregar sin pedir nada a cambio.
- ¿Y quién hace tal cosa en este mundo? ¿Es gratis el amor que entregamos los padres a los hijos? No. La factura que les exigimos es que prolonguen la vida de nuestros propios genes y la transmitan, que nos immortalicen en sí mismos, que se hagan portadores de nuestros pensamientos, depositarios de nuestras fortunas en un intento último de hurtarlas a la muerte, incluso, en ciertos casos, que ellos sean lo que siempre quisimos y no pudimos ser nosotros mismos. No es baladí la cuenta. Y si ese amor no es gratis, ¿qué cosa puede serlo?
- Entonces, si no es generosidad ¿Cómo se llama esa actitud benéfica que manifiesta usted hacia nosotros? ¿De qué forma podría retribuirse?
- Egoísmo, Martina. Se llama egoísmo. Y, por supuesto, pienso cobrar una factura cara y elevada, tanto que no hay cantidad alguna de dinero que baste a satisfacerla.
- Ahora me asusta usted, don Ramón. No sé de qué está hablando.
- No te asustes, mujer. Estoy hablando de la especie más cara de este mundo. Cuanto mayor es la cantidad de dinero que se

invierte en comprarla, menor cantidad de ella se obtiene. Es la felicidad.

- Sigo sin comprenderle.
- Verás, Martina. Desde este verano, tengo dos nuevos y jóvenes amigos. Bueno quizá ellos dos no sean amigos míos, pero yo lo soy de ambos. Ellos están perdidos, como el agua de un río desviada por obras y artificios humanos, que ansía regresar nuevamente a la cuenca, al curso natural y no sabe por donde, ni cómo la pudieron arrancar de su cauce, vaga enlodada y sola por páramos hostiles y llega a desear evaporarse. Así son los amigos, los jóvenes amigos de Remedios, los míos, un campo sin sembrar, sin cultivar durante varios meses, fértil y preparado para que germine la preciosa semilla de la “especia”. Mientras Asun hablaba por teléfono con mi hija, se han ido generando unas cuantas moléculas sin masa de esa misma sustancia, tanto en este como en el otro extremo de la línea. Yo ya he cobrado un pequeño anticipo de mi parte y, cuando reciba la próxima llamada o la próxima carta de Reme, me llegará la parte que se ha formado en ella, y su felicidad, entonces, será también la mía. Habré cobrado cara la breve conferencia. Como ves, soy avaro y egoísta.
- Pero si las noticias no fueran positivas, si no se generase o, incluso se perdiese...
- No hay inversión rentable que no conlleve riesgo y solo, en cualquier caso, existe una

manera de adquirir esa especie: Sembrarla o ayudar a sembrarla en los demás.

La mujer no acababa de entender plenamente las frases convencidas de aquel hombre barbudo que hablaba como un cura sin mencionar a Dios, pero salió tranquila, con un fresco optimismo afianzado en el gesto sereno de su hija.

Con todo, y sin embargo, no pudo soslayar una reflexión honda sobre aquella parábola del río desviado.

La inesperada presencia de Remedios, sorprendió gratamente a Fermín en el preciso instante en que se despedía de Mariano. Acababa el muchacho de dar por concluida la jornada y ya se disponía a abandonar el taller de su jefe para, al fin, procurarse el descanso exigido por el día venidero de estudio y de trabajo.

La aparición de la universitaria, no entraba en los guiones de aquel jueves dieciséis de Octubre y la sorpresa puso un broche de sonrisas y amistad a la tarde.

- ¿Qué te trae al imperio de los tubos, Remedios?
- Me apetecía hablar un ratillo contigo. Es que el sábado no vamos a poder vernos como estaba previsto. Me ha surgido un compromiso especial para ese día. Por eso he pensado que hoy podíamos cenar juntos. Esta es la propuesta que trae mi embajada al señor de los tubos.

Al igual que lo hicieran otras veces, se fueron a cenar a uno de esos pequeños restaurantes del centro. El sitio estaba menos concurrido, no era

fiesta ni víspera de fiesta. Esto marcaba una notable diferencia respecto de las cenas celebradas por ellos, en otras ocasiones, sobre esa misma mesa. Pero no era la única ni la más relevante disimilitud.

Fermín sorprendió a Reme varias veces mirándole y pensando, como si hubiera algo que quisiera decirle y no supiera cómo, proyectos, confidencias o secretos que estuviera dudando si revelar o no, algo relacionado, quizá con ese compromiso especial de la chica para el próximo sábado, pero no se atrevía a preguntar por ello, a meter las narices en la vida privada de su amiga.

En efecto. La universitaria no encontraba una fórmula adecuada para informar a su amigo del acontecimiento en ciernes, del hecho singular que podía convertir el inminente sábado, dieciocho de Octubre, en una fecha histórica para Fermín y Asun. Desde la conferencia telefónica no había pensado en otra cosa. Sus amigos tendrían que reencontrarse, tendrían que aclarar los malos entendidos y, a la luz del misterio desvelado, de la verdad salvada y rescatada, no hallarían más remedio que trazar nuevos mapas, redibujar las cartas de navegación que habrían de guiarles por los días venideros.

En ese atardecer había buscado al chico para hablarle de eso y solo de eso, pero ahora no sabía cómo empezar.

Ella intuía con fuerza la presencia de algún malentendido o alguna oscura intriga elaborada por terceras personas como probable génesis de aquellos dolorosos desencuentros, pero no poseía certezas absolutas. No, al menos, todavía.

Los malos entendidos suelen alimentarse de sí mismos. A veces, cuando ya están apunto de

sucumbir ante la realidad manifestada, una sola palabra, un leve gesto les restituye todo su vigor primigenio y los hace más grandes. Más y más persistentes. Por eso vacilaba, no afrontaba el asunto, derivaba la conversación por temas y cuestiones de escasa relevancia y, en tanto, caducaba el tiempo de la cena.

- ¿Sabes algo de Asun?

La pregunta directa traspasó blandamente el aire calentado que ascendía justo encima de las tazas. El café había tomado ya su tiempo y su espacio en la recién inaugurada sobremesa.

- Sí. –contestó Remedios tras encender un cigarrillo, alargando el monosílabo y depositándolo en la primera bocanada de humo, como si deseara camuflarlo un poquito.

- ¿Cómo está?

- Debe estar preparando el equipaje.

La cara de Fermín se iluminó de pronto, trató de controlar, pero no pudo detener totalmente, el temblor de sus manos cuando encendió el cigarro. Un olor y un sabor desagradables invadieron su boca. Hubo de reprimirse conteniendo la apremiante necesidad de escupir. – Lo siento- comentó, mientras apagaba sobre el cenicero, un pitillo encendido por la parte del filtro.

- El sábado, supongo. Tu compromiso especial.

- Supones bien, Fermín. Llegará el sábado.

- Por eso has cancelado nuestra cita. Sería desagradable para ella que ese día yo estuviera también en la estación, ¿no es cierto?

- No, Fermín, no. No es cierto.
- ¿Y, al final qué ocurrió? ¿Accedieron sus padres, sin problemas, a permitir el viaje? ¿Hablaste tú con ellos?
- Bueno, modificaron algunos proyectos. Ella no viene a buscar trabajo y solo va a quedarse unos pocos días. Supongo que os veréis. Me gustaría. No es que, de pronto, me halla surgido una irresistible vocación de casamentera, no. Se trata más bien de satisfacer esa curiosidad que ya te comenté. Si tú no la dejaste de escribir, como afirmas, y ella, tal como sé, tampoco lo hizo. ¿Qué pasó realmente?
- Ya te lo dije, Reme. Es muy sencillo y pensaba que te había quedado claro. No sé de donde sacas la creencia de que ella siguió contestando mis cartas ¿Dejaré de saberlo yo, mejor que nadie? ¿O acaso es que no das crédito a mi palabra?
- No se trata de creencias, Fermín, sino de certezas. Y sí, por supuesto que doy crédito a tus palabras, de no ser así no estaría hoy contigo en esta mesa. Pero existen otras posibilidades. De ahí mi curiosidad.
- Es que yo no le veo tales complicaciones. Lo veo tan sencillo como...
- Como lo ven los ciegos. Por eso he cancelado nuestra cita del sábado. Antes que os encontréis quisiera hablar con ella de mujer a mujer, de amiga a amiga. No es fácil conseguir que se vean dos ciegos. Aunque eso, a fin de cuentas, es solo cosa vuestra,

quizá me estoy metiendo donde no me han llamado.

- *“Donde veas/ que un muro con trabajo se levanta/ para quitar al hombre frío y miedo/ acércate y coloca unos ladrillos/ calientes con el roce de tu mano”*. Son versos de Ángela Figuera Aymerich. A veces puede resultar mezquino esperar a ser llamados. Y tú, en cualquier caso, hayas sido llamada o no, al menos por mi parte eres bien recibida y estás autorizada a meterte, cuanto tengas a bien, en este asunto.
- Bueno tampoco voy a acostarme con vosotros. Pero es que creo que debéis conocer con el mayor detalle posible vuestra propia historia, despejar todas las dudas, iluminar las zonas de oscuridad que han quedado enquistadas en vuestro silencio, esclarecer, hablar y después, caminar en la dirección que os pida el cuerpo, libres ya del pesado lastre de la sospecha. Y si, en última instancia, luego de conocer estos misterios, desestimaseis la posibilidad de volver a ser lo que fuisteis, al menos podría surgir entre vosotros la chispa de la amistad, algo parecido a lo que hay entre tú y yo.
- Eso no es posible, Reme. Ocurra lo que ocurra, mi relación con Asun, al menos hoy por hoy, no admite mas que dos estados posibles: Todo o nada. De cualquier forma, Reme, será, como tú dices, la ceguera, pero yo esos enigmas los sigo viendo claros. No obstante, si se trata de despejar tus dudas,

estoy dispuesto a que nos encontremos los tres, cuando queráis.

- Veremos lo que ocurre, y será pronto. Ya sabes cuando llega y, por supuesto, si lo deseas, puedes venir conmigo a esperarla en la estación. No tienes por qué compartir ni aceptar la idea que yo tengo del reencuentro. Al cabo, es cosa vuestra.
- Lo veremos, Remedios. Lo veremos.
- *“Tú me dices a veces que me encuentras cerrada/ como de piedra dura, como envuelta en secretos/ impasible, remota... Y tú quisieras tuya/ la llave del misterio”* Alguno de estos días tendremos que hacer una lectura conjunta de Ángela Figuera Aymerich.

Pío había dedicado casi todo el día a escribir, amparado en el secreto de su habitación, aquellas tres cartas. Tres hojas de cuaderno muy bien aprovechadas, llenas por ambas caras que, tras una última lectura, merecieron su definitiva aprobación. Una era para Asun, otra para Fermín y la otra tendría, bien escrito en el sobre, el nombre de Remedios. Ninguna llevaría sello ni dirección. Pero sí, claramente consignado el remite y la firma legible del afligido autor.

Con extremo cuidado, ordenó en dos paquetes las cartas retenidas. En uno, las del chico y en otro, más pequeño, todas las de su hija. Ambos los agrupó en un solo envoltorio al que añadió las suyas. Lo cerró todo escrupulosamente para que no pudiera mostrarse o insinuarse su contenido y lo ató con una

fina cinta retorcida a modo de cuerda y en forma de cruz.

- Mañana, cuando llegues, tienes que entregar este paquete a Remedios, Asun. No se te olvide. Es importante. Se trata de algo privado y reservado exclusivamente para ella.

Repasaron varias veces los preparativos. La ropa, el dinero.

Martina pronunció consejos repetidos varias veces, instrucciones diversas y recomendaciones.

- No te olvides de comprar dos regalos. Uno para Reme y otro para traérselo a su padre. Cosas que estén bien, que sean presentables.
- Que si, mamá, que ya me lo has dicho antes, por lo menos tres veces.
- Algo que no sea demasiado caro, pero sin escatimar tampoco en exceso. Es que no sé. No se me ocurre nada. Pío, ¿Qué podría gustarle a don Ramón?
- No sé, quizá una pipa...
- Eso es. Una pipa pero con su estuche y las pinzas y esas cosas que llevan. Y a Remedios... Bueno ya le verás tú algo por los escaparates.
- ¿Y a vosotros? ¿No queréis que traiga nada para vosotros?
- De ninguna manera, Asunción. No está la cosa para más dispendios. Solo para los justos.
- Y, por supuesto, tienes que pagar a las chicas la parte que te corresponda en los gastos del piso y la comida. Si no aceptan tu aportación tienes que insistir hasta que lo hagan.

- Que sí, mamá. No seas tan pesada. Ya soy mayorcita y sé perfectamente lo que tengo que hacer.

Era entrada la noche cuando, por fin, cerraron la pequeña maleta. Luego durmieron poco. Ella por impaciencia y sus progenitores, quedaron desvelados en la preocupación.

La despedida resultó emotiva. Al pié del autobús, los abrazos, los besos y alguna que otra lágrima, sobredimensionaban la magnitud del viaje. Era como si Asun partiera hacia ultramar.

Se echó hacia atrás el pelo y, pegando la frente a la luna trasera, vio quedarse a sus padres junto a la marquesina, agitando las manos en un sentido adiós. Ella, haciendo lo propio, los percibió tan solos, que no pudo evitar saborear las sales de un par de audaces lágrimas que alcanzaron sus labios. Luego, sobre la escena, cayó súbitamente el sólido telón vertical de la esquina, en la primera curva del incipiente viaje.



Las nubes se apoyaban blandamente en las cumbres. A ratos, una lenta llovizna trazaba en las ventanas diagonales de agua, rastros zigzagueantes de gotas que buscaban el suelo prometido.

Se empañaba el cristal y Asun, de cuando en cuando, abría pequeños huecos deslizando la mano por su translucidez, para ver los paisajes otoñales del Tiétar que pronto se volvían a disolver en gris como un dibujo a lápiz recién difuminado, El velo de humedad se restauraba, sus ínfimas partículas torcían la mirada de la joven hacia ninguna parte y entonces trasladaba todo su pensamiento al tiempo y al espacio, cada vez más cercanos, del final de su viaje.

Imaginaba la ciudad como un Madrid pequeño pero sin subterráneos ni mendigos, un lugar amparado por la impronta benéfica de su amiga Remedios, carente de miradas hostiles o burlonas, limpia de habladurías y de murmuraciones. Creaba en su cerebro la imagen de unas calles asfaltadas y pulcras, y se adentraba en ellas paseando despacio, se estremecía entonces y sentía palpar el corazón con fuerza. Por esas mismas calles paseaba Fermín, estaban impregnadas con su querido aroma, conservaban el rastro de sus huellas amadas, de sus huellas perdidas. Rememoró

las cartas sin respuesta que la habían precedido por el mismo trayecto, y un ¿por qué? silencioso le subió a la garganta.

La impaciencia y el nerviosismo iban creciendo en ella paulatinamente, justo en la medida en que disminuía el valor de los números grabados sobre las piedras quilométricas. El cero señalaba el corazón de la ciudad, el punto de partida de aquella carretera. Por una paradoja imperceptible del travieso destino, se estaba aproximando, iba a llegar de forma ya inminente, a un punto de partida.

Existen angelillos compasivos que vagan libremente por el tiempo y, a veces, se conduelen de la ceguera humana. Entonces dejan marcas del futuro y siembran de milagros el presente. Pero son muy bromistas, juguetones e inquietos y gustan camuflar todos esos prodigios y sus revelaciones, en las cosas más simples, cotidianas, sencillas, comprensibles. Por eso, casi siempre, pasan inadvertidos, pese a que se producen ante nuestras narices, con todo su esplendor y su magnificencia.

Sobre el contraste con las nuevas máquinas, a Fermín le pareció aún más viejo y decrépito el conocido vehículo que estaba efectuando su arribo a la estación.

Bajo los cobertizos modernistas esperaba Remedios. Vio cómo se abrazaban las muchachas y cómo recogían la maleta para, después, tomar el autobús urbano que las alejaría de su vista. Entonces, lentamente, fue cerrando el paraguas que había contribuido a preservar su anonimato. Persistía la llovizna, pero ya no importaba. Se lo colgó del brazo y empezó a caminar.

Durante un breve instante, tuvo la sensación de que la amiga Reme había detectado su discreta presencia. Él puso ante su cara la tela chorreante, se mezcló entre la gente y aumentó la distancia de forma preventiva. Fue solo una impresión, una alarma infundada.

Caminó muy despacio hasta un bar conocido, pidió un café con leche y oyó los comentarios del joven camarero sobre las inclemencias evidentes del clima. Asintió sin mirarle, sin prestar atención.

Luego se marchó al cine, como estaba previsto que haría con Remedios. Sus ojos no lograron enfocar la pantalla, tenía en el cerebro una sola secuencia que pasaba y pasaba bordando su memoria: La muchachita rubia que iluminó la tarde, que abrió una brecha cálida de colores intensos sobre el gris ceniciento de la fría borrasca, la imagen más hermosa.

La vio bajar cien veces los peldaños gastados del antiguo autobús, abrazar a la amiga, desplegar su sonrisa por la ciudad gozosa, renovada en su sola, en su amada presencia.

El tiempo comenzaba a frenarse en su mente. No pasaban las horas, se retiró a dormir y no llegaba el sueño ni llegaba el domingo, ni llegaba el momento de encontrarse con ella.

El piso lo formaban tres amplios dormitorios, salón, cocina, baño y dos terrazas. Remedios compartía el espacio y los gastos con dos de sus mejores compañeras. Cada una tenía, como zona privada, su propio dormitorio. El resto era de uso común para las tres.

Marina y Andrea jugaban al parchís en el salón. No salieron, en parte, por lo desapacible de la tarde. Aunque en su decisión de quedarse, había influido de forma concluyente el deseo de recibir, conocer y acoger, cuanto antes, a la amiga de Reme.

Bien recibida fue y bien acogida Asun. Tras las presentaciones, le mostraron la casa.

Para dormir compartiría el cuarto de Remedios, donde se había instalado ya una cama plegable adicional. La “cama turca”, la llamaban ellas, sin saber el por qué de aquel curioso nombre.

Intercambiaron breves resúmenes autobiográficos, revelaron sus gustos y aficiones, y recibieron todas una excelente impresión inicial. Podría decirse, incluso, que surgieron indicios de amistad entre ellas. Luego trataron la cuestión de la cena.

Andrea tenía el don de la cocina y, a menudo, solía guisar para las tres. Marina y Reme colaboraban en todo lo demás con la alquimista de las cacerolas. Preparaban las cosas, recogían, fregaban...

Eran comunes tanto las tareas como las provisiones de la casa. Pero, para esa noche, Asunción y Remedios quedaron eximidas de las obligaciones culinarias. Tendrían muchas cosas privadas que contarse, confidencias y asuntos de su sola incumbencia, mientras que la recién llegada deshacía el equipaje, colocaba sus cosas y terminaba de instalarse.

Una vez en el cuarto y abierta la maleta, Asun entregó a Reme aquel paquete extraño y misterioso que le diera su padre. Parecía, tal mente, un envío postal, pensaron ambas, solo faltaban dirección y sellos. Lejos estaban ellas de imaginar los timbres de correos que había en el interior.

- ¿Qué es?
- No lo sé, Reme, puede ser un envío de tu padre. A mí me lo dio el mío para que te lo hiciera llegar. Dijo que era importante.
- Bueno, después lo abriré. Lo más importante, ahora, es que te instales con comodidad y que te sientas a gusto entre nosotras.

Cuando toda la ropa y todos los objetos personales de Asun hallaron acomodo, la chica se retiró a la intimidad del baño.

Como guiada de un presentimiento, Remedios aprovechó este momento de soledad para abrir el paquete que le mandaba Pío.

Cuando vio las tres cartas y los dos envoltorios sintió un pequeño vuelco detrás del esternón.

Allí, sobre sus manos, descansaba el misterio. Lo intuía. Lo podía sentir, cálido y palpitante, en las yemas sensibles de sus dedos.

Tomó solo la carta que llevaba su nombre, y guardó lo demás celosamente.

Todas aquellas letras estaban impregnadas de diversos esfuerzos. El de asumir la culpa y declararla, el de admitir las equivocaciones, el de solicitar ayudas y favores; el pura y netamente caligráfico, para que se entendieran con claridad los trazos, rudos y vacilantes de sus manos callosas.

Pío explicaba a Reme todo lo acontecido, le rogaba que obrase de la mejor manera para que los envíos llegaran a las manos de sus destinatarios; le hablaba de su padre, el boticario, por cuya sugerencia le había confiado tan singular encargo y, luego, agradecía, de una forma sentida, las cosas impagables que realizaban ambos por él, por su

mujer y por su hija, sin que hubiese mediado obligación alguna.

Cuando volvió a entrar Asun, lo había guardado todo y meditaba.

Estuvo barajando diversas posibilidades de realizar la entrega. Podría concertar un encuentro entre los tres y darles los paquetes simultáneamente. Pese a lo mucho que le habría gustado presenciar las primeras reacciones de la pareja expuesta a tal revelación, no tardó en descartar esta forma directa de cumplir el encargo. Ellos tendrían que recibir las cartas por separado, como hubiera ocurrido de no sufrir la conocida interceptación, y leerlas en soledad, sin testigos incómodos que pudieran conculcar, con su sola presencia, la libre y necesaria efusión de los sentimientos, reprimir su expresión y constreñirla.

Después pensó llamar a Fermín, informarle, encontrarse un momento, y entregarle el paquete sin que lo viera Asun. Luego se decidió por abordar el tema, en esa misma noche, con la chica y luego por no hacerlo.

-La cena está servida. Cuando gusten ustedes pueden acomodarse en torno de la mesa, señoritas-
Anunciaba Marina con un tono bromista.

Remedios resolvió posponer su decisión y no mostrar, al menos esa noche, indicio alguno del feliz secreto. Esperaría una idea, una ocasión propicia, tal vez el día siguiente, no más tarde.

Tras una cena alegre pero breve, rayana en lo frugal, recogieron la mesa, fregaron los cacharros y aceptaron con ganas la propuesta de Andrea de salir a tomar un café por el centro.

Había dejado de llover. La noche era serena y las calles estaban concurridas pero quedaba mucha

humedad en el aire, y una temperatura precursora del ya cercano invierno, hacía más agradables y más acogedoras las cálidas y numerosas cafeterías que venían alegrando las veladas urbanas con sus luces, su música y su bullicio de vitalidad juvenil.

La cueva de los juglares era un local, en pleno casco histórico, frecuentado por universitarios, artistas y bohemios, que ponía casi siempre música de cantautores y que, de cuando en cuando, ofrecía a sus clientes alguna actuación en vivo y en directo. A Reme le encantaba y solía visitarlo. Aquel era, sin duda, el lugar preferido para sus largas charlas con Fermín.

Cuando lo propuso como destino preferente de la excursión nocturna no encontró discrepancias y, pronto, se encontraron sentadas alrededor de una mesa, envueltas en los cálidos vapores de unas consumiciones que pagaron a escote.

Asunción no dejaba de mover su mirada nerviosa de un lado para otro. Deseaba y temía que la probable aparición de Fermín se produjera en cualquier momento. Tomada de tal obsesión y quizá sin darse plena cuenta del hecho, dejó escapar despacio la pregunta que estaba presionando sus telas y entretelas de envolver pensamientos

- ¿Suele venir Fermín por este sitio?
- Vaya. ¿También tú conoces a Fermín?
- Claro, Marina. Son del mismo pueblo.
- Es cierto. Perdona, Andrea, Ha sido un lapsus. De todas formas no sé qué tendrá ese pueblo que solo produce gente maja. ¿Será, tal vez, el agua?
- Bueno, Andrea. Hay de todo.

- Doy fe de que hay de todo. En cuanto a tu pregunta, sí que suele. Solemos visitar este sitio con bastante frecuencia, él y yo. No son pocas las horas de palique y de cháchara que tenemos pasadas en esta misma mesa.

Y la mesa mostró dimensiones distintas a los ojos de Asun, mientras por sus oídos, embaladas en música de excepcional belleza, penetraban las letras, apenas comprensibles para ella, de un cantautor cubano que hablaba de una dama con sombrero, y algo así como un cuadro del anciano Chagall.

*“Que me tenga cuidado el amor,
que le puedo cantar su canción”*

- Silvio Rodríguez. Es Silvio Rodríguez. Esa canción es nueva ¿Te gusta?
- Bueno. No sé muy bien lo que quiere decir, pero me encanta cómo lo dice. Me llega a emocionar. Nunca he escuchado nada semejante por la radio y tampoco lo he visto en la televisión.

Remedios sonreía.

- Estas cosas no salen, no. No salen estas cosas, pero ya irán saliendo poco a poco. Comienzan a soplarle las brisas favorables.
- Desde luego Remedios. Cualquiera de estos días te vas a quedar frita por una sobredosis de optimismo. Pero mujer, ¿En qué planeta vives?
- Bueno, si me quedo frita no dejes de sazónarme bien, Andrea, tú que tienes buena mano para la cocina. Y, por supuesto. Ha de ser con aceite de oliva. Nada de sucedáneos, grasas de misteriosa procedencia o mantequillas.

- Y lo mejor es que te librarías de fregar la sartén.- Puntualizó Marina.
- ¿Veis como todo tiene sus ventajas, sea como sea el planeta que habitamos, amigas?

Cantaba ahora Massiel inundando el ambiente con palabras extrañas, inesperadas en la eurovisiva triunfadora incluso para Reme, que no dejó de sorprenderse al escuchar los versos de Bertold Brecht, brotando de los baffles con las voces enérgicas de la diva catódica.

*“Los locos proyectos
de los potentados
se oponen, en vano,
al tiempo que va”*

Tras un rato de amena y divertida charla, rozando el filo de la media noche, las muchachas volvieron a su piso.

Ya fuera del local, atravesaron varias proposiciones lógicas, pero poco oportunas, que salían a su paso como ardientes pavesas proyectadas por brasas juveniles, con la vivacidad que da la sangre nueva, pletórica de oxígeno y deseo. Con gracia diplomática o con indiferencia, según la circunstancia, las fueron sorteando, y pronto descansaron en el recogimiento de sus habitaciones. Esa noche, Fermín no pasó por la cueva de los juglares.

Cada una en su cama, Remedios y Asunción siguieron conversando hasta que vino el sueño, más tarde que temprano, más por necesidad que por deseo.

- Si hubiera entrado Fermín en la cafetería ¿Cómo piensas que habría reaccionado al verte?
- Seguro que, si entra y me ve, se da la vuelta y se va. O se queda en la barra, o se busca una mesa retirada.
- ¿Por qué, mujer? ¿Crees que te tiene miedo?
- No, miedo no. No es miedo.
- ¿Cómo puedes estar tan segura de...
- Le devolví sus cartas. Ni siquiera tuve valor para hacerlo en persona. Se las mandé por correo y, cuando se devuelven las cosas ya no hay nada que hacer.
- Bueno pues yo estoy segura de que se habría venido a sentar con nosotras, y se habría sorprendido y alegrado de verte, y te habría saludado, y habría intentado conversar contigo, y...
- Y le habría resultado tremendamente incómodo, y habría sido imposible, y habría sido una de tus sobredosis de optimismo, y habría sido vivir en otro planeta si hubiera sido todo como tú lo imaginas.
- Entonces, si él te propusiera volver, tú...
- Yo no tengo la suerte de experimentar sobredosis alguna de optimismo. No puedo imaginar que eso suceda.
- Supongo que tampoco puedes imaginarte a ti misma dando un primer paso de acercamiento hacia él.
- Todavía le amo demasiado como para hacer tal cosa. Eso sería como ofrecerle lo que otro no ha querido, las sobras, lo peor. Por otra parte, fue él quien dejó de escribirme, quien

se alejó de mí. Entonces tendría sus razones, ahora quizá las mantenga. Además si lo hiciera, interpretaría que solo recurro a él por no haber podido retener a Jacinto. Y, en cierto modo, no iría descaminado. Si Jacinto hubiera vuelto, yo no estaría aquí ahora.

- Y si yo te dijera que él no interrumpió vuestra correspondencia.
- Bueno, si no me crees...
- Eso mismo me dijo él. Bueno eso o algo parecido, algo así como: “¿O acaso es que no das crédito a mi palabra?”
- Entonces ya me dirás.
- Ya te diré, Asunción. Ya te diré. De momento te digo que debemos dormirnos. Mañana por la mañana, si te parece bien, podemos dar una vuelta por la ciudad para que veas las cosas más destacables y tengas una idea de cómo es el medio en el que vas a moverte estos días. A partir del lunes volvemos a la rutina universitaria y vas a tener que permanecer sola la mayor parte del tiempo, a no ser, claro está, que consigas mejores compañías. Por la tarde, a primera hora, quiero tomar un cafetillo breve con Fermín. Luego vuelvo contigo y, si te apetece, podemos ir al cine, por ejemplo.
- ¿Mañana vas a verle?
- Sí, pero solo un rato. El tiempo justo de tomar un café. La verdad es que me habría gustado que comiésemos juntos, los tres, como buenos amigos, en un pequeño restaurante del centro que él y yo frecuentamos, pero dadas las firmes

convicciones que tenéis... No sé. De todas formas, si te animas... Quedan abiertas todas las posibilidades. Mañana lo hablaremos.

- No. Por favor. No le digas a Fermín que estoy aquí. No sé qué va a pensar.
- No hace falta que se lo diga. Él te ha visto llegar. Mañana hablamos.

Apagaron la luz y Reme se dio al sueño, pero sus enigmáticas palabras aplazaron un poco el descanso de Asun y compitieron con la fatiga y las excesivas horas de vigilia que, al final, acabaron venciendo la batalla y enviando a la joven a las profundidades del reino de Morfeo sin que hubiera logrado deducir ningún significado claro de aquellas frases.

Una límpida atmósfera recibió la alborada del domingo. Las nubes, muy escasas ya, y dispersas, seguían retirándose hacia el este, en busca del origen de la luz emergente que crecía, por momentos, en todo el horizonte de su rumbo. Pintaba una mañana inmejorable para la estación. Pese a ello la ciudad se resistía a despertar. Era fiesta y habría de penetrar el sol por las ventanas para que el movimiento retomara las calles y las plazas. Pocos eran, por tanto, los atrevidos madrugadores que exponían sus pieles al impacto directo y vivificante de los primeros rayos del astro rey. Entre ellos no estaba ninguna de las chicas.

Serían los del cenit los primeros que vieran, siguiendo sus costumbres dominicales, tanto Marina como Andrea. Remedios, sin embargo, se despertaba siempre a la misma hora, aunque los días de fiesta, se daba media vuelta, y dejaba pasar un rato largo,

de ocioso y placentero duermevela, entre sábana y sábana.

Por la ocasión redujo parcialmente la prórroga y a eso de las nueve ya estaba levantada. Subió con mucho tiento la persiana para no despertar bruscamente a su amiga. Cuidado innecesario, porque Asunción tenía los ojos entreabiertos y seguía, sonriente, sus lentas maniobras.

Aún no serían las diez cuando las dos entraban en un pequeño cafetín del centro para desayunar y hacer acopio de algunas calorías que gastarían luego recorriendo las calles, igual que los turistas pero sin artificios fotográficos.

- No sé si lo soñé o si, ciertamente, tú me dijiste anoche que él sabe que he venido.
- Yo misma le informé, le anuncié tu llegada. Fue en este mismo sitio, el jueves por la noche. Tomábamos café, justo en aquella mesa.

Lo dijo señalando y, tras su dedo, también aquel local se transformó a los ojos de Asunción.

Insistieron las dos en abonar la cuenta y, al final, acordaron pagarlo todo a medias.

La ciudad, en efecto, como había imaginado, era una especie de Madrid pequeño, con estatuas pequeñas, con jardines pequeños, pero más abarcable, más humano. A mitad de camino entre la gran metrópoli y el bucólico pueblo, más cerca de este último.

Le gustaron las cosas que le mostró su amiga. Las callejas, los edificios singulares, monumentos, rincones con historia... Todo bañado antes por la mirada limpia de unos ojos morenos cuya impronta encendía en los de la muchacha, brillos como

caricias que esparcía lentamente sobre las piedras dóciles, trabajadas, antiguas.

- Esto es nuestra pequeña joya gótica.
- A mí no me parece tan pequeña.
- Pequeña comparada con sus grandes hermanas de Reims o de Colonia o, incluso, de Toledo.

Asunción era asombro ante las imponentes ojivas y arquivoltas, contrafuertes y agujas, gárgolas y pináculos de aquella catedral. Nunca había visto nada parecido, ni siquiera en Madrid. Solo algunas imágenes en la televisión o en los libros, que no le hacían justicia a tal magnificencia.

Los cultos ordinarios habían concluido y en medio de aquel bosque de columnas altísimas, se estaba celebrando la misa de una boda lujosa y ostentórea.

La chica tomó asiento en los últimos bancos y le pidió a Remedios que la esperara un rato.

Siguió la ceremonia con alivio. Gracias a aquella boda pudo dar cumplimiento a sus dominicales deberes religiosos, obligación que casi se le olvida.

Reme la acompañaba, comprensiva y discreta, sin poner objeciones ni emitir comentarios, pese a lo llamativo de la excesiva pompa, rimbombancia y boato que hacían casual e irrelevante cualquier tímido atisbo de religiosidad.

Allí también, las gentes principales gustaban distinguirse de los pobres en todo, especialmente en esas ceremonias, donde podían lucir sus trajes imponentes en las más suntuosas dependencias de Dios, como para indicar al todopoderoso quienes eran ellos, cual su enorme importancia, cuales sus tratamientos y cuales sus antiguos privilegios, a fin de que el Altísimo se los reconociera y, al cabo de la

vida, tuviera reservados para ellos, lugares preferentes en el cielo, acordes con sus rangos y sus categorías, lejos de las catervas de plebeyos, gentes sin apellidos, riqueza o distinción.

Era lo que les daban las iglesias terrestres en los grandes altares. Para bautizos, agua traída en exclusiva del lejano Jordán, Para bodas, jerarcas poderosos del clero, obispos que oficiaban sacramentos de lujo, capaces de agrandar, ad infinitum, el ojo de la aguja .

En todo aquél océano de exultante riqueza, Asun era una islita pequeña, indetectable, de sincera y sentida devoción.

Apenas pudo comer. Fermín tenía un nudo de ansiedad e impaciencia justo en la boca del estómago y otro de incertidumbre en la garganta.

Caminaba nervioso de un lado a otro de su habitación. Se puso a leer pero solo pudo acabar la mitad de una página, no había retenido ni un solo concepto, ni una sola palabra del contenido. No podía concentrarse en nada ajeno a la presencia de ella en la ciudad y no sabía qué hacer. Sentía la imperativa necesidad de verla pero no sabía cómo afrontar su presencia, tampoco sabía cuando, ni donde, ni que decir en ese enorme instante tan ansiado y temido. ¿Quedaría en ella algo de lo que tanto tuvo apenas hacía un año? En él quedaba todo y aun más, de ser posible. Lo estaba percibiendo en cada nuevo paso, en cada nueva vuelta que daba por la sala.

Tal vez hubiera sido mejor que no viniera, o no haberse enterado de su inmensa presencia. Ya casi había aprendido a no escuchar la brisa del pasado,

soplando blandamente entre los álamos, a ignorar sus deseos, a anestesiar su amor.

Ya casi lo tenía superado y ahora...

Había decidido ir al bar de costumbre, a la hora de siempre.

Como si nada nuevo hubiera sucedido, se acercaría al sitio donde solía encontrarse con Remedios, las tardes de domingo, para tomar café y planificar esas últimas horas de ocio semanal. Desde allí acostumbraban a encaminarse al cine o a la cueva de los juglares donde escuchaban música o charlaban hasta el anochecer.

Durante varios meses, ninguno de los dos había dejado de acudir a la cita que, ya en los albores de su relación, se estableciera de una forma tácita para los días festivos, hasta llegar a ser casi como un precepto religioso.

Tanto Marina como Andrea gastaban otras preferencias y se inclinaban por sumergir su desbordante vitalidad en las agitadas y multicolores penumbras de las discotecas.

A veces, sin embargo, optaban por acompañar a Reme y aparecían las tres en el bar con la proposición de regresar al piso a fin de acorrallar las horas entre dados o naipes y ocurrencias diversas que Fermín aceptaba de buen grado. En otras ocasiones, se marchaban, los cuatro, al cine o a la cueva y aún en otras, las menos, Remedios y Fermín se dejaban llevar por las amigas a las profundidades de alguna discoteca.

Pero lo habitual era que ambos llegaran a la cita en solitario. Él siempre adelantado unos minutos, ella con su gran bolso de larga bandolera suspendido del hombro.

Era lo habitual, por tanto no cabía esperar que ocurriera ese día.

¿Vendría Remedios sola? ¿No vendría? ¿Vendrían las dos? ¿Las cuatro? Ninguna posibilidad se destacaba clara sobre las otras.

Se miraba el reloj constantemente. No andaba nada, apenas avanzaba la aguja. La hora de irse al bar no parecía que fuera a llegar nunca.

También Remedios miró su reloj y pensó que había tiempo de sobra para tomar unas raciones o un plato combinado antes de adentrarse en los dominios de la tarde y acometer la inaplazable entrega.

Lo estuvo meditando en la catedral, durante aquella misa de alta alcurnia y llegó a la solemne conclusión de que no le asistía derecho alguno a demorarlo más. No debía juzgar acerca de momentos oportunos, situaciones o escenarios más o menos convenientes. Ya habían juzgado demasiado otros, sobre aquellos papeles.

Lo tenía decidido. Le pediría a su amiga que se quedara en casa mientras ella tomaba el café comprometido con Fermín. Pero antes de salir le entregaría la carta de su padre y el precioso envoltorio. Le cedería entonces toda la intimidad del cuarto para ella, para que recobrarla lo que siempre fue suyo sin más testigos que sus propios ojos, sin freno ni censura para sus emociones. Después llegaría el turno, de Fermín.

Antes de salir del local se acercó a la barra y le dejó un recado a Ceferino, el joven camarero.

- ¡Hombre! Ya están de vuelta las turistas.
- Hola, madrugadoras. ¿Ya habéis desayunado?

- Si, Reme, pero ya que andabais por ahí, podríais haber traído unos churritos.
- Ahí, Ahí. Muy bien dicho Marina. Bueno. ¿Qué proyectos tenemos para pasar la tarde? Podríamos enseñarle a Asunción alguna disco, aunque solo sea para compensarla por el tostón que le habrás dado esta mañana y para desintoxicarla de tantas piedras viejas como le habrás mostrado.
- ¿Qué tenéis pensado hacer vosotras?
- Pues eso, ir a la discoteca ¿No queréis venir? Nos podemos pasar por donde para Fermín y que se venga también. Seguro que se alegrará de ver a su paisana.
- Seguro, Andrea. Seguro.

Asunción se ruborizó pero no quiso intervenir. Prefirió dejar en manos de Remedios cualquier decisión sobre el destino lúdico de la tarde.

Sentía curiosidad por conocer las discotecas de la ciudad, la forma de divertirse de aquella juventud moderna y urbana, pero la idea de pasarse “por donde para Fermín” le producía una gran inquietud, pese a que cada minuto que pasaba lo deseaba más intensamente.

Su rubor resultó tan evidente que todas lo notaron.

Se hizo un breve silencio, las chicas se miraron algo desconcertadas, temiendo haber soltado cualquier inconveniencia, a fin de cuentas, ellas apenas conocían a la recién llegada.

- Bueno, si vosotras tenéis alguna idea mejor... Podemos ir al cine o a otro sitio. Aunque te advierto, Asun, que tampoco hay mucho donde elegir. Esto no es Madrid, no. Es que ni parecido.

- Yo no conozco nada. Bueno sí. La catedral. Pero no creo que sea un lugar muy divertido para pasar la tarde. – bromeó.
- Lo siento, compañeras, pero a nosotras nos quedan todavía algunas piedras viejas que descubrir esta tarde y no vamos a poder acompañaros.

Mientras decía esto, Reme dirigió a Marina un guiño muy discreto y significativo que encontró la inmediata comprensión de la compañera.

- Bueno, muchachas, pues en ese caso nosotras nos vamos a ir marchando. Pasaremos por el piso de las tres Marías a ver qué se cuentan.
- ¿Quiénes son las tres Marías?
- Son tres compañeras que comparten un piso, lo mismo que nosotras. Las llamamos “las tres Marías” porque una se llama Mariluz, otra Marifé y la otra Maricruz.
- Que os lo paséis muy bien. Y cuidado con la bola de la disco no se os valla a caer encima.
- Pero, Marina. ¿No es un poco pronto?
- Sí, Andrea. Pero es que tengo curiosidad por ver a las Marías sin arreglar. A ver, haz memoria. ¿Tú has visto alguna vez a las Marías sin arreglar?
- Pues, hombre, ahora que lo dices...

Las jóvenes no tardaron en abandonar la casa dejando solas a las dos amigas. Reme lo necesitaba, así lo había entendido Marina, así lo transmitió con un discreto gesto a su compañera mientras hablaba sobre las Marías. Así, de inmediato, aplicaron aquella vieja norma de buena convivencia que reza, equitativa, solidaria y retributiva: “Hoy por ti, mañana por mí”

Fermín entró en el bar casi media hora antes de lo habitual.

No había podido esperar más. La habitación se le quedó pequeña y comenzó a asfixiarle. Le tomó la angustiosa sensación de que sus dimensiones impedían dar un paso, un solo, un reducido, un miserable paso.

Notó que el tiempo no podía pasar por entre aquellas cuatro paredes opresivas, que no lograba llegar nunca. Entonces decidió, lo mismo que Mahoma y la montaña, salir él a su encuentro. Al encuentro de todos los minutos que vienen del futuro en flujos inconstantes, caprichosos, variables.

La posibilidad de que Remedios no acudiera a la cita, comenzó a fustigarle el pensamiento. ¿Qué haría en ese caso? ¿Se atrevería a pasarse por su casa? ¿A llamar al portero automático? ¿Y cual sería el pretexto para justificar la visita imprevista, no anunciada?

Las ideas pasaban por su cerebro en láminas caóticas sin lograr construir ninguna forma tridimensional, ninguna solidez, ninguna coherencia, ninguna conclusión asentada en lo firme, ninguna decisión.

- Ponme un café con leche, Ceferino.
- Qué pronto vienes hoy, y qué nervioso. ¿Te ocurre algo, Fermín?
- No. Nada, Cefe, no estoy nervioso. No, no me ocurre nada. Ponme un café con leche.
- ¿Otro?
- No seas cachondo.
- Por cierto. Ha estado aquí Remedios y me ha dicho que la esperes, que seguramente va a

retrasarse un poco hoy, pero que tengas paciencia y la esperes, que vendrá.

- ¿Estaba sola?
- No. Ha estado comiendo con una chica rubia.
- ¿Te ha dicho si vendrá también As... La rubia?
- No. No me ha dicho nada de eso. Solo que la esperes, y me ha insistido. Como si se tratara de algo importante. Vosotros sabréis.

Eso era exactamente lo que quería Fermín, saber. Saber un poco más y, ya de paso, no estaría nada mal sentir un poco menos.

Tomó y volvió a dejar varias veces el periódico, no leyó nada, ni siquiera las impactantes fotografías de la portada pudieron penetrar más allá de la superficie de sus ojos. Se dispuso a afrontar una larga espera y, pese al anuncio del retraso, no dejaba de mirar la puerta a cada instante.

Asun miraba a Reme con algo de extrañeza. No había visto las crípticas señales, cruzadas entre las compañeras pero, de alguna forma, las había intuido. Ahora esperaba, con cierta expectación, que la amiga expusiera sus proyectos, las enigmáticas ideas que la habían inducido a desdeñar la grata compañía de las otras dos jóvenes y a rechazar sus divertidas propuestas.

No hubo de esperar mucho.

- Asunción. Tengo algo para ti. Algo que nunca debió llegar a mis manos, porque te pertenece, porque es tuyo. Tuyo como tu propia vida, como ese precioso don que se puede perder de tantas formas sin llegar a morir. Te lo voy a entregar y después voy a

marcharme, tal como ya te dije, a tomar un café con Fermín. También tengo una cosa para él. Te vas a quedar sola pero por poco tiempo. Espero volver pronto. De todas formas, lo que te voy a dar te va a acompañar mucho, es mejor que estés sola cuando lo vayas viendo.

Asunción permaneció sentada ante la mesa del salón mientras Reme traía las dos cartas y los dos envoltorios.

Su intriga iba creciendo de forma exponencial con el ruido de cada paso que su amiga daba por el pasillo, hacia la habitación que compartían.

Era todo impaciencia cuando la vio volver a entrar en el salón. Incrustó la mirada en el objeto informe que Remedios portaba, como un raro tesoro, entre las manos.

Reconoció el papel exterior del paquete, ahora abierto, y entonces un recuerdo se despertó de pronto en su cerebro con ímpetu volcánico.

“...Será quizá muy pronto, será, tal vez, Remedios quien te devuelva algo que siempre ha sido tuyo...”

Cuando vio las dos cartas de su padre y los dos paquetitos, sintió que se paraba la sangre en sus arterias, el aire en sus pulmones y el tiempo en su reloj.



Cuando Remedios entró en el bar, se alarmó un poco. No había previsto la posibilidad de que Fermín, ante la perspectiva de encontrarse con Asun, hubiera decidido no acudir a la cita.

La conducta de los despechados, de los desorientados, de los perdidos en los umbríos laberintos del amor, a menudo resulta imprevisible. No pocas veces suelen actuar contra su voluntad, alejándose de los destinos más deseados, con ímprobos esfuerzos. Como si caminaran contra un terrible viento huracanado, se inclinan hacia adelante cuarenta y cinco grados, hacen de su cabeza un doloroso ariete y avanzan lentamente partiendo el aquilón. Por el contrario, en otras ocasiones, se dan a la ventisca, y se dejan llevar al sitio ansiado con tal velocidad que su imprudente viaje puede acabar en un fatal impacto, agravado por el peso de todos los prejuicios y temores, fundados o infundados, que suelen actuar como velas durante la mayor parte del trayecto y que al llegar al punto de destino, se transforman, tardíamente, en lastre que acrecienta la inercia, la energía del choque y la magnitud de sus daños.

Escrutó palmo a palmo todo el espacio breve del local sin que sus ojos hallaran al muchacho. Tendría que salir a buscarle por los diversos lugares en que pudiera resultar previsible o probable encontrarle, y eso llevaría tiempo.

Sintió cierta inquietud ante la perspectiva de que Asunción permaneciera sola casi toda la tarde en una situación emocional intensa que podría provocar extrañas reacciones y, al final, decidió volver con ella, aplazando la búsqueda del amigo.

Un ingenio mecánico de muelles, cerró la puerta del local tras la joven, que posó el primer pié sobre la acera en el preciso instante en que Cefe salía de la cocina. Poco después se abrían las portezuelas batientes que daban acceso a la antecámara de los servicios y aparecía un Fermín, cada vez más nervioso, fumando compulsivamente, con rápidas caladas, su enésimo cigarro.

...Y hallé la verdadera magnitud de mi egoísmo cegador, reflejada en unas pocas frases que don Ramón vertió, como una de sus pócimas, sobre mi entendimiento.

-Reme no es mi amiga- me dijo- pero yo soy amigo siempre de sus amigos y, cuando se enamora, si es que algún día lo hace, también mi amor de padre se extenderá a su amado.-

Jamás me había sentido tan mezquino.

Como lentes caóticas e intermitentes, las lágrimas dificultaban cada vez más una lectura ya de por sí ralentizada y plagada de interrupciones a causa de la emoción y la sorpresa. Retemblaba el papel entre las manos de Asun mientras se esforzaba en seguir

descifrando aquella grafía oscilante que no dejaba de flotar y sumergirse alternativamente bajo la humedad de sus ojos.

... No culpes a Marcial. Yo le tendí una red de pretextos y engaños para que me entregara las cartas, sin que, en ningún momento, él pudiera llegar a sospechar mis verdaderos propósitos.

No culpes a tu madre. Ella apenas conoce nada de todo esto, y creo que te comprende mucho mejor que nadie, porque tiene razones muy potentes y antiguas, anteriores incluso a la maternidad. Razones que tú no imaginas y que no puedes escuchar de mi boca ni leer de mi letra. Razones que ella cree que no conozco y que yo me he esforzado siempre en desconocer. ¡Pobre! ¡Pobre Martina!

Tuvo Asunción que leer varias veces este párrafo, en especial las últimas palabras. Quizá fuera una lágrima posada en su pupila lo que la hacía entender *¡Pobre María!*

De pronto sintió pena y sintió miedo de abundar en la idea que le hirió la corteza del alma con látigos tejidos de recuerdos confusos. No quiso proyectar luces de inteligencia sobre aquel breve enigma y prosiguió, despacio, la lectura.

...Solo yo soy culpable de este gran despropósito. Y no sé, tan siquiera, si me asiste el derecho de pedirte perdón, pero lo hago. Pero lo estoy haciendo porque te quiero mucho, más que a nada y a nadie de este mundo.

Porque te quiero mucho quise torcer tu vida hacia los horizontes más perfectos que atisbaban mis ojos.

Mis ojos, no los tuyos. Quise hacerte un futuro a mi estricta medida. Mi futuro, no el tuyo.

Porque te quiero mucho llegué a quererte mal sin darme cuenta.

Por encima de todo, yo sigo deseando lo mejor para ti, y así seguirá siendo todos y cada uno de los días conscientes que me otorgue el Altísimo. Pero ahora comprendo que tu preciosa vida es solo tuya, y yo puedo intentar orientarla un poquito pero no intervenirla, enajenarla. No sin el pavoroso riesgo de destruirla, de una manera u otra.

Te anuncié que tendrías mucho que perdonar. Apelo a tu conciencia y a tu bondad innata y cultivada. Comprendería también que no lo hicieras, no dejaré por eso de amarte como un padre, ni dejarás por eso de ser mi única hija.

Pero más que el perdón, me importa mucho, y se lo pido a Dios en cada instante, que no lleguen a ser irreversibles los daños que mi paternidad cegada de avaricia y egoísmo haya podido originar en todo tu destino y en sus alrededores.

Aquí tienes las cartas retenidas. Las anteriores, las que devolviste, estarán nuevamente en tu cabás cuando leas estas letras. Tampoco ese paquete alcanzó su destino, espero haber acertado, cuanto menos, en eso. Que el Todopoderoso se apiade de nosotros. Que a ti te dé indulgencia y a mí me dé valor para poder mirarnos frontalmente a la cara cuando vuelvas.

Asun guardó la carta con extremo cuidado, como si se tratara de un raro y delicado pergamino. Luego se entregó a un llanto desbocado. No supo si era pena o alegría el combustible que alimentaba los activos

motores de sus lágrimas, quizá fuera una mezcla de ambas cosas, o tal vez se alternaran. Solo había una certeza que brotaba constante de sus iridiscencias: Ya tenía perdonado todo aquello que hubiera pendiente de perdón. Todo y a todos menos a sí misma, por haber puesto en dudas el amor de Fermín, un amor que debió defender y afirmar contra toda evidencia cuando fue necesario, cuando se puso a prueba, cuando se levantó en el horizonte la primera amenaza.

Sintió que había omitido el cumplimiento del más ineludible de todos los deberes, que le faltó la fe y, por tales causas, temió que aquel amor, probablemente, ya se hubiera extinguido en el inmenso corazón del chico.

- No te culpo papá, ni a Marcial ni a mamá. No culpo a nadie, no. Solo existe una culpa y es la mía.- dijo sin que ninguna de las quedas palabras alcanzara a mover sus rojos labios.

Tomó entre sus dos manos el paquete y lo acercó a su pecho sin abrirlo. Esta vez suspiró con profunda tristeza, tuvo la convicción de que aquellas epístolas llegaban ya muy tarde para ella, pero aspiró su aroma imaginario a través del cuidado y esmerado envoltorio, como si fueran nuevas y recién entregadas por Marcial.

Demoró su apertura imaginando un mundo de cartas entregadas en su debido tiempo. Los días de Jacinto se volatilizaron, se le esfumó en la cara la mancha de esos besos y su piel recobró la original tersura, la límpida pureza reservada a los labios amados de Fermín, a los únicos labios capaces de besarla en cualquier parte, sin máculas visibles o invisibles.

Luego bajó de nuevo al momento presente. Nadie puede mover lo que cae sobre el tiempo, nada puede alterarlo, permanece adherido, de forma inseparable, al instante que ocupa, formando en él un todo, único y absoluto, remoto e intangible, por cercano que pueda parecernos.

La estrella más lejana no es menos accesible que el último minuto.

En esto llegó Reme.

Asun la recibió con un abrazo intenso que dejó varias lágrimas prendidas en su pelo.

- ¿Le has visto? ¿Qué te ha dicho?
- No. No estaba en el bar.
- Es natural –comentó desolada- si sabe que he venido pretenderá evitarme. Quizá se imaginó que iría contigo.

Remedios ignoró deliberadamente el comentario pesimista de su amiga, mientras trataba de asimilar la súbita oleada de tristeza que sintió al comprobar esa persistencia en la desesperanza que seguía atenazando férreamente a la chica, pese al descubrimiento del misterio postal.

- ¿Ya has leído las cartas?
- Solo la de mi padre. Las demás me dan miedo. No sé lo que pondrán pero son de otro tiempo. Han ocurrido cosas desde entonces, muchas cosas. Ya no somos los mismos y quizá, en este instante, Fermín no firmaría lo que su puño y letra escribieron entonces.
- Aquí tengo las tuyas, las que tú le mandaste, las que le iba a entregar, como ya habrás supuesto, en el bar, esta tarde. Nunca se las daré si me aseguras que no mantienes nada

de lo escrito, que no podrías firmarlas, en este mismo instante. Si es así, aquí las tienes. Hazte cargo tú misma, nuevamente, de ellas. ¿No las suscribirías?

- Con sangre de mis venas. Ahora y siempre.
- ¿Y qué te hace pensar que él no quisiera hacer lo propio con las tuyas?
- Ya lo ves. Ni siquiera ha acudido a tu cita.
- No puedo asegurarlo. Quizá estuviera oculto detrás de una columna, temeroso de verte, de encontrar en tus ojos un témpano de hielo. Cuando vio que no entrabas se quedó congelado y transparente.

Asun abrió el paquete y extrajo el primer sobre. Estaban ordenados cronológicamente. Comenzó a darle vueltas en sus manos como si nunca hubiera contemplado nada parecido, como si no supiera por donde y de qué forma abrir aquel objeto, como si fuera algo venido de otro tiempo y acaso de otro mundo.

Reme trajo un pequeño abrecartas. Lo puso con cuidado encima de la mesa, al alcance de Asun.

- Atrévete, Asunción. Debe haber mucho amor en esos sobres, no menos que en los tuyos. Libéralo, deja que salga al aire, que inunde este salón con sus efluvios, y no temas el tiempo transcurrido, es un amor que, al menos todavía, no tiene fecha alguna de caducidad. Seguro.

La muchacha tomó la pequeña herramienta y la fue introduciendo poco a poco en el sobre, como temiendo que brotara sangre. La arista se rasgaba muy despacio, vencida suavemente por la grácil presión del metal plateado que no pudo soñar manos

más delicadas y más hábiles que las de aquella joven bordadora.

- Voy a salir de nuevo. Esta vez puede que tarde un rato en regresar, tal vez tenga que recorrer varios lugares para intentar localizar a Fermín, pero te dejo en buena compañía. Vive el momento con intensidad y, sobre todo, déjate llevar, déjate amar por esas cartas.

Remedios volvió al bar. Iba pensando que su visita anterior estuvo tan condicionada por las prisas de sus preocupaciones que no tuvo el acuerdo de preguntar a Cefe si había estado Fermín, si dejó algún recado. Entonces cayó en la cuenta de que ni si quiera había visto al afable camarero.

- ¿Estás seguro, Cefe, de que te dijo que vendría?
- Como que hay Dios.
- Hombre, no me jodas, que tú eres ateo.
- Bueno, Fermín, es una forma de hablar. Sí, Estoy seguro. Me dijo que la esperaras, pero también me dijo que llegaría más tarde. Ten un poco de paciencia, hombre, y tranquilízate. Si quieres te pongo una tila, invita la casa. Es lo mínimo que podemos hacer ante tan clamorosas necesidades y padecimientos de un buen cliente.
- Pues mira, sí, te tomo la palabra. Pero cuando me tome la infusión, voy a salir un rato, necesito dar una vuelta por ahí, andar, tomar el aire. Si viniera en mi ausencia dile, por favor, que no se mueva de aquí, que me espere y que no tardaré.

El ruido de la puerta al abrirse, se impuso al borboteo de la gran cafetera inyectando vapor en un pulcro cacharro de acero inoxidable manejado hábilmente por las manos expertas de Ceferino, quien, sin dejar de calentar el agua para la infusión, volvió la vista hacia la entrada. – Ahí la tienes. ¿Sigo adelante con la tila o ya no es necesaria?– dijo en tonos burlones, apoyando la indicación con un discreto movimiento de cabeza .

- Hola, Fermín. ¿Cómo estás?
- Hola, Reme. Veo que vienes sola. Supongo que Asun ha preferido buscarse mejores compañías que la mía. ¿Se fue a la discoteca con las chicas?
- Sois fascinantes los dos. ¡Cuanta imaginación aplicada al oficio de verlo todo de color de rosa! Llega a maravillarse lo idénticas que son vuestras suposiciones y vuestras entelequias. Otra tila para mí, Cefe, que estos chicos me ponen de los nervios.
- ¿Me dirás dónde está?
- Te podría decir que al final no vino ayer, pero no te lo creerías ¿Verdad?
- No. Y tampoco creo que me lo dijeras.
- Lo suponía. Cuando salí se quedaba sentada ante la mesa del salón, leyendo.
- No, si no es que me importe, ¿sabes?, es solo curiosidad. Porque lo normal, al haber venido a pasar unos días contigo, es que te acompañara.
- Si, pero ha preferido quedarse en el piso para evaluar las habilidades literarias de cierta persona. Esperemos que el autor de esos textos se desenvuelva mejor en el campo de

las letras que en el del espionaje. Porque puedo dar fe de que, como detective o espía, no vale un pimiento.

- No lo entiendo, Remedios. No sé de quién me hablas.
- Me refiero al hombre del paraguas. Uno que, cuando no llueve o llueve poco, utiliza un paraguas para llevar delante de la cara y, cuando arrecia la lluvia, lo cierra, se lo cuelga del brazo y se va paseando, tan campante. ¿No le conoces? ¿No te suena de nada?
- A veces pienso que no eres de este mundo, que tienes facultades extraterrestres, Remedios.
- ¡Hombre, no! No exageres. Te aseguro que no fue necesaria ninguna clase de percepción extra sensorial para ver e identificar, de manera inequívoca, al hombre del paraguas.
- No me refería a la vista, sino a la discreción.
- Se hace lo que se puede, Fermín.
- ¿Pero qué tiene que ver el hombre del paraguas con la literatura? ¿Qué está leyendo Asun?
- Mi discreción extraterrestre me impide revelártelo pero muy pronto lo vas a descubrir por ti mismo. Ahora voy a marcharme. Pero no te preocupes, no te dejaré solo. Estos papeles van a acompañarte mucho mejor que yo

Y le tendió la carta de Pío junto con el paquete que contenía las de Asun.

Para entonces ya estaban acomodados, muy a pesar de Ceferino y su curiosidad, en la relativa privacidad de una mesa aromada con los vapores de sus tilas.

Cuando Fermín vio las palabras “Pío Ledesma” en el remite, volvió de nuevo el sobre para asegurarse de que era él mismo, y no otra persona, el destinatario real de la carta. Su mirada se intensificó tanto que parecía estar leyendo el contenido de la misteriosa e inesperada esquila a través del papel aún sin abrir.

- ¿Pero esto qué es, Remedios?
- Yo diría que una carta.
- Ya sé que es una carta, mujer, hasta ahí llego. Una carta del padre de Asunción. Pero ¿Qué significa? ¿Qué tiene que decirme a mí ese hombre? ¿Y esto?
- Diría que es un paquete, que es solo para ti y que voy a marcharme a fin de que tus preguntas sean respondidas como deben serlo, y de que las respuestas escapen del papel en exclusiva para tus ojos, pues solo para ellos fueron puestas ahí. Debes asimilarlas en calma, en soledad, sin testigos incómodos delante.

Dicho esto, Reme apuró su taza, derramó sobre el chico una envolvente sonrisa mientras se incorporaba y se colgó del hombro el bolso aligerado.

- Un momento, Remedios. No te vallas. Sea cual sea el contenido de todo esto, tu no eres ningún testigo incómodo. Nunca lo has sido para mí, pero ahora, especialmente, creo que necesito tu presencia y tu compañía.
- Y yo te creo a ti. Pero creo también que Asun tiene necesidades parecidas a las tuyas,

incluso en esto de la compañía, y yo tengo el deseo, y hasta la obligación de estar con ella ahora. No sé que tal irá encajando las fuertes emociones de esta tarde.

Fermín fue atando cabos y empezó a comprender. Ella estaba leyendo algunos textos escritos por “el hombre del paraguas” potencialmente capaces de suscitar emociones intensas. Solo podían ser cartas. Ciertas cartas.

Contuvo a duras penas un deseo impulsivo de abrir el paquetito y, en su gesto de asombro, consiguió desplegarse una extensa sonrisa para la amiga Reme.

- Ve con ella. No tardes. ¿Pero cuándo volveremos a encontrarnos? Cuando termine de ver todo esto creo que necesitaré hablar contigo. ¿Vas a salir de nuevo esta tarde? ¿Podemos quedar en algún lugar?
- Ahora no puedo asegurarte nada. De volver a salir hoy, lo haría con Asun pero, en principio, lo considero improbable. Pienso que, tanto ella como tú, vais a necesitar un poco de tiempo para reflexionar sobre lo que tenéis entre las manos.
- Si terminara de reflexionar temprano, digamos antes del anochecer, y me acercara por el piso... ¿Tú crees que podríamos jugar una partida de tute a tres?
- O una partida de ajedrez a dos, o de damas o de... Solo hay una forma de averiguarlo. Reflexiona.

Fermín siguió con la mirada a Remedios hasta que esta desapareció tras la puerta de la calle- Es increíble- se dijo – No es de este mundo.-

Dejó a un lado la carta de Pío y abrió el breve paquete. Ya había comenzado a sospechar su contenido. Tal intuición, sin embargo, apenas logró atenuar un poco la sorpresa que le produjo la confirmación de sus expectativas. Examinó los sobres uno a uno, miró las fechas de los matasellos y las letras. Las letras con el nombre de la amada y el suyo mismo trazado en el anverso con la tinta más bella, como una primorosa labor de bordadora.

Luego volvió a tomar la misteriosa, la enigmática carta de su padre.

Le temblaron las manos levemente. Sintió que le faltaban algo así como puntas o extremos de valor y pidió un güisqui solo, a palo seco, antes de abrir el sobre.

La epístola de Pío desvelaba el secreto de las cartas perdidas, repetía su pecado y sus exculpaciones para todos, proclamando, de forma reiterada, la total inocencia de su amigo Marcial.

“... Solo yo soy culpable y no voy a atreverme a pedirte perdón. Pero sí que te pido que enfoques tus rencores, tus justos desafectos, solo y en exclusiva sobre este pobre hombre que aspiró a cultivar un amor insensato, por pura conveniencia, donde no había semilla, usurpando poderes que solo corresponden a Dios, nuestro Señor.”

“... Desde hace muchos años, pesan en mi memoria los recuerdos de un joven que regaba con lágrimas las adustas arenas de los desiertos moros, en pago de unas deudas que jamás contrajera. Pero a ti, yo te tengo por más inteligente. Pido a Dios y confío que tu vida discurra por caminos más firmes, porque

aprecio a tus padres y porque en estos días he aprendido, aunque tarde, a estimarte también, por lo que fuiste y por lo que pudiste, Dios mediante, haber sido.”

“... Tarde te restituyo lo que te pertenece, y para tarde espero la indulgencia de Dios.

Sigue en paz tus caminos, cualesquiera que sean. Si alguna vez se cruzan de nuevo con los míos, no bajes la cabeza. Ya la bajaré yo.”

Y Fermín bajó la cabeza, se dejó invadir por el dolor que unía aquellas letras hasta que este desbancó de su espíritu todo vestigio de resentimiento.

Poco después, sobrecogido, comenzaba a leer las angustiosas cartas de su amada.

Sintió que podría ahogarse dentro de aquella tinta, a veces claramente diluida con lágrimas y, cuando vio la mancha inconfundible de sangre derramada, seca sobre el papel, el nudo gutural que le asfixiaba se vertió por sus ojos.

Pero no estaba triste, ya no. Tampoco alegre. Nadie hubiera podido describir cómo estaba.

Recogió los papeles a base de caricias y se fue hacia la barra.

- Cefe. Tómate algo mientras me acabo el güisqui, que te invito.
- ¿A que debo el honor, tío generoso? ¿Qué estamos celebrando? Si no es meterme donde no me llaman.
- Estamos celebrando que es domingo, que tú eres un chico excelente y que yo soy un genuino y auténtico gilipollas. Eso sí, con un poco de suerte.

- Pero chico, si tienes los ojos...
- Eso ya sí es meterte donde no te han llamado. Venga tómate algo.
- Vale, me has convencido. Me pongo una cerveza rubia como la causa de todo este ajeteo que os traéis entre manos Reme y tú. Porque es eso ¿Verdad? Es la rubia que vino con Remedios a comer. Bueno si no quieres decirlo...
- ¿Y tú que sabes de eso?
- Hombre, salta a la vista. Preguntaste por ella al venir ¿No te acuerdas?- ¿Estaba sola Reme?- Me dijiste- ¿Vendrá la rubia?- Si es que a los hombres se nos notan mucho ciertas cosas, no es como a las mujeres que son unas artistas a la hora de poner cara de póquer.
- Sí Ceferino, sí. Es la rubia, mi rubia. Y se llama Asunción. Levanta ya tu vaso, quiero brindar por ella.

Cuando volvió Remedios, Asun ya había pasado por la emoción intensa de la sangre, de aquellas gotas secas, aleatoriamente repartidas sobre el papel amado, tan parecidas a las suyas mismas, a las que ella mandó cuando todo era oscuro, cuando no había respuestas, cuando todas sus letras se estrellaban contra un silencio inmenso, negro como la tinta.

- ¿Le has visto? ¿Se lo has dado?
- Sí. ¿Y tú, has leído todas?
- Me quedan estas dos. ¿Cómo está? ¿Qué te ha dicho?

- Termina de leerlas y tranquilízate. Me voy un rato al cuarto, hasta que acabes. Luego lo comentamos.

La penúltima carta estaba casi en blanco-“*Escribe lo que quieras, yo ya te lo he firmado*”- rezaba únicamente. Y ella pensó escribir, rellenar el papel, trágicamente limpio, con los besos no dados, con todas las caricias aplazadas, con las más deseadas promesas que quisiera escuchar por boca del firmante.

Aparte y extendido, el albo pliego quedó sobre la mesa esperando llenarse de palabras hermosas. El rectángulo blanco aguardaba una lluvia primorosa de tinta, de letras anhelantes que ya se condensaban en las nubes fecundas del cielo de Asunción.

Una nueva impaciencia fustigaba los nervios de la chica que, al fin, abrió el último sobre, levemente quemado por uno de sus ángulos, con temblores de manos.

“Esta es mi última carta, Asunción, y no espero respuesta. No espero tan siquiera que llegues a leerla. Pero voy a escribirla lo mismo que se reza, a ponerla en el tiempo tal como una plegaria, por si acaso existieran los ángeles arqueros de la mitología, para que ellos escuchen mis deseos mejores y te procuren toda su inmensa protección.

Quiero que seas feliz con quien has elegido. Deseo que tus hijos crezcan sanos y fuertes, cualesquiera que sean sus nombres y apellidos, que vivas muchos años para verlos, para sentir su amor y el de tu compañero y que él te quiera tanto como te quiero yo.

El día de mañana serás una señora, tendrás cosas que nunca podrías tener conmigo y yo tendré, grabados en el alma, los mejores recuerdos de tus días de ayer.

Volveré a la alameda, al rincón que sabemos y sabe de nosotros, volveré muchas veces y tú no vendrás nunca, pero estarán las hierbas y los discretos árboles que conocen tu piel y guardan en sus ramas nuestro mejor secreto.

Me iré desvaneciendo dentro de tu memoria para que puedas darte plenamente a tu amado, desapareceré de todos tus antiguos recuerdos para que él sea primero y único propietario de tu gran corazón. Pero tú no saldrás, nunca jamás, del mío.

No conozco el futuro, puede que vengan otras a intentar ocupar el infinito espacio que tú dejas, pero no habrá ninguna, estoy seguro, que pueda conseguirlo. No serán más que pobres, substitutas, exiguas y modestas sucedáneas de ti.

Te estoy agradecido por los días felices que me diste y me niego el derecho a lamentarme ahora. Sería un egoísta si lo hiciera, sería una mezquindad, después de haber gozado tan grandes privilegios. Porque haberte tenido entre los brazos vale toda una vida.

No ha lugar el lamento por lo que me has negado, sino la gratitud por lo que me entregaste y por lo que dejaste bordado en mi memoria.

Mientras pueda soñar, serás protagonista de mis mejores sueños.

No te voy a olvidar.

Adiós. Sé muy feliz.”

Guardó todas las cartas excepto la no escrita. Luego, sacó un bolígrafo de su pequeño bolso y, con letras

muy grandes escribió en el anverso del papel impoluto: -“*Te voy a querer siempre. Conmigo tendrás cosas que no podrías tener jamás con otros. El día de mañana serás una señora: Mi señora, la más feliz señora de la Tierra*”- y luego, en el reverso – “*Me casaré contigo. Álvarez y Ledesma, serán los apellidos que tendrán nuestros hijos*”- Debajo figuraba la firma de Fermín.

- He terminado, Reme. ¿Qué te ha dicho? ¿Habéis quedado para después?
- No exactamente. Aunque él ha insinuado que podría venir. ¿Qué te parecería una partida de tute a tres?
- Creo que me encantaría, aunque dudo que pudiera concentrarme en los naipes, pero antes quisiera devolverle una carta a Fermín. Solo para saber si mantiene su firma.
- Bien, pues podemos esperar a ver si viene, o salir a buscarle. Quizá siga en el bar, titubeando, haciendo acopio de valor para venir.
- Bueno es que a mí...
- También te falta valor. Mucho me temo que va a tocarme dar otro paseo. Venga, dame ese sobre. Voy a hacer nuevamente de correo.
- No, mujer. No hace falta que le busques aposta para eso. Podemos esperar a ver si viene. Y si no, pues mañana...
- No te preocupes, Asun, si ya le voy cogiendo cierto gustillo a esto de ser cartera. Vamos, dame el envío que se pasa la hora del reparto.

- Solo una cosa más, Reme. Pídele que responda, que confirme su firma o que la borre.

Reme estaba llegando al bar de nuevo cuando vio salir a Fermín. Había estado, en efecto, haciendo acopio de valor para dirigirse al piso de las chicas, y aquel era su rumbo cuando encontró a la amiga. Cefe, y un poco el güisqui, le habían ayudado a decidirse.

- ¿Qué sucede, Remedios? Me dijiste que no ibas a salir otra vez esta tarde o, al menos, no sin Asun.
- Ha habido un leve cambio de los planes. Se trata de otra carta. Vamos a entrar de nuevo al bar y te la entrego. Esta vez debo esperar respuesta. Aunque, si quieres podemos ir a otro lugar. Por ejemplo a la cueva.

Y fue en la cueva de los juglares donde Fermín extrajo del conocido sobre su carta renovada.

Por un raro capricho del pincha discos, de forma inesperada e infrecuente, sonaba en el ambiente la incompleta de Schubert que, pronto, cedió paso, con un inevitable contraste de notas e instrumentos, a músicas más propias del tiempo y del local.

- ¿Y qué respuesta espera que le lleves, respecto de esta carta?
- Que confirmes o taches, según lo que proceda, la firma que estampaste en su momento. Eso es lo que te pide. Nada más.

Fermín tomó un bolígrafo ante el desconcierto de Reme que, por un instante, llegó a temer que tacharía la firma.

Pero el muchacho dirigió su tinta hacia el final del último renglón que había escrito Asun y, con letra pequeña y mano segura, le dio continuación.

“Veremos cómo crecen con nuestros cuatro ojos y nos haremos viejos pegados uno al otro, y nunca, a tus arrugas, les faltarán caricias de mis manos. Luego vendrá la muerte, cuando quiera, y expandirá el amor que te profesó, por otras dimensiones. Será un amor eterno en la medida en que haya algo de mí que lo sea y, si acaso no hubiera más vida que esta vida, lo heredarán las plantas y animales que se alimentarán de mi cadáver y luego será tierra y será aire y buscará el origen y el fin de la materia, los extremos del tiempo.

Si acaso nos reencarnamos, como creen en oriente, yo volveré a buscarte por el mundo hasta dar con el cuerpo que contenga tu espíritu y volveré a ofrecerte mis caricias por si tú las quisieras todavía.”

Rellenó el poco espacio que quedaba, con un friso de firmas repetidas y, bajo la primera escribió: *“Lo confirmo”*

El cantautor gallego Andrés Dobarro daba al aire sus notas glaucas y melancólicas, con aroma de hierba humedecida bajo un constante orvallo. No era difícil inferir los sentidos, ya fuera aproximados en sus letras.

*“Meu amor,
te levo na ialma,
morando ti vas en min
pois lonxe xa de ti
non quero máis vivir...”*

- Vamos, Reme. Le llevaré yo mismo la respuesta. No puedo esperar más.
- Hombre, ya era hora de que alguien relevase a la cartera. Aunque me da la impresión de que habremos de aplazar la partida de tute.

Salieron del local y cubrieron, a buen paso, la distancia que les separaba del piso.

La tarde ya mostraba signos de agotamiento. Parecía, sin embargo, querer sincronizar su final con el del desencuentro de aquellos dos amantes, que fuera el mismo sol quien cerrase el paréntesis amargo y doloroso, justo en el mismo instante de ocultarse y así, ya más tranquilo, viendo un tema resuelto, proseguir su andadura por otros horizontes, iluminando historias de amor y desamor en lejanos países, más allá de los mares inmensos de occidente.

El chico se detuvo en la puerta del salón, Asunción le miraba desde el otro lado de la mesa, se había puesto de pié y mantenía sus manos apoyadas en la superficie del mueble, ya limpio y despejado de papeles.

Un rubor candoroso se le adueñó del rostro haciendo destacar, por el contraste, la belleza dorada de su pelo.

Quería bajar la vista y no bajarla, sostener la mirada del muchacho y ser, al mismo tiempo, tragada por la tierra. Permanecía inmóvil, como paralizada y hubiera parecido un ser inanimado de no ser por el brillo, tremendamente vivo, de sus ojos y un temblor progresivo que ya le iba invadiendo, de forma irrefrenable, todo el cuerpo.

Unas cortinas básicas enmarcaban su forma, y Fermín comenzó a sospechar que nada era real, que estaba inmerso en un hermoso sueño del que, tarde o temprano, habría de despertarse.

Él tampoco lograba dar un paso adelante, ni romper el silencio, ni apartar la mirada de aquella escena onírica.

Quizá duró tan solo unos pocos segundos, pero ellos ignoraban el tiempo de silencio transcurrido y, cuando habló Remedios, rompió un momento eterno en sus oídos.

- ¿Tendré que presentaros?
- Hola Asunción. ¿Cómo estás? Toma. Esta carta es tuya.
- Hola Fermín. Yo...
- Léela, por favor. Léela ahora.

Se acercó vacilante y fue alargando, trémulo, el sobre conocido ya por ambos, sus manos coincidieron sosteniendo la carta y él prolongó un instante este contacto. Quizá aquella demora, apenas perceptible, fuera un acto inconsciente, el reflejo automático de un deseo profundo: reinaugurar el tiempo de las tareas comunes. Sus ojos descansaron sobre el papel y, entonces, comenzó a relajar la presión de los dedos.



XII

Aun bajó también su mirada hasta el sobre y entonces fue cesando esa especie de raro encantamiento que la mantenía inmóvil.

El nerviosismo apenas restó velocidad ni habilidad alguna de sus dedos, cuando extrajo el papel; ni el apresuramiento incontenible, produjo menoscabo de la delicadeza con que lo desdobló para buscar la firma que deseaba intacta.

Cuando leyó lo escrito, esa continuación inesperada de sus propios renglones, no pudo contener la presión de las lágrimas. Era feliz entonces, como no recordaba haberlo sido nunca.

Dejó con gran cuidado la epístola común sobre la mesa, tal como si temiera que pudiera romperse lo mismo que lo haría una delgada lámina de vidrio, que perdiera las letras, que desapareciera llevándose a la nada los bellos compromisos contenidos en ella, y levantó los ojos, desbordados de dulce, hacia el Fermín borroso que estaba al otro lado.

Solo les separaban, la mesa y tres segundos.

Se fundieron en un potentísimo abrazo y mezclaron sus lágrimas, y libaron la mezcla como si se tratara de un elixir divino, la hidromiel de los dioses, en la piel de sus caras.

Perdieron la noción del tiempo y del espacio y anudaron sus lenguas en un beso profundo hasta la sincronía de sus palpitaciones.

Se olvidaron de todo, del sitio que ocupaban y también de Remedios.

Para entonces, Remedios ya no estaba presente. Ellos no lo habían visto, pero cuando se unieron en el inmenso abrazo, la amiga desplegaba una extensa sonrisa que murió atravesada por una rauda lágrima, zigzagueante y única tal como un rayo líquido. Luego, discretamente, se retiró a su cuarto.

El sacrificio estaba consumado.

No pudo jamás nadie, ni podría sospecharlo, pero ella también amaba a aquel moreno desde el primer café que compartieron.

Lo hubiera dado todo por estar en sus brazos en lugar de Asunción pero, desde muy pronto, supo que era imposible.

Podía haber conseguido eso, sus brazos, pero nunca su mente, ni el sitio reservado a la pareja en su gran corazón; ese espacio precioso estaba desbordado y no cabía nada ni nadie más que Asun, juntos o separados por la vida o la muerte.

Desde el día que lo supo, condenó el sentimiento a un estricto silencio y decidió entregarse, con toda su energía, a la causa más noble que cabe en el amor: La renuncia absoluta, heroica y activa que allanó los caminos del reencuentro y la felicidad mayor para su amado, la que jamás hubiera alcanzado con ella.

A cambio obtuvo su amistad eterna y la satisfacción de contemplar su dicha.

Nunca albergó una sombra de envidia para Asun, también a ella la amaba como prolongación de su amor por Fermín.

Pero, a pesar de todo, Reme era un ser humano. Lo proclamó su lágrima amarguísima y la inmensa tristeza que puso en su mejilla.

Ajenos a esta escena de dolor silencioso, Asunción y Fermín siguieron abrazados. Parecía que una sed inextinguible les hiciera beberse el uno al otro y no saciarse nunca.

Se tomaban las caras con las manos y se miraban muy intensamente, como si no creyeran lo que veían sus ojos, y luego se besaban una vez y otra vez, se abrazaban de nuevo, se tocaban, se olían, como dudando de la realidad, como intentando confirmarla y afianzarla con los cinco sentidos duplicados, gozosos.

De pronto, y simultáneamente, reconocieron el lugar donde estaban, y notaron la ausencia de Remedios.

Asunción la llamó un tanto azorada, y ella volvió al salón, sonriente y comprensiva.

- Lo siento, Reme, hemos perdido un poco el control y...
- Supongo que es lo natural en estos casos. No tienes de qué preocuparte, Fermín. Mirad, he pensado en la conveniencia de aplazar la partida de tute; más que nada porque, de pronto, me han entrado ganas de ir a mover un poco el esqueleto a la disco, estas locas todavía estarán allí. Así que os voy a dejar descontrolados. Controlaros vosotros mismos si así lo deseáis o estimáis necesario, ya sois mayorcitos y suficientemente responsables de vuestros actos, y si no, pues mejor, más os divertiréis. También tenéis la opción de confiar el control a vuestros sentimientos y aun a vuestros instintos. Elegid lo que os plazca sin miedo a equivocaros y no dejéis que nadie elija por vosotros nuevamente. Es

vuestra libertad y vuestro riesgo, vuestro derecho y vuestra obligación. Vosotros mismos, pues. Vosotros mismos.

- ¿Y qué tal si nos vamos los tres juntos? A mí me gustaría. Esta sería mi elección ahora.
- Por mí encantada, Asun, pero supongo que tendréis muchas cosas que contaros y muchas otras que...
- En efecto, Remedios, hay tantas cosas que decirnos y hacernos, que no sabemos por donde comenzar, pero vamos a tener mucho más tiempo para nosotros que para ti. Comparto plenamente la idea de Asunción.
- Además, esto hay que celebrarlo. Y no tendríamos nada que celebrar, al menos todavía, de no haber sido por tu...
- Bueno, vale, de acuerdo. Si es vuestra decisión...
- Es nuestra decisión. Nuestra primera decisión común, como novios formales.

Asunción aspiró de aquél aire vibrante, las últimas palabras del amado y las ratificó y las hizo suyas, y las atesoró y, en su cerebro, “novios formales” se fue repitiendo como un eco de música, hasta quedar guardado para siempre en el mejor espacio de su joven memoria, junto a los más hermosos recuerdos de Fermín.

La joven, asombrada, evocó la lejana discoteca del pueblo como una vaga sombra, como un “quiero y no puedo”, en la comparación inevitable con el amplio local que ahora se mostraba ante sus ojos y su curiosidad.

La luz era más tenue, pero más variada y más dinámica. Había varias pistas de baile con diversos ambientes musicales y zonas en penumbra amuebladas con sugerentes divanes y con breves mesitas, especialmente útiles para depositar los vasos o las copas cuando las manos eran requeridas por otros menesteres.

- Ya sé que os conocéis pero, de todas formas, yo voy a presentaros. Me hace mucha ilusión. Este es Fermín, mi novio. Estas amigas son Andrea y Marina, compañeras de piso de Remedios y, ahora, también mías.

“Mi novio”. Asunción se colgaba de este par de palabras como si fueran globos aerostáticos. Sentía que se elevaba, que sus pies escapaban al contacto del suelo, derogada en la masa de su cuerpo, la siempre ineludible ley de la gravedad.

Cuando eran presentados a otros jóvenes, compañeros o amigos de Reme o de Fermín, ella puntualizaba – mi novio- y levitaba.

Danzaron, todos juntos, formando un amplio corro, los trepidantes ritmos de la modernidad, pero Asun y Fermín se fueron pronto, tomados de la mano, a una pista discreta donde sonaba música mucho más sosegada y allí, bajo el amparo de las tranquilas notas, bailaron abrazados, se dijeron palabras hermosas al oído y se besaron mucho.

Cuando las chicas decidieron irse, Remedios se acercó a los dos amantes para comunicarles que se iría con ellas.

- No, Reme, no. Tú vienes con nosotros y ahora vamos a irnos a cenar, los tres juntos, a cualquier restaurante. Seguimos celebrando. Yo invito, hoy no hay escote.

- No te pases, Fermín. No seas machista.
- No es machismo, Remedios, es justa redistribución de la riqueza. Porque he recuperado mi tesoro y soy un individuo afortunado. ¿Sabes...? Ahora me siento como los potentados, como uno de los hombres más ricos de la Tierra, y quiero celebrarlo. Si pudiera, esta noche invitaría a cenar a todo el mundo, a todos los millones incontables de seres vegetales, animales y humanos que pueblan el planeta.

Cenaron en un viejo y conocido restaurante del centro, renovado a los ojos de Fermín y distinto también, aunque de otra manera, a los de Reme.

Siguieron celebrando y conversando y, al final, acabaron tomando una botella de champán en la cueva, donde permanecieron hasta que el nuevo lunes alcanzó sus relojes.

Pasada ya la media noche, regresaron los tres hasta el portal de Reme y allí se demoraron, durante unos minutos, Asunción y Fermín.

Establecieron citas y trazaron proyectos para el día siguiente y, al fin, se despidieron con un beso incendiario.

La mañana era clara, la ciudad se movía con un ritmo vivaz. El mundo del trabajo y del comercio hervía por las calles y las plazas bajo una luz intensa, muy contrastada aún por las marcadas sombras de las casas.

Las gentes caminaban presurosas, algunos intercambiaban breves y cotidianas frases de saludo pero la mayoría discurría si mirarse siquiera, cada uno a lo suyo. La joven rubia pasaba totalmente

desapercibida, como si fuera transparente al igual que las lunas de los escaparates que estaba contemplando. Si acaso, algunos jóvenes alegres, un tanto osados y muy desinhibidos, le dirigían su verbo halagador a veces y, en otras ocasiones, rayano en lo soez.

Fermín saldría a las dos de la universidad, cuarto de hora después volverían a encontrarse en el pequeño restaurante donde habían cenado. Allí comerían juntos algún menú económico, de los que demandaba la breve clientela de obreros y estudiantes que solía frecuentar el local a esas horas. A ella, la mañana se le hizo entretenida, localizó posibles regalos para don Ramón, para Reme y alguna que otra cosa que también compraría para sus padres.

A él se le antojaron eternos los minutos, pero al final llegó la deseada hora y allí, junto a la puerta del sitio convenido, esperaba su novia, a partir de ese instante, el tiempo todo comenzó a desbocarse y a transcurrir deprisa, muy deprisa.

Era la primera vez que comían juntos y solos en la mesa. Ocupaban dos lados contiguos del cuadrado y se acercaban, ambos, lo máximo posible, al ángulo común.

Mariano, el fontanero, esperaba, aquejado de creciente inquietud, la llegada de su empleado. Fermín no solía retrasarse. Nunca había hecho uso de la generosa flexibilidad en los horarios que le tenía ofrecida y siempre, invariablemente, había observado la más escrupulosa de las puntualidades, comenzando el trabajo justo a las tres en punto de la

tarde, de todas las tardes laborables que llevaba con él, todas menos aquella.

Pasaba media hora de las tres cuando cruzó la puerta.

- Hombre, Fermín. Ya estaba preocupado. Pensaba que te había ocurrido algo
- Me ha ocurrido, Mariano. Me ha ocurrido.
- Bien. Pues tú me dirás lo que te pasa. Si puedo echarte un cable...
- Sí que puedes, Mariano. Necesito tener la tarde libre, si es que no te hace mucho extravío mi ausencia.
- Sabes que hay trabajillo, pero, vamos, tampoco son cosas de vida o muerte. No hay problema, Fermín. Tómate el tiempo que necesites para tus asuntos. Lo único que deseo es que merezcan la pena.
- La merecen, Mariano. La merecen. Ahora te voy a dar una sorpresa. Ha venido mi novia, aquella chica de la que te hablé, pasará esta semana en la ciudad. Lo nuestro se ha arreglado de pronto. Ya te contaré. Ella me espera fuera y vamos a pasar la tarde juntos.
- Pero hombre, eso se avisa. Esta tarde y las tardes que hagan falta, como si quieres toda la semana.
- Toda no, que también hay que comer, pero no descarto pedirte alguna otra.
- Pero dile que pase. ¿O es que no me la vas a presentar? Mira que salgo yo.

Asunción penetró en el taller y avanzó, cautelosa entre los tubos, máquinas y herramientas que poblaban aquel espacio extraño para ella, un tanto descuidado y aparentemente caótico.

- Mira, Asunción. Te presento a Mariano, mi jefe. Esta mujer se llama Asunción Ledesma y es mi novia, Mariano.
- Encantada de conocerle.
- Bienvenida, Asunción. Yo también estoy encantado de conocerte, pero dejaré de estarlo pronto si no me apeas el usted y me tuteas. Y tú Fermín, no me degrades tanto en las presentaciones. Sabes que soy amigo antes y por encima del miserable grado de jefe que me has dado.
- Eso también es cierto. Si todos los jefes fueran como tú, la condición de asalariado sería un privilegio.
- Pero no existirían grandes empresas, tan solo tallerzuchos de mala muerte como este, Fermín.
- No necesariamente tiene por qué ser así. ¿Dónde está escrito que las empresas hayan de tener unas dimensiones inversamente proporcionales a la magnanimidad y a la generosidad de sus propietarios?
- Tiene que haber de todo para que podamos comparar, ¿No creéis?
- En efecto, Asunción. Tiene que haber de todo. En cualquier caso temo que la condición de asalariado, aun en las peores circunstancias, algún día llegará a ser un privilegio, y habrá muchos obreros que se entreguen a la esclavitud por propia voluntad.
- No le hagas caso, Asun, es un poco agorero. Bueno, Mariano, vamos a marcharnos que se

nos va la tarde a todos. Mañana sí que podrás contar conmigo.

La tarde se esfumó en un breve instante. Habían paseado de la mano y conversado a cerca de la vida en la ciudad. Visitaron el centro de estudios de Fermín y las inmediaciones de la universidad donde estudiaba Reme. Discurrieron por parques y por plazas, callejas y rincones escondidos, propicios para el beso y el abrazo que siempre se produjo con la oportunidad y aun a veces sin ella, para envidia o escándalo de algunos viandantes.

- ¿Has visto cómo nos miraba esa señora, Fermín?
- Más que verla he sentido su mirada. De poder, nos habría fulminado.
- Pero ¿Qué puede haber de malo en esto? Siempre me he preguntado por qué hay tantos reparos y tantas prohibiciones y tantos anatemas en torno del amor y de sus expresiones, mientras se ensalzan, se dignifican y se elevan a la categoría de virtud, por ejemplo, las actitudes bélicas, la violencia...

Aceptamos y veneramos imágenes de santos o de ángeles que blanden espadas y hasta algunos que posan orgullosos y triunfantes, con las armas aún ensangrentadas, sobre los cadáveres de sus víctimas. Pero nos resulta inimaginable concebir la imagen de un santo o de una santa abrazados, unidos en un beso de amor. ¿Por qué ha de ser pecado darse un beso, y virtud matar hombres, mujeres y hasta niños en las guerras?

- Esas preguntas deberías hacérselas a don Crispulo, pero no se las hagas, te lo ruego. Yo creo que no es pecado darse besos y sí matar personas en guerras, en patíbulo o en cualquier otro sitio; que los santos que matan no son santos o no están en el cielo que quiero para mí, para nosotros. La señora que miraba nos desprecia porque en su corazón hay vicios reprimidos, sucios e inconfesables que manchan el amor cuando lo tocan, y lo destruyen y lo inutilizan lo mismo que si fueran anticuerpos. La visión del amor le hace un gran daño porque despierta en ella las abominaciones que la habitan. Pobre mujer. Pero no te preocupes, no estamos en el pueblo y estos besos no van a comentarse mañana en la solana.

Involuntariamente, la memoria de Asun, trajo a la superficie de su mente una escena angustiada, indeseada e inquietante del inmenso Madrid. Fue el momento preciso en que Jacinto puso un beso fugaz e inoportuno sobre su cara en medio de Gran Vía.

- *Pero ¿qué haces? Que estamos en la calle y nos ve todo el mundo.*
- *No te preocupes, reina, aquí no nos ve nadie. Todas esas personas nos hacen menos caso que los árboles de la alameda. Aquí estás en Madrid. Es otra historia.*
- *Sí, pero a mí me da mucha vergüenza. Mi historia es la misma aquí que en el pueblo.*

Se estremeció un poquito y descubrió que ahora, aquí y en cualquier parte, no le importaba apenas que la vieran besarse con Fermín.

Tal vez por acallar las voces del recuerdo, quizá por enterrarlo para siempre o para proclamar la diferencia, o porque así se lo pedía el cuerpo, Asunción se paró súbitamente y, en medio de una calle concurrida, puso en la boca de Fermín un beso largo y apasionado que incluso suscitó el audaz silbido de algún espectador, y no sintió vergüenza, sino placer y orgullo.

Siguieron paseando y conversando como si nada hubiera sucedido.

No hubo mención alguna al tema de las cartas, ni a los meses de ausencia o desencuentro y menos, mucho menos, a Jacinto. Alguna vez tendrían que hablar de ello pero estaba aplazado de una manera tácita y, al menos de momento, parecían querer disfrutar el presente como si fuera un tiempo separado del resto, sin conexión ni relación alguna con los hechos pasados o futuros.

Llegaron, ya de noche, al piso de las chicas, que estaban cocinando, entusiasmadas, una cena especial para cinco personas.

La inquieta Andrea tuvo la feliz ocurrencia de prepararlo todo e invitar a Fermín. Su idea fue aceptada por unanimidad, sin discusión ni discrepancia alguna y allí estaban las tres, en la cocina, cuando llamó a la puerta la esperada pareja.

La grata invitación fue muy bien acogida por Fermín que, con cena o sin ella, hubiera admitido, de buen grado, cualquier proposición que le brindase la oportunidad de prolongar la estancia con su amada.

No faltaron las bromas y las risas, las insinuaciones y las frases de múltiples sentidos.

Al final, entre todos, recogieron la mesa y fregaron los platos. La espuma consistente de los lavavajillas puso su colofón al cálido homenaje.

Luego se despidieron, no sin establecer la imprescindible cita de la tarde siguiente.

A las ocho en la puerta del taller. Ella iría a buscarle en la hora exacta en que el chico salía de su trabajo, querían aprovechar el poco tiempo libre que tenían en común, desde el primer minuto, desde el primer segundo.

La percepción del tiempo era un profundo enigma, irresoluble en el entendimiento de Asunción y Fermín.

Los días se les hacían interminables y las escasas horas de la noche que permanecían juntos, se esfumaban de pronto y desaparecían antes de que pudieran consultar el reloj. Sin embargo, y pese a que las horas largas eran mucho más numerosas que las cortas, la semana, en conjunto, se les pasó volando.

Aquél jueves, Fermín se despidió de Mariano hasta el lunes. Dedicaría a su novia todo el tiempo posible del viernes y del sábado, los dos últimos días de estancia de Asunción.

Ella tenía comprados los regalos. Un bolso para Reme, una preciosa pipa con sus adminículos, en estuche elegante, para don Ramón y un adorno alusivo a la ciudad, para sus padres.

A Marina y Andrea les daría unos detalles de bisutería fina y a Fermín le compró una estilográfica metálica, argentada, con sus nombres grabados, Asunción y Fermín, y una fecha cuyo significado solo conocían ellos y, acaso, algunos álamos.

La del viernes sería su última noche en la ciudad. Asunción escuchaba inquieta y oscilante entre el deseo y la duda, las últimas propuestas de Fermín.

El chico sugería tomar habitación en un hostel tranquilo, para pernoctar juntos. Ella era reticente a tal invitación pero al final no pudo rechazarla. Se impusieron las ganas, la atracción poderosa, vital e irresistible, de un instinto primario macerado en amor. Y al amor se darían, entre cálidas sábanas, durante varias horas nocturnas y secretas.

El hostel era antiguo, pero limpio y cuidado. Tenía un aire austero y un aroma de viejas y sobadas maderas.

Una señora anciana, que hacía las veces de recepcionista, les exploró con la mirada fría, seria e inquisitiva. –Este sitio es decente- comentó convencida y en tono de advertencia.

-¿Es que a usted le parece que nosotros no lo somos?- le preguntó Fermín con firmeza cercana al desafío.

- ¿Están casados?
- Lo estaremos- afirmó la muchacha, con la plena certeza del que enuncia un axioma, una clara evidencia.
- Es que... No sé si debo...- vacilaba la anciana.

Tras dudar un momento, les miró frontalmente a la cara y los ojos para, después, pedir que le mostraran los carnés de identidad. Calculó mentalmente sus edades y un gesto involuntario de ternura se le pintó en el rostro.

Les entregó las llaves y, a petición del chico, cobró la estancia por anticipado.

- Primer piso, pasillo de la izquierda. Y, por favor, procurad no hacer ruido.

Les siguió con la vista hasta que desaparecieron subiendo la escalera y sonrió, benévola, con cierta admiración tintada de añoranza y con no poca envidia inofensiva. Surgió un leve suspiro de su pecho senecto y se entregó a recuerdos placenteros, lejanos ya y difusos. También ella fue joven y lozana, también le hirvió la sangre, también sintió su piel, tersa y caliente, estremecerse bajo las caricias, pero hacía tanto tiempo...

El pasillo era estrecho, las paredes, muy gruesas, exhibían pequeños dibujos y grabados con paisajes urbanos de la misma ciudad, colgados de manera equidistante, armónica.

Un discreto perfume artificial de sándalo flotaba en el ambiente dando al aire encerrado, consistencia y textura de siglo diecinueve.

La habitación venía a ser pequeña, con los espacios bien aprovechados, pero también acogedora, cómoda y capaz de albergar paraísos efímeros sobre el añejo suelo de madera que crujía levemente al ser pisado.

Tenía un escueto baño con lo justo, dos camas adosadas entre sí, un sillón orejero, dos mesitas a juego de un armario pequeño y un curioso escabel con las patas talladas que reclamó un momento la atención de la chica.

La lámpara del techo, tenía tres brazos cortos y dorados que simulaban ser un candelabro con tres velas fingidas luciendo en sus extremos.

Un breve balconcito, daba a una calle lateral y angosta, casi podía tocarse la ventana de enfrente con la mano.

Sus cuerpos se atrajeron con una fuerza inmensa, incalculable por las ecuaciones, hasta unirse desnudos, y toda la extensión de sus jóvenes pieles, se recubrió de besos, de fogosas caricias que encendían la memoria animal de sus sangres.

Su amor inmaterial se proyectó en la carne, y en una sola carne se fundieron de nuevo.

Ella notó a Fermín dentro de sus entrañas y solo entonces se sintió completa. Él supo que aquél breve resquicio de calor y humedad era el lugar más grato de todo el universo. Nada necesitaba estando dentro, nada echaba de menos, nada quería más que penetrar en ella, que alcanzar y sentir, con su viril potencia, el cálido interior de aquel cuerpo perfecto para el suyo hasta el punto de ser la mitad temporal de su propia materia.

Hicieron el amor hasta la extenuación y después se durmieron abrazados, mezclados los sudores en su particular y efímero palacio de sábanas corrientes.

Se diría que un espíritu, complacido y feliz velaba el sueño. Un espíritu único que hubiera descendido a la materia dividido en dos cuerpos que ahora estaban durmiendo entrelazados, y soñaban el uno con el otro.

Así les sorprendieron los rayos argentados de la luna, casi llena, de octubre que, a eso de las tres o tres y pico, comenzaba a trazar, lenta y constante, una diagonal lejana y alta sobre los breves cielos del callejón estrecho.

Bañados en su plata emergieron del sueño y notaron durezas, humedades y deseos renovados en sus jóvenes carnes. En duermevela aún volvieron a iniciar los deliciosos juegos, y cuando entraron en

total vigilia, ya estaban practicando la caricia suprema.

Luego, muy satisfechos, sonrientes y flotando en la inercia del placer, se durmieron hasta que entró la luz del nuevo día.

Él despertó primero. Creyó seguir soñando mientras acariciaba los mechones de pelo rubio sobre la almohada y, para asegurarse de que todo era cierto, comenzó a recorrer con sus ávidos labios aquella piel, real como la suya misma.

Exploró las orejas, mordisqueó los lóbulos y luego descendió, sin perder el contacto, por toda la tersura de su cuello. Cuando llegó a los senos, su lengua fue trazando lentamente espirales, que buscaban, sin prisa, culminar en el centro de su geometría prominente, allí donde se alzaba el manantial nutricional, la deliciosa fuente de la madre futura.

Entonces aumentó, notablemente, la frecuencia del pulso y la respiración de la muchacha que entreabría los ojos y desplegaba toda su esplendente sonrisa.

Fermín notó la luz de la mirada posada en su cabeza y entonces, con la punta de la lengua, fue esbozando una línea geodésica sobre el seno derecho de la chica, desde abajo hasta arriba. Luego buscó sus labios y, muy pronto, se adentraba de nuevo en sus entrañas palpitantes, gozosas.

Conversaron un rato, antes de levantarse, asearse y vestirse. Devolvieron la llave a la recepcionista que se mostró cordial y sonriente. – ¡Quién pillara otra vez vuestros años! Aunque fueran sumados los de ambos. Aprovechadlos bien que pasarán antes de que os deis cuenta, y no volverán más. No vuelven, no. Los años nunca vuelven, y tampoco las oportunidades- comentó mientras depositaba el

voluminoso llavero en la casilla marcada con el número tres del mueble para llaves colgado en la pared.

Caminaron alegres, tomados por la cintura. La idea de que quedaban pocas horas les hacía disfrutar cada minuto como un tiempo precioso.

Tomaron un copioso desayuno de churro y chocolate que les restableció las energías gastadas en la noche, quizá más que gastadas, invertidas y muy bien invertidas.

- Tenemos que pasar por una joyería para recoger algo que encargué antesdeayer, Asunción. Será solo un momento

Pidió que le envolvieran en papel de regalo la cajita y se fueron al parque más cercano. Allí, bajo un enorme álamo, ceremoniosamente, puso en la mano de Asun el pequeño envoltorio.

Era una esclava estrecha y elegante, una joya de plata con el nombre Asunción grabado en el anverso y en letras más discretas, por la parte de dentro, llevaba escrito el suyo y una fecha.

- Pruébatela, Asunción, para que te la ajusten si hace falta.
- ¡No lo puedo creer, es formidable!
- Bueno, tampoco es para tanto. Es de plata, no es cara. Tan solo es un detalle de recuerdo.
- Es una joya de altísimo valor, con diferencia la mejor que tengo, cualquiera que sea el precio. Pero no es eso lo que me sorprende. Toma, esto es para ti, te lo iba a dar después, al despedirnos, pero creo que ahora es el mejor momento.

Y sacó de su bolso el estuche alargado, perfectamente envuelto en papel de regalo. Era la misma fecha, figuraba grabada en cuatro sitios. En la pluma, en la esclava, en sus recuerdos y quizá en la memoria de especie de los álamos, pensó Fermín mirando hacia el gran árbol.

- Es para que me escribas muchas cartas, Fermín.
- Lo haré, Asunción. Lo haré. Y tú también lo harás. Los dos lo haremos.
- Esta fecha de hoy también me gustaría ponerla.
- Ya está grabada a fuego en nuestra historia. Yo no voy a olvidarla.
- Yo tampoco. Y ya la grabaremos en próximos regalos, más que en recuerdo, en conmemoración de esta, nuestra primera de muchas noches juntos. Ahora debemos regresar al piso, tengo que arreglar cuentas con las chicas y hacer el equipaje. Pero antes, si no te importa, me gustaría pasar por la catedral, serán unos minutos solamente.

La palabra equipaje estuvo algo tomada de tristeza. Se puso de rodillas en el reclinatorio de un gran banco, frente al altar mayor, ahora solitario y rezó, silenciosa, recogida e inmóvil, durante unos minutos. Luego buscó una imagen de la Virgen a la que dirigió también sus oraciones privadas y secretas.

Fermín la contemplaba de pié, cerca de ella, con profundo respeto y una pequeña sombra de inquietud en el rostro.

Esperó que acabara, la tomó de la mano y le dijo bajito pero con tono firme y casi imperativo:

- Puedes hacer lo que quieras, pero hoy no tienes nada de qué arrepentirte, Asun. Nada por lo que pedir perdón a nadie.
- No he pedido perdón, Fermín. He dado gracias.

Asunción repartió los regalos, que fueron apreciados y muy bien recibidos, pero le fue imposible persuadir a las chicas de que aceptaran nada por su estancia.

Alegaban que tales cuentas habían sido saldadas largamente, por el hecho de que, la muchacha, se encargó de realizar la limpieza diaria y las tareas cotidianas de la casa, exonerándolas a ellas de tan ingratas labores que, por otra parte, bien debido a la falta de ganas o de tiempo, no siempre efectuaban con la eficiencia deseable.

Cierto es que el piso había conocido en la semana última una limpieza inédita y en las zonas y muebles comunes era difícil encontrar mota alguna de polvo. También los aparatos y azulejos, tanto en el baño como en la cocina, se vieron liberados de su ya antigua pátina de grasas e impurezas, habían recuperado un brillo y un color casi olvidados y ahora lucían pulcros e impecables.

Al final, y tras no poca insistencia, consiguió que admitieran una ajustada aportación por gastos compartidos de alimentos que ella consideraba insuficiente y las otras, sobradamente razonable.

Recogió sus escasas pertenencias, se despidió de Andrea y de Marina y, en torno al medio día, salieron de la casa Reme, Fermín y ella.

El plan era comer un plato combinado en el bar del amigo Ceferino. Después se acercarían a la estación, sin prisas. Luego irían estirando los lazos poco a poco, sabiéndolos elásticos, de extensión dolorosa, pero ya invulnerables. Se extenderían kilómetro a kilómetro, vuelta a vuelta de rueda, con la velocidad de un viejo y conocido motor diesel que, semanas más tarde, volvería a contraerlos.

- Esta es mi novia, Cefe. Es Asunción, la rubia por la que brindamos el domingo pasado. Asunción, te presento a mi amigo Ceferino, es un tipo excelente.
- Me alegro mucho de conocerte. Espero que trates bien a este individuo para que no vuelva a darme otra tarde como aquella del brindis. La verdad es que me tenía seriamente preocupado, casi siempre le he visto triste y pensativo pero nunca tan nervioso y desasosegado como ese día.
- Fue una tarde muy larga pero te aseguro, Cefe, que al final mereció la pena.
- Quizá Fermín lo pasara mal pero creo que estuvo en buenas manos, en buena compañía. Yo también me alegro de conocerte, Ceferino, como me alegro de conocer a todas las personas que, de una forma u otra, rodean a este individuo.
- Bueno, lo importante es que no haya más tardes de tila y ansiedad. Más que nada porque a mí, el café me deja más beneficio que esas bolsitas de yerbajos.
- No puedo asegurarte que no vaya a necesitar alguna otra dosis pero, al menos, espero que la ansiedad y el nerviosismo se deban solo a

la impaciencia propia de la espera ante fechas o acontecimientos deseados, y no a la incertidumbre, a la angustia o a la desesperación.

- No parece, a juzgar por vuestro aspecto, que, al menos por ahora, vaya a ser necesario hacer pedidos extras de verbajos.

Remedios se mostraba satisfecha, y se diría incluso que aliviada de algún peso secreto y misterioso, mirando a la pareja.

Sobre la mesa gravitaba un aire veteadado con cierta pesadumbre fugaz de despedida. Pero no había tristeza sino esperanza fresca y renovada, sensación de que el tiempo de ausencia había pasado definitivamente y que no habría distancia en el espacio, capaz de separarles de forma irreversible.

Los días, las semanas y los meses no harían otra cosa, a partir de la fecha, que proclamar desde sus calendarios y desde sus relojes la inapelable certidumbre del venidero encuentro, del abrazo, del beso...

La casa invitó al vino de la frugal comida a condición expresa de que Cefe, debía participar del obligado brindis por la joven pareja y su largo futuro. Así se hizo.

- Se me hace extraño verte sin paraguas por la estación, Fermín
- Es que ha mejorado mucho el tiempo, Remedios, no te imaginas cuanto.
- Será el anticiclón de las Azores.

Los tres rieron la jocosa broma mientras se dirigían al inconfundible autobús que esperaba la hora de su

enésima partida desde el acostumbrado aparcamiento de la estación. Era el más veterano de la dársena, parecía estar de vuelta de todos los destinos y cansado, dignamente cansado.

Rieron y bromearon hasta el momento justo en que apareció el chofer y abrió las puertas del vehículo para que los escasos pasajeros fueran subiendo abordo y poniéndose cómodos dentro de lo posible.

Se había cumplido el tiempo. Un tiempo juguetón y paradójico que seguía enredando las mentes de los chicos.

Tenían la impresión de que aquella había sido la semana más fugaz y más rauda de sus vidas; pero, por otra parte, esa imagen lluviosa del sábado anterior con Asunción bajando la escalera, Remedios recibéndola y Fermín observando desde la torpe clandestinidad de un paraguas terciado ante la cara, les parecía remota, como si sobre ella se hubieran ya posado varios siglos. Quizá la intensidad de las vivencias o la enorme magnitud de los cambios producidos en estos días, pudieran ser la causa de tan contradictorias percepciones del tiempo transcurrido.

En cualquier caso, la inminente llegada del último minuto les canceló la risa.

Le habían ninguneado, le habían ignorado deliberadamente como si no existiera, como si nunca fuera a presentarse. Pero ahora estaba allí, altivo, insobornable. El último minuto reclamaba la imagen que le pertenecía, besos de despedida, abrazos, lágrimas... Eran sus posesiones y con ellas se fue por el río ilusorio y aparente del tiempo.

Con ellas y su imagen de todo el universo, compuesta por innúmeras escenas como la que

formaban dos viejos conocidos que allá, en la relativa lejanía del pueblo, tomaban sus cafés y sus copillas, frente a frente, acodados en la sobada barra del casino.

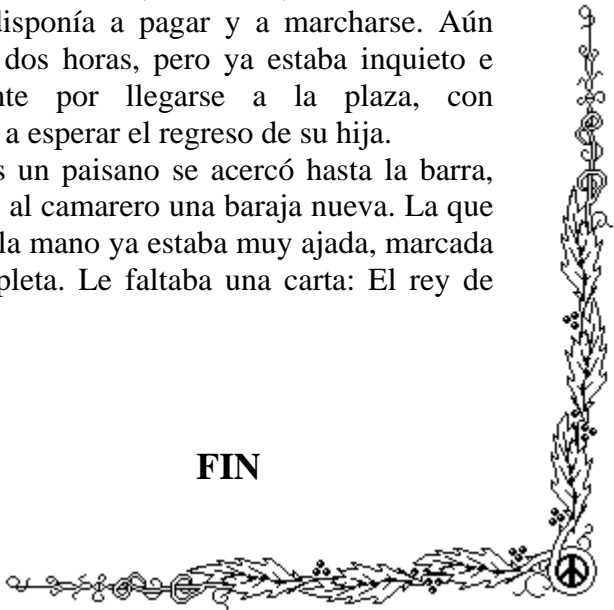
Eran Marcial y Pío. Conversaban.

- ...Y ahora me veo obligado a pedirte otra cosa, Marcial.
- Ya te adelanto que, en tocante al trabajo, no pienso cometer, conscientemente, ninguna otra irregularidad. No lo he pasado bien con este tema y, como ya te he dicho, la mayor alegría, la única por cierto, que hayas podido darme en los últimos meses, es saber que las cartas han llegado al final a sus destinatarios. Rectificar es de sabios, aunque más importante y meritorio es evitar la reincidencia en los errores. Pero dime, te escucho.
- De eso precisamente es de lo que se trata, amigo mío. No soy un hombre sabio, lo tengo demostrado, y por eso el favor que requiero de ti es que... No creo que ocurra nunca, pero si alguna vez te vuelvo a pedir algo como aquello, te suplico, por Dios que me lo niegues.
- Eso puedes tenerlo por seguro, Pío. Y lo que más lamento es el flaco favor que te hice accediendo a seguirte la corriente en aquel despropósito. Mal amigo tuviste en esos días en que estando cegado, como estabas, no te evitó el tropiezo. Tú también tienes cosas que perdonarme a mí.

- No hay más responsabilidad ni más culpa que la mía, sobre esto no puede existir duda ni discusión alguna. A ti, en cualquier caso, no te debo perdón, sino agradecimiento.
- Y qué razón tenía quien dijo aquella frase... ¿Cómo era? “Tened cuidado con lo que pedís porque corréis el riesgo de que se os conceda” Bueno, eso o algo así parecido pero que venía a significar lo mismo.
- Sabias palabras, Marcial. Sabias. Sabias palabras.

La antigua mesa de billar lucía tapete nuevo, una reciente mano de pintura había igualado la pared del fondo y el establecimiento, remozado, parecía haber entrado en otro tiempo, más abierto, más claro, más diáfano. Pío se disponía a pagar y a marcharse. Aún faltaban dos horas, pero ya estaba inquieto e impaciente por llegarse a la plaza, con Martina, a esperar el regreso de su hija. Entonces un paisano se acercó hasta la barra, pidiendo al camarero una baraja nueva. La que tenía en la mano ya estaba muy ajada, marcada e incompleta. Le faltaba una carta: El rey de bastos.

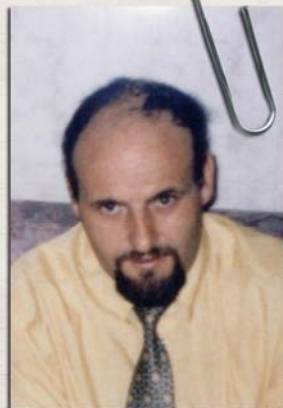
FIN



*Termino de escribir esta historia el día 10 de marzo
de 2006*

Florentino Caballero Santacruz





Parafraseando al inmortal Neruda, también yo podría confesar que he vivido, sin pretender por ello, en modo alguno, compararme al maestro.

Esto, en mi caso, quiere decir que he cometido errores e imprudencias sin cuento y que, no pocas veces, he gustado probarme camisas de once varas como la que os presento en este instante: Un libro, una novela.

Ya sé que no es prudente, que no es propio de un hombre como yo meterse en estas cosas, pero es que me faltaba para la trilogía.

Hijos tengo, muy majos, uno y una; árboles he plantado ya unos cuantos, más que otra cosa, olivos u oliveiras, como gustan decir en otras tierras. Y me faltaba el libro.

Pues helo aquí. Que os guste y que paséis un rato entretenido.

*Florentino Caballero Santacruz.
Marzo de 2006*